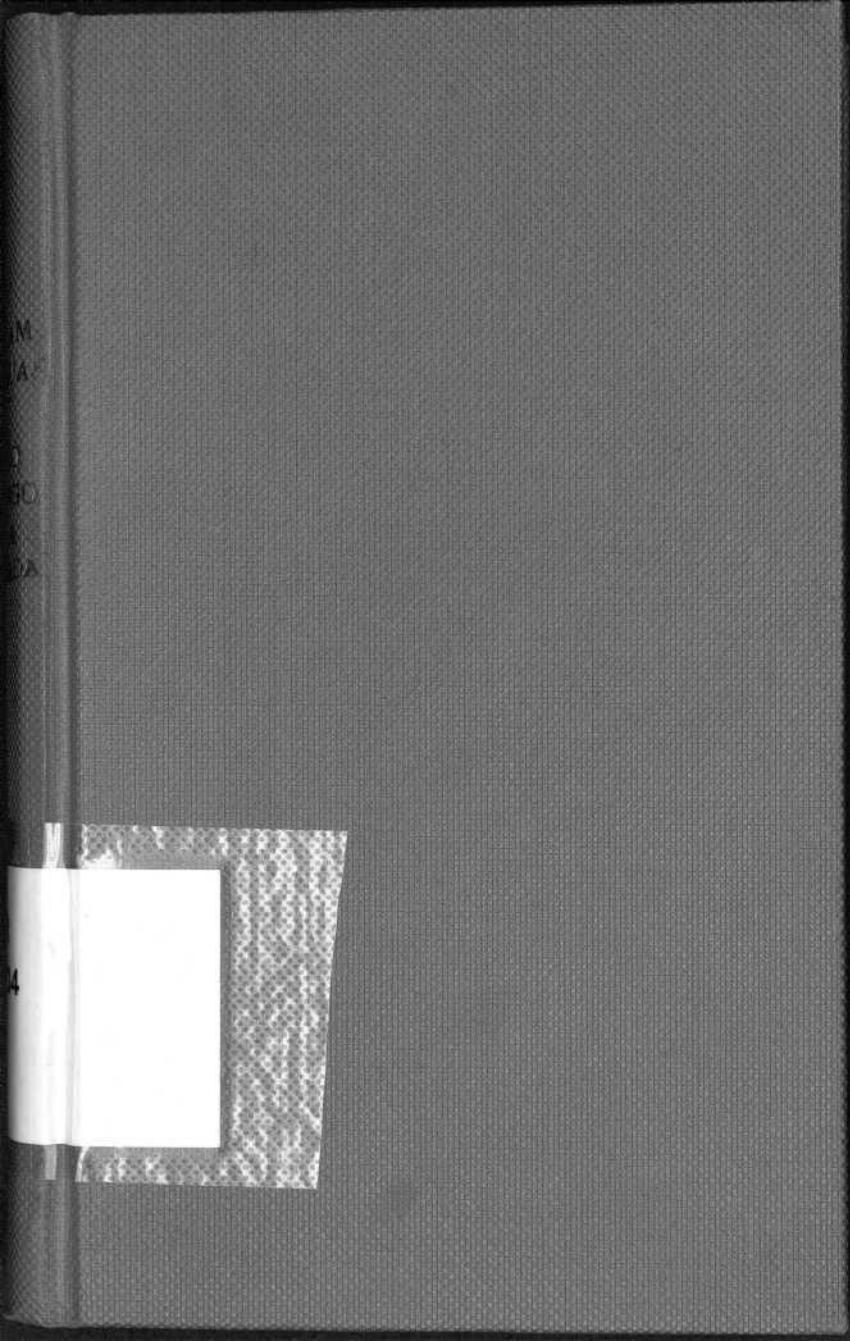






20. T 199589

R
8734

L

NO SE PRESTA

X

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000343395

SANTO DOMINGO
DE LA CALZADA

EL INGENIERO DEL CIELO

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

EL INGENIERO DEL CIELO



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

R.208.363

BIBLIOTECA NUEVA

Almagro, 38

MADRID

1940

NIHIL OBSTAT.

El Censor:

Alejandro Martínez Gil.

Madrid, 18 de mayo de 1940.

IMPRÍMASE.

El Vicario General:

Dr. Manuel Rubio.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	7
Prólogo	9
A Joaquín de Entrambasaguas	12

PARTE PRIMERA

SU VIDA

I.—De cómo en el siglo XI nace un Santo	15
II.—La luz transitoria y la luz eterna ...	27
III.—De la vocación y del destino	35
IV.—Un ermitaño en el camino de Santiago	42
V.—El maestro y el discípulo	48
VI.—En que aparece La Calzada y muere el maestro	56
VII.—El ingeniero del Cielo	62
VIII.—De aquellos dos Santos Domingos para quienes lo milagroso era lo cotidiano	70
IX.—Crear por creer	79

X.—“¡O Madre Sancta Caritas cómo eres tan preciosa...!”	87
XI.—De cómo el Santo halló otro des- pués de varias tribulaciones	94
XII.—Templo para el Señor y sepulcro para el siervo	100
XIII.—Hasta el fin, su destino	105
XIV.—El alba del ocaso	109

PARTE SEGUNDA

SUS MILAGROS

I.—Prodigios del sepulcro de Santo Do- mingo de La Calzada	115
II.—Síguese lo mismo con muchas cu- riosas noticias	124
III.—De otras maravillosas curaciones conseguidas por la intervención del Santo	136
IV.—Varios milagros notables de Santo Domingo de La Calzada	146
V.—Milagros del cautivo y del deán con otros no menos célebres como el de don Pedro el Cruel	156
VI.—Más milagros famosos de Santo Do- mingo, con la liberación de un alma atormentada	169
VII.—Del popularísimo milagro del gallo y la gallina	184

Para

M A R I A G O M E Z L U C I A ,

*que, en las horas de angustia de la zona
roja, mantenía conmigo la fe ciega en
Dios, España y el Caudillo. En recuerdo
y gratitud de aquellas horas inolvidables
de buena amistad.*

JOAQUIN

¡O madre sancta caritas, cómo eres tan preciosa!
¡Tan dulc'es el tu nomne, tue gracia tan donosal
Nunqua cierras tu puerta, nin popas nulla cosa,
Nunqua tuerces el rostro por hacienda costosa.

(GONZALO DE BERCEO.)

PROLOGO

La vida de Santo Domingo de la Calzada es, sin duda, una de las más sorprendentes historias del Santoral cristiano, aun cuando no haya sido difundida todo lo que se merece.

Hasta en España misma, donde estamos acostumbrados a las figuras de santos que al par del éxtasis místico siguen activamente el vivir humano en una activa defensa de sus doctrinas—como Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara—y a los milagros más extraordinarios de la taumaturgia divina—como Santa Casilda, San Isidro, San Diego de Alcalá—, la vida de Santo Domingo de la Calzada, con los prodigios de su santidad, dejan al lector transido de una fervorosa inquietud en que se siente el alma como una pobre barquilla lopesca fluctuante entre el poder deífico y la miseria humana.

Para trazar esta biografía de Santo Domin-

go, me he servido, aparte de las obras obligadas de carácter general y de las colecciones hagiográficas mejores y harto conocidas—Rivadeneyra, los Bolandistas, etc.—del Oficio del Santo, de la Historia de Santo Domingo, de Fray Luis de Vega y sobre todo de la curiosa y rara obra—que me ha proporcionado mi querido amigo José Manuel de Tejada y Manso de Zúñiga, ilustre hidalgo de La Rioja, Historia de Santo Domingo de la Calzada, Abraham de La Rioja, patrón del Obispado de Calahorra y la Calzada... Compuesta por el doctor don Joseph González Texada... En Madrid: Por la viuda de Melchor Alvarez. Año de 1702, que por reunir, hábilmente, toda la bibliografía anterior, he tenido de continuo a la vista, utilizando la riqueza de noticias que contiene y su indudable verismo, pues bajo el naciente miriñaque dieciochesco de su ampu-losidad, hay una auténtica erudición y una labor investigadora rigurosa y completa que honran al autor y a su época en el aspecto científico, aunque el literario deje mucho que desear en cuanto a amenidad y soltura.

He seguido, por tanto, el relato cronológico de la vida del Santo, reproduciendo cuantos hechos aparecen en él, y naturalmente, pese a mi profesión, sin realizar crítica histórica ninguna de carácter personal. "Doctores tiene la Iglesia..."—perdónese el tópico en gracia a la

exactitud que tiene en este caso—que pueden investigar algún día dónde termina la historia y empieza la leyenda en esta vida santa y maravillosa, y en los prodigios que obró durante ella y tras su muerte, aquel extraordinario varón del siglo XI.

No debe ser un profano seglar el llamado a ejercer la investigación y la crítica en estos casos aun cuando sean ellas su tarea habitual. Por ello he preferido también a menoscabar el más ínfimo encanto de ingenuidad piadosa que surge en la narración, frecuentemente, realzarlo, por el contrario, rodeándolo del ambiente vivo y humano que pueden hacer grata una obra de esta índole. Bastante enraizada está nuestra época en el materialismo y la razón del mundo, para privarnos de ascender, siquiera lo que duró escribir este libro y pueda durar su lectura, por el espiritual camino de lo sobrehumano y celeste.

*A JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS,
AUTOR
DE
LA VIDA Y MILAGROS
DE
SANTO DOMINGO DE LA CALZADA*

Tejes la ingeniería milagrosa
de una vida de Santo, primitiva,
lirio de ingenuidad, leyenda viva,
aroma de candor, mística rosa.

Es la gracia divina que se posa
sobre chopo, riachuelo y verde oliva,
y sobre leve insinuación de ojiva
de sacra arquitectura, vigorosa.

Hoy en el mundo, tras la inmensa furia
del dolor y la guerra, cuando el suelo
suda sangre sacrílega de injuria,

¡qué viento bondadoso de consuelo,
que purifica de muerte y lujuria,
y niños de alma nos transporta al Cielo!

ANGEL VALBUENA PRAT.

22-6-939. Año de la Victoria.

PARTE PRIMERA

SU VIDA

I

DE COMO EN EL SIGLO XI NACE UN SANTO

El siglo xi, en Europa, va precedido de un largo período de angustia mundial que culmina en sus comienzos y persiste, con diversas alternativas, hasta bien mediada la centuria.

Los cuatro jinetes apocalípticos han galopado de Oriente a Occidente, asolando la cultura cristiana. Las guerras inacabables, sin solución de continuidad apenas, entre unos y otros países, se polarizan, con mayor intensidad, entre los cristianos y los infieles, que luchan entre sí, tanto en la proximidad de los estados occidentales, en la península Ibérica, como en el lejano Oriente que intenta invadir Europa. El hambre y la peste, que surgen como maldiciones de las tierras sin cultivar y de la ganadería destruída y de los campos de batalla, sem-

brados de cadáveres, se desarrollan libremente por una falta de organización general. La decadencia e inestabilidad del poder civil no puede imponer autoridad alguna en un apogeo del feudalismo que desmembra hasta lo inverosímil cada una de las modernas nacionalidades medievales. Las haciendas de los señores se nutren con los tributos innumerables de las clases bajas que en caso de guerra forman las mesnadas de aquéllos, que ayudan a los monarcas o no, según les dicta su interés personal, las más veces, y no el del país. La muerte, en fin, verdadera dominadora en todas partes, es el espectro que se cierne claramente sobre Europa, al alborear el siglo xi con el terrible presagio, también, de que el año mil será el señalado para el fin del mundo, profecía, muy difundida, que en los sucesivos parecerá retardarse en una temblorosa espera, pero no disiparse absolutamente.

Este desolador comienzo de la centuria oncenava vino a acrecer el espiritualismo ascético medieval, haciendo surgir en las mentes de los gobernantes un sentido teocrático de su labor y encauzando a las masas por una exaltación religiosa profundísima, que traen como consecuencia lógica un poderío creciente de la Iglesia.

Los hombres, todos, sienten su alma abrumada por el peso de sus culpas, que han desatado la justicia divina en las calamidades que

surgen por doquier. Tanto los clérigos como los seglares buscan el perdón de sus pecados por el sacrificio y la perfección de sus vidas. Los primeros aún se sienten demasiado enlazados a aquel mundo en declive que les rodea y abandonan los monasterios, los templos, en que están al servicio divino y se retiran a vivir en la dura y difícil rigidez de los anacoretas, entregándose a la soledad, al rezo y a las más crueles penitencias corporales. Los segundos, hasta señores y príncipes, sienten, en torno a sí, sus castillos y sus palacios con la inestabilidad de lo que va a derrumbarse y abandonan, despreciando lo transitorio, aquellas riquezas que contemplan ya como imágenes de cenizas y huyen a los conventos y a los monasterios—que luego, algunos abandonarán también al igual de los clérigos para ir en busca de la soledad ascética—como al único refugio posible para afirmar sus almas, perdidas en los desastres humanos que las alejan de la Divinidad, castigándolas justamente por las indudables depravaciones anteriores. Y todos, con fervor religioso, se sienten más seguros en sus espíritus, en aquel vivir azaroso de angustias y dolores, cuanto más castigan sus cuerpos con el ayuno y la disciplina, que purifican sus continuas oraciones, cuyo triste murmullo, continuado, resuena en las soledades y en los claustros...

Surge entre el Papa y los príncipes cristia-

nos la idea de establecer la *Tregua Dei*, espacio de cuatro días a la semana—desde el jueves por la tarde hasta el domingo por la mañana—en que bajo la advocación divina, periódicamente, habían de cesar las guerras para reanudarse después, ya que el evitarlas parecía imposible y era éste el único medio de satisfacer el anhelo universal de paz que tanta hecatombe sugería avasalladoramente.

El mismo afán de aproximarse a Dios toma un carácter objetivo y se inician las visitas a los Santos Lugares de Jerusalén, a aquella Tierra Santa donde se desarrollaron los episodios del gran drama de la Pasión del Señor con que alcanzó su redención la humanidad.

Rápidamente se multiplican estas visitas que dejan de ser, con frecuencia, individuales para transformarse en colectivas. Las necesidades y las dificultades del largo viaje que representan, impelen a los que van a realizarlas a buscar la mutua ayuda y vienen a convertirse en peregrinaciones, cada vez más numerosas, que culminan en las Cruzadas de la Cristiandad para rescatar los Santos Lugares del poder de los infieles, que comienzan al finalizar el siglo XI, al grito de “¡Dios lo quiere!”, como símbolo del acendrado espíritu religioso.

A imitación de las expediciones para visitar Tierra Santa, surgen otras que tienen como metas otros lugares de piedad: Roma, sede de

la Iglesia, que resurge poderosamente, y emplazamiento de los sepulcros de San Pedro y San Pablo y de las cadenas del primer Papa cuyas limaduras obraban milagros asombrosos; Compostela, cerca del "Finis Terrae" hispánico, donde reposaba ya el cuerpo de Santiago Apóstol, del Hijo del Trueno; o las ermitas y santuarios consagrados a la Virgen María y a santos famosos... A todos ellos acudían con ferviente fe, suplicantes de perdón para pecados que acaso ignoraban, pero cuyo castigo sentían, miles y miles de creyentes a los que se unían otros muchos en las rutas, sin distinción de clases ni de razas, igualados con una misma ardiente piedad; desde el señor acompañado de su séquito, hasta el humilde peregrino de parda estameña y bordón para apoyarse y atada en él la calabaza con el agua para apagar la sed del camino. Así, dirigidos, por lo general, por un prelado o príncipe célebres, andaban días y días, de pueblo en pueblo, realizando actos de piedad y conociendo países que de otro modo nunca hubieran visitado, los cuales prestaban auxilio a los pobres y enfermos de la expedición y a su vez recibían influencias de los peregrinos en sus costumbres y en sus idiomas.

Todo, en fin, aparecía propicio en aquellos comienzos del siglo XI para que muchos de los seres que en él florecieran sintieran sus almas

—forjadas en la ardiente religiosidad de la época—, que se dirigían, con impulso irrefrenable, por el arduo y glorioso camino del ascetismo y la santidad.

Entonces, allá en un confín de Europa, en la Península Ibérica y el año 1019 del Señor, nacía un niño en el pueblecito de Villoria, al sur de La Rioja, fecunda y pintoresca, a quien estaba reservado el destino de alcanzar aquella santidad, aspiración fundamental de su época.

Se le impuso en el bautismo el nombre de Domingo, como si el azar quisiera ya consagrarle al Señor, y era hijo de un acomodado matrimonio, vecino de aquel lugar, en que poseía heredades. Su padre, Jimeno García, dueño de casa solar y de tierras en el término de Villoria, había casado con Orodulce, también de hidalga familia y con posesiones en San Pedro del Monte, junto al pueblo de su marido y no lejos de Belorado, villa de la región burgalesa. Sobre los vasallos que cultivaban sus heredades, poseían como hijosdalgo que eran la “divisa” o forma de señorío tributario que con la de “solariego” y la “behetría” ejercía la nobleza.

Formaba parte entonces La Rioja, entre la vieja Vasconia y la naciente Castilla, del poderoso reino de Navarra, regido a la sazón por aquel gran rey Sancho III, *el Mayor*, conquistador para su reino, de Sobrarbe y Riba-

gorza, eterno luchador con los moros peninsulares Almanzor y Abdelmélíc, que más adelante había de unir Castilla a Navarra casándose con doña Elvira, la hija del conde castellano Sancho García, que entonces empuñaba el cetro de su país.

Este Sancho García, hombre de su época, tenía como ella, un azaroso vivir. Comenzó a reinar después de sublevarse contra su padre, el conde García Fernández y triunfó sobre los árabes en la batalla de Calatañazor. Ayudó a Soleimán contra Mohamed y derrotó, al fin, a éste también. Luchó contra Alfonso V, *el Noble*, rey de Asturias y de León, sobrino suyo, y fué llamado "el de los Buenos Fueros" por los que concedió a los pueblos fronterizos de Castilla.

Poco antes de esta fecha, en 1013, había sido protagonista de la famosa leyenda que explica el origen de los Monteros de Espinosa, guardianes del Rey en adelante. Según ella, habiéndose enamorado del caudillo Almanzor doña Oña, la madre de Sancho García, intentó deshacerse de éste, que se oponía a aquellos amores, para lo cual le preparó un veneno mortal en la copa donde había de beber, pero avisado a tiempo Sancho García por uno de sus monteros, natural de Espinosa, en Burgos, hizo apurar a doña Oña la copa que le destinaba,

pagando con su muerte sus amoríos con un infiel y su intento parricida.

Su hijo, el infante García Sánchez, fué asesinado en León, a la puerta de la iglesia de San Juan Bautista, por el conde Roy Vela—desterrado de Castilla—y los suyos, cuando iba a casarse con la infanta doña Sancha, hermana de Bermudo III de León. Con ello vino a incorporarse Castilla a Navarra y Sancho *el Mayor*, que hizo quemar vivos a los asesinos del infante, dominó ya hasta la frontera de Cataluña donde la condesa Ermesindis regía la minoría de su hijo Berenguer Ramón I, *el Curvo*.

Y si esto acaecía en los estados cristianos convecinos de La Rioja, cuyo gobierno estaba encomendado al conde de Nájera, delegado del rey de Navarra, no menor inquietud agitaba el mundo musulmán del sur, de donde irradiaba—dominando la península, incluso la parte cristiana—la depurada cultura del antiguo Oriente, bajo el reinado breve y dramático de Abderramen IV, elegido por el partido de los Alhamearis y reconocido como califa con el nombre de Almoctádic Billah—“el que es agradable a Dios”—por Valencia, Tortosa, Tarragona y Zaragoza, dominados aun por los infieles. Como Alí Ibn Hamondo, con su sobrino Yahía, le disputaba en un principio el trono, le mandó ahogar en el baño de su palacio. Venció al Valí de Granada, que se le oponía y luchó con Cas-

sim, hermano de Alí, pero en una de las batallas una saeta le hirió y acabó con su vida.

Por el resto de Europa, este año de 1019 en que nace Domingo, el futuro santo riojano, tiene también la vida, en sus aspectos social y político, un añorar ardientemente la paz frente a lo inestable de la situación de los estados.

En el centro del continente, el Papa Benedicto VIII y el emperador de Alemania Enrique II *el Santo*, están perfectamente unidos y laboran incansables por la paz universal. El Santo Padre, hijo del conde de Túsculo, había alcanzado la tiara, siendo aun seglar, con el auxilio del emperador germánico, y éste, jefe de la rama de los Lindolfingos, coronado por Benedicto VIII, con título de Defensor de la Iglesia y continuamente enredado en guerras civiles, con sus convecinos, especialmente Bohemia, Hungría, Rusia y Polonia, acababa de conseguir, por la paz de Bautzen, que el rey polaco Boleslao quedara como vasallo suyo, aunque poseyendo cuanto le había conquistado poco antes al Oriente del Elba. Muerto no mucho más tarde, tras un activísimo reinado, por el auxilio que prestó siempre al desarrollo de la influencia eclesiástica y por su vida ascética y casta, en pro de la paz, junto con su esposa Cunegunda, fueron canonizados ambos.

Benedicto VIII hubo de luchar también contra los magnates romanos y los sarracenos en

la Toscana, derrotándolos, hasta aniquilar a los últimos, definitivamente, en Cerdeña, aliado con los normandos. Con motivo de ir a Alemania a consagrar la catedral de Bamberga, solicitó el apoyo de Enrique II contra los griegos. Reunió Sínodo en Pavía con la asistencia del emperador de Alemania, *el Santo*, y con él coadyuvó al reconocimiento de la "tregua de Dios" entre los países beligerantes. En su reinado, que fomentó la solemnidad litúrgica y el esplendor de las funciones religiosas, se insinuó el cisma de Oriente, y aunque tenía fama de ambicioso ejerció su Santo Poder de modo admirable.

En la cercana Francia, reina Roberto II *el Piadoso*, de accidentada vida matrimonial: casa primero con Susana y la repudia para unirse con Berta, frente a la Iglesia que le excomulga, y también al obispo de Reims que celebró los desposorios. Separado también de Berta, casa en terceras nupcias con Constancia de Arlés cuya corte de afeminados y extravagantes fué el escándalo del país, que toma dos partidos: el de Berta y el de la reina, que por su parte hizo matar a Hugo de Beauvais, a la vez que el rey pedía inútilmente a Roma su divorcio, tras una serie inacabable de vejaciones.

Ensanchó, no obstante, sus dominios y asoció en Compiégne a la corona a su hijo Hugo, quien declarándose independiente en Lorena,

no se reconcilió con su padre hasta poco antes de morir éste.

Por último, el imperio de Oriente tiene como monarca a Basilio II, de la dinastía macedónica, que eleva el país a la cúspide del poderío y de la grandeza interna, y en el Norte, Canuto, *el Grande*, rey de Inglaterra, cruel conquistador, pero engrandecedor de su país, logra en su reinado la incorporación a la antigua Britania, de Suecia, Noruega y Dinamarca, y luego pacifica su patria por su prudencia y su justicia, siendo uno de los monarcas más poderosos de su tiempo.

Y al margen del desarrollo de la historia, la vida interna de Europa adopta en el siglo XI características definidas que se inician en la centuria anterior y se prolongan y transforman en la siguiente. El vivir se aísla y el arte como expresión de él, se retrae a la expresión callada de la plástica sin que se halle apenas forma literaria apreciable.

Parece como si todo el mundo permaneciera inactivo fuera de las guerras que fomentan entre sí los hombres y de la paz que los mismos imploran, con una vida ascética, de apetencias santas, arrepentidos de sus pecados, de la misericordia inagotable de la Divinidad...

Y ésta, como he dicho, dispuso que en un rincón de este mundo, bamboleante entre el bien y el mal, sin términos medios; de esta

Europa, fluctuante entre Oriente y Occidente; viniera a la vida que tan inquieta transcurría, Domingo, aquel hijo de unos "ricos homes" riojanos y alma destinada por el Señor a alcanzar, como símbolo bueno de su época, el áspero y luminoso camino de la santidad.

II

LA LUZ TRANSITORIA Y LA LUZ ETERNA

En la tranquilidad de Villoria, su aldea natal, perteneciente en aquel tiempo, como ahora, al Obispado de Calahorra, transcurrió la infancia de Domingo, apenas esbozada por la historia.

Legendariamente, se supone que cuando tenía unos cinco años le enviaban sus padres con los criados de la casa a cuidar las ovejas para así apartarle de las malas compañías, como acaso las hubiera podido tener entre la chiquillería del pueblo, según suponen sus cronistas.

Situada Villoria en la falda de los montes Yubedos, estribación de los Pirineos, cuya más alta cumbre es el pico altísimo de San Lorenzo que divide La Rioja y las tierras de Cameros de las de Burgos, Pinares y Soria, es de supo-

ner que por estos bellos y escabrosos lugares discurriera en sus tareas cotidianas el pequeño pastor.

Sus discretos padres acostumbrábanlo de esta suerte a que supiera de la obligación humana de trabajar y a la vez a estimar a los pobres con quienes compartía la labor diaria.

Más aun debieron de ejercitar a su hijo en la piedad divina Jimeno y Orodulce, pues en estos comienzos de su niñez ya se distinguía, según voz popular, por su virtud y su deseo de servir a Dios.

La casa solar de los suyos estaba frente a la Iglesia y a ésta iría con su devota madre a los ejercicios divinos y a realizar obras de virtud, para ir formando su espíritu al compás de su cuerpo, con esa especial predestinación de los que Dios tiene designados para altos fines.

No obstante las ocupaciones que distrajesen los primeros años de su vida, pensaron sus padres en proporcionarle la educación debida a la noble clase social a que pertenecía, aunque inclinándose ya vagamente a consagrarle a Dios.

La Iglesia, preponderante en lo político y convertida en el órgano cultural del orbe cristiano ejercía casi exclusivamente la enseñanza en sus monasterios y conventos, verdaderos centros del saber. Su misma lengua, el latín, era la de las disciplinas intelectuales, y a pesar

de que el castellano se iba abriendo camino, con flexibilidad, en la expresión oral, sólo tímidamente y con el apoyo del latín, de continuo, se atrevía a aparecer en algún documento enteramente familiar y ajeno a las gentes doctas.

Pensaron, pues, los padres de Domingo que éste estudiara en una casa del Señor donde le enseñaran los conocimientos que sólo la clerecía, la clase culta, poseía en un principio, aunque luego se extendiera a otros no clérigos, y eligieron para ello el cercano monasterio de Valvanera, situado en el estrecho valle de este nombre, en la aspereza de los montes Distercios y al pie del San Lorenzo y de la sierra de Cameros; esto es, en lo más fragoso de aquellas montañas, no lejos de las villas de Matute y de Nájera.

La fundación del monasterio, perteneciente a la orden benedictina, a los monjes negros, anteriores a la reforma cluniacense, fué debida a un hecho milagroso recogido por la tradición en una ingenua leyenda, que es una de las más lozanas rosas de la corona marial y quiero transcribir con toda su originaria sencillez.

Acaeció en tiempos lejanos que un tal Nuño Oñez, perteneciente a una noble y hacendada familia de la villa riojana de Montenegro de Cameros, olvidando lo que se debía a sí mismo y a los suyos, dió en la triste flor de ser ladrón

y tan desalmado se hizo en su terrible profesión que por sus crueles hazañas llegó a tener sumida en el espanto a su propia tierra y a las convecinas por donde merodeaba, y a todos rogando a Dios continuamente que apartara a Nuño Oñez de su camino.

Era la época de la sementera cuando un labrador del pueblo de aquel forajido, que le temía más que a nada, se fué a la heredad a trabajar y según costumbre, que ya era habitual allí, antes de comenzar su tarea, se hincó de rodillas y rogó a Dios protegiera a él y a sus bueyes del bandido Nuño, rezando con el mayor fervor.

Veíale y oíale el empedernido bandolero tras unos matorrales, donde estaba escondido esperando se confiara para privarle de la vida, del ganado y de cuanto llevaba, cuando aquellas palabras y ruegos del labrador, cuya sinceridad probaba su apenado semblante, tuvieron el poder divino de penetrar en su alma, rasgando su dureza y deshaciéndosela en lágrimas abrasadoras de arrepentimiento.

Salió de su escondite, se echó a los pies del sorprendido labrador y le pidió encarecidamente le perdonara como se lo pediría a Dios, por cuanto de malo había hecho, en lo que le restara de su existencia.

Con este santo fin se retiró a hacer vida eremítica a la cueva de Trombalos, a orillas del

río Najerilla, y durante varios años fueron tan continuas y duras las penitencias a que sometía su cuerpo y tan ferviente el arrepentimiento de su alma, demostrado en sus firmes virtudes y fervorosos rezos, que un sacerdote de la cercana aldea de Brieva, llamado Domingo, como nuestro santo, tocado de la fe y el sacrificio que veía en Nuño, dejó su iglesia, su casa y su aldea y se fué a vivir con él a la cueva de Trombalos para seguir en un todo una vida de purificación.

Y sucedió que un día, mientras Domingo, el sacerdote, había salido, como acostumbraba, a pedir limosna, con que sustentarse él y su compañero, por los lugares de alrededor, que les socorrían, un ángel se le aparece a Nuño, con deslumbrante visión y le transmite una orden de la Santísima Virgen María, que deberá cumplir en seguida el asombrado y dichoso ermitaño.

Tendrá que ir al valle de Valvanera, distante de la cueva una legua escasa. En él buscará un roble con una fuente al pie y unos pequeños orificios en el tronco, por los cuales verá entrar y salir abejas, como de una colmena aun cuando no se vea ninguna otra abertura. Cortado este roble, hallará en él, entre los panales de miel, una arquilla con reliquias y una bellísima imagen de Nuestra Señora a la que

le levantará allí mismo una capilla donde pueda ser venerada por las gentes...

Apenas desaparece el ángel, Nuño, lleno de fe, se dirige al lugar indicado y mientras regresa el sacerdote Domingo, que ante la insólita desaparición de su compañero, se desconsuela, pero sintiéndose inspirado por la Divinidad, va a Valvanera y halla buscando el roble a Nuño, que le relata todo y le pide su ayuda para cumplir la divina tarea que le ha sido encomendada.

Ambos recorren el valle en aquel caluroso día de agosto, buscando el árbol elegido por la Virgen para albergar su imagen, y al fin dan con él y su precioso contenido, como explicó el ángel de la aparición y conserva la copla de graciosa poesía popular:

“Virgen que en el roble estáis
con panal y fuente pura,
firmeza, gracia y dulzura,
en Valvanera nos dáis.”

No tardó en levantarse una humilde capilla dedicada a Nuestra Señora de Valvanera, y a cundir el milagro, pero ya habían muerto en olor de santidad los dos ermitaños, Nuño y Domingo, cuando en el siglo XI, enterado Dídimo, obispo de Calahorra—con la sede en Garray, por estar aquélla en poder de los moros—de los milagros, que por intercesión de la Virgen,

acaecían en Valvanera, fundó allí una iglesia que fué la base del monasterio benedictino posterior.

A esta santa casa, aromada de la leyenda antecedente, llevaron Jimeno y Orodulce a su hijo Domingo para recibir las enseñanzas del saber humano y divino.

Instalado allí Domingo, en la quietud claustral, que tanto comenzó a amar su alma predestinada, puso todo su empeño en aprender cuanto se le enseñara, sin escatimar esfuerzos ni tiempo, pero a pesar de su celo y de que demostraba en todo un ingenio agudo y un entendimiento clarísimo, encontraba dificultades insuperables para el estudio y no conseguía más que un escasísimo aprovechamiento.

Si a él le dolía más que a nadie ver su incapacidad y la inutilidad de sus constantes esfuerzos, también sus maestros sentían que aquel muchacho, que ponía íntegro su interés en recibir sus enseñanzas, nada consiguiera adelantar en el estudio.

Llegó a trabajar con tesón singular de día y de noche, sin entregarse al descanso y el resultado fué el mismo: poco o nada logró aprender fuera de leer y escribir y algo de gramática latina, enseñanza obligada en todos los casos y juzgada primordial en aquellos tiempos en que el latín solamente era la lengua de la cultura.

Pero a la vez que demostraba su falta de inteligencia para el estudio, sus virtudes crecían de tal modo y con tal pureza que eran el asombro de cuantos le trataban.

Y es que Dios, en su suprema sabiduría, no quiso conceder, por entonces, a su mente la luz transitoria del saber humano, sino la luz eterna de la virtud divina que empezaba ya a iluminar a Domingo y no debía disminuir su poder sobrenatural con las inestables ciencias de los hombres.

III

DE LA VOCACION Y DEL DESTINO

Siguió Domingo su inútil estudio y su santa virtud en el Monasterio de Nuestra Señora de Valvanera, con aquellos buenos religiosos hasta el año 1035 en que un triste acontecimiento le hizo abandonar sus libros y regresar a Villoria.

Jimeno García, su padre, había muerto y hubo de asistir al entierro y acompañar la soledad de Orodulce que, tras la pérdida de su marido, sólo tenía el cariño de aquel hijo en el resto de su vida.

Pero Domingo, que había abandonado el Monasterio de Valvanera con profundo pesar, no bien pasó unos meses en el hogar materno, cuando, influido también por el dolor de la muerte de su padre, empezó a sentir un ansia indefinible, una vocación resuelta de volver a la vida mo-

nástica y profesar definitivamente de religioso.

Al fin explicó a su madre los deseos que sentía y la pidió su consentimiento para llevar a cabo sus propósitos a pesar de que tenía sólo quince años de edad.

Orodulce, vencida de sus razones, del desprecio que mostraba Domingo por las cosas mundanas y pasajeras y su vocación a las cosas divinas y eternas, le autorizó y el Santo—al que ya empezó a mostrársele aquí la ruta de su vida—se dirigió al Monasterio de Valvanera para que le admitieran como novicio.

Henchida su alma de alegre esperanza volvió a recorrer el camino, y antes de entrar en el convento para hablar con los religiosos, se dirigió a la capilla de la Virgen y, arrodillado allí ante la Divina Señora, le pidió de todo corazón que si no le convenía la decisión que iba a tomar, impidiera su realización pese a todos los esfuerzos que él hiciere por conseguir el hábito de clérigo regular.

Así confortada su alma se presentó al abad del monasterio y le expuso sus propósitos, diciéndole cómo sentía una vocación creciente por abrazar la vida monástica y cómo satisfaría con ello su más acendrado anhelo.

El abad, que quería entrañablemente a su antiguo discípulo, le consoló como pudo de la negativa que le daba.

Era muy joven—venía a opinar—y tal vez

cambiará de pensar...; podía esperar algún tiempo hasta comprobar que no variaban sus propósitos... En fin, no accedía a concederle el hábito en esta ocasión.

Oyó Domingo humildemente estos razonamientos, pero su voluntad no se debilitó ante el nuevo obstáculo. Despidióse definitivamente del abad y de la santa casa en que había transcurrido parte de su vida, acaso la más feliz hasta entonces, y abandonando el monasterio, buscó, no obstante, medio distinto para conseguir lo que se proponía.

Aun quedaba en las cercanías, a tres leguas de Valvanera, otro convento de benedictinos a cuya orden quería pertenecer: el famosísimo Monasterio de San Millán de la Cogulla, dedicado al santo guerrero que, junto a Santiago, venció a los moros y dejó a su muerte el calor humano de la caridad.

La vida de San Millán, que Domingo tendría presente, con otras semejantes, para guía de la suya, es una preciosa historia de ermitaños medievales que la leyenda ha embellecido de detalles y Gonzalo de Berceo ha inmortalizado con su poesía en el siglo XII.

Nació San Millán, como su biógrafo poético, en el lugar riojano de Berceo, al pie de los montes Distercios, en los albores del siglo VI, y fué en su juventud pastor de ovejas.

Guardábalas por aquellos abruptos lugares,

tocando la zampoña para distraer su soledad,
cuando se quedó dormido profundamente:

“Durmió quanto Dios quiso suenno dulz e
[temprado,
Mientras iacie dormiendo fue de Dios aspirado,
Quando abrió los oios despertó maestrado,
Por partirse del mundo oblidó el ganado.

Entendió que el mundo era pleno de enganno,
Querie partirse delli, ferse ermitanno,
De levar non asmaba nin conducho nin panno,
Facieseli el dia mas luengo que un anno.

Asmó un buen conseio, todo Dios lo cobraba,
Que por prender tal vida doctrina li menguaba:
Sopo que Sant Felices en Bilibo moraba,
La hora de veerle veer non la cuidaba.”

Va, efectivamente, a visitar a Félix, aquel varón perfecto, ermitaño en el castillo de Bili-vio, cerca de Haro y se queda a vivir con él, aprendiendo la penitencia ascética y la doctrina mística, hasta que se retira a La Cogulla, cumbre de las montañas cercanas a Berceo, y luego, huyendo de los visitantes piadosos, al pico de San Lorenzo, donde vive cuarenta años, ignorado de todos y en observancia austerísima. Pero el obispo Dídimo, enterado, al fin, de esto, le llama:

“El leal coronado bispo de la cibdat
Ovo barrunt certera, sopo la poridad,
Envioli sues letras ruegos de amiztat,
Que li diese sue vista por Dios e caridat.

En oración estaba el sancto confessor
Rezando e faciendo preces al Criador,
Vinoli el mandado del bispo su sennor,
El bon omne con ello ovo poco sabor."

Mas no hay remedio. Bien a su pesar se le ordena de sacerdote y es encargado de la parroquia de Berceo, su pueblo natal, donde todo se lo da a los pobres, reprendiendo a los que no lo hacen.

Esta generosa caridad hirió los intereses de sus compañeros y dos clérigos le acusaron ante el obispo de que destruía la Iglesia, y su calumnia vino a liberarle del cargo que tan a la fuerza aceptara, pues creyendo el obispo la acusación verdadera, le desposeyó del curato y pudo volverse San Millán a su retiro de La Cogulla y allí fundó, con la regla de San Benito, el monasterio originario del hoy tan famoso que lleva su nombre.

Muchos y asombrosos fueron los milagros realizados por San Millán de la Cogulla y en la mayoría de ellos resplandece una caridad inagotable y una incommovible fe, como en este caso que le sucedió con sus pobres:

"Escaeció un dia non lis tenie que dar,
Non le podrie en sieglo venir peor pesar,
Demandó al clavero por bien se afirmar,
Mas non trobó en elli conseio de prestar.

Sant Millán sosannólo, ca violo errado,
Dissol que era torpe, de creentia menguado,
Ca el que en la Virgin fue por nos encarnado,
Elli lis darie conseio, ca es padre vuiado.

Esta palabra dicha, a poca de sazón
Vinoli grant conducho al presioso varon,
So amigo Onorio gelo daba en don
Al que ovo sacado de grant tribulation.

Recibió el conducho, rendió a Dios gracias,
Dio iantar a las ientes que estaban refacias,
Ganaba el sant omne muchas tales ganancias,
Mas partielas luego non tornassen lhacias.

El present de Onorio fue tan bien adonado,
Que passó un grant tiempo que non fue acabado:
El cellerizo mismo sedie maravellado,
Conosció que errara porque avie dubdado."

Todos esos gloriosos sucesos de la vida de San Millán llevaría en su recuerdo Santo Domingo cuando llegó al más notable monasterio de la región, para solicitar, del abad que le regía, lo mismo que pretendió del de Valvanera sin lograrlo.

Nuevamente el Santo expuso en aquella casa sus deseos de ingresar en la orden benedictina y su vocación entrañable de ser religioso encaustrado, y otra vez escuchó una negativa rotunda, basada en razones análogas a las que se le dieron antes, sin que sus ruegos y lágrimas desesperados hicieran variar de opinión al abad de San Millán de la Cogulla.

La vocación ardiente de Domingo, su deseo humano de ser religioso benedictino, de profesar en un convento, no tenía ímpetu de impulso ante la incommovible firmeza de su destino que Dios, con inescrutable designio, le reservaba para su gloria, y a través de las lágrimas de hombre que empañaban sus ojos, se resignó con divina alegría con la voluntad del Creador y desistió de vestir el hábito monástico.

IV

UN ERMITAÑO EN EL CAMINO DE SANTIAGO

El dolor de Santo Domingo viendo trunca-
dos definitivamente sus propósitos, conmovió,
por su sinceridad, a los religiosos de San Mi-
llán de la Cogulla, y oyéndole cómo pedía a
Dios le concediese, al menos, un apartamiento
absoluto del mundo para ejercitar sus rezos y
sus virtudes, le aconsejaron que se fuera a vi-
vir con un ermitaño que hacía penitencia en
un monte cercano, para que así, como era fre-
cuente en la época, siguiera de cerca sus prác-
ticas piadosas.

Este consejo que le daban los bondadosos
benedictinos animó su decaído espíritu y se en-
caminó al lugar que le habían indicado.

Aquel santo ermitaño le acogió con el ma-
yor afecto; pero oído que hubo a Santo Do-

mingo lo que pretendía le ofreció cederle su casa y ermita e ir él a construirse otras no lejos de allí, pues prefería una absoluta soledad a la compañía de nadie por agradable que fuese.

Comprendió el Santo las razones que el ermitaño tenía para proceder así y hallando más justo que desposeerle de lo suyo—aunque lo diera de buen grado—ser él quien se construyese su vivienda y ermita se despidió del venerable penitente y comenzó a buscar un lugar a propósito donde instalarse.

Quería Santo Domingo que Dios guiara sus pasos hacia un lugar apropiado y así echó a andar a la ventura y al cabo de tres leguas dió con un lugar que, por sus especiales circunstancias, parecía designado para el retiro y la penitencia.

Era el sitio elegido—hoy emplazamiento de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada—un pequeño llano desértico entre las regiones de La Bureba y La Rioja, y en la confluencia del río Oja, precisamente, con un arroyo que bajaba de las sierras cercanas, pasando por el lugar de La Hayuela, ya desaparecido. Próximo al llano citado había un terreno pantanoso y no lejos tampoco un crecido bosque por el que merodeaban los ladrones para desvalijar, cuando podían, a los peregrinos que iban a San-

tiago, cuyo camino cruzaba por sus inmediaciones.

Este camino primitivo, al adentrarse en la región riojana, pasaba por los pueblos de Nájera y Hormilla, atravesaba los campos de Valpierre y Villaporquera, por entre las villas de Bañares y Castañares y Villalobar y Samsoto, hasta llegar a Leiva y seguir por La Bureba a Villafranca de Montes de Oca, ya en Burgos.

Cercanos al retiro del Santo estaban algunos de los pueblos citados—Bañares, Castañares, Villalobar, Samsoto—y además otros como Grañón, Santurde, Santurdejo, Círuena, Ciriñuela, Pino de Yuso y San Medel, a los cuales solía ir más tarde a pedir limosna para atender a su sustento.

Tuvo la suerte de hallar el Santo, en el lugar que había escogido, los restos ruinosos de un viejo castillo, destacando su grisura raída sobre los verdes frescos del paisaje. Había pertenecido a los condes de Nájera, que lo utilizaron en otros tiempos, no dedicados, como aquel siglo, a la guerra, para descansar en las cacerías, y que entonces ya estaba casi totalmente desmoronado, salvo unas estancias que después de un ligero arreglo, que hizo el mismo Santo, pudieron ser utilizadas para él como vivienda.

También se conservaba, junto al castillo y en ruinas como él, una vieja ermita dedicada a

Nuestra Señora, cuya imagen y la campana aún subsistían, y el Santo reparó su techumbre y la limpió de hierbajos y alimañas, aderezándola como pudo para que le sirviera en sus rezos.

Empezaba con estos trabajos la misión constructora que alentó toda su vida, simultaneándola con la contemplación religiosa y la caridad inacabable.

Instalado allí Santo Domingo en aquella soledad, no lejos, sin embargo, de los pueblos que podían socorrerle, si era preciso, y junto a un río cuyas orillas le proveerían de vegetales con que sustentarse, sin distraer en pedir limosnas un tiempo precioso que quería emplear íntegro en la meditación y la oración.

Entonces, durante cinco años que habita allí, es cuando Santo Domingo siente inundársele su alma de la alegría serena de la soledad en la naturaleza, del hallarse a sí mismo, que sólo está concedido a los predestinados.

Somete a duras penitencias su cuerpo y conforme aumentan aquéllas siente su alma más alada y clara para la aproximación a Dios. Llega a imponerse cruentos cilicios y a disciplinar su carne macerándola hasta anularla a fuerza de castigos, como a enemigo, y no come más que unas hierbas sin pan, una vez al día, que bastan para su vida, sin pedir limosnas.

Labra entonces un pequeño huerto y una viña con el fin de que sirvan a su alimenta-

ción y en aquella quietud de ambiente y de cuerpo, en que la vida urbana le parece como los pueblos que divisa en la lejanía, algo borroso en el olvido, su espíritu se eleva hasta la Divinidad, libre de todas las ataduras humanas, incluso de aquel propio cuerpo suyo que ha de sustentar, sin embargo, porque a veces es tanta su debilidad orgánica que no sirve a prestarle fuerzas para rezar ofreciendo a Dios su alma fuerte y luminosa de fe y de caridad.

Desde su retiro casi y en sus breves salidas para atender a las imprescindibles necesidades de su vida, ve, a menudo, a los peregrinos de Santiago, que siguen el camino, distante de aquel lugar poco más de una legua.

De todas las santas rutas de peregrinación va siendo la de Santiago la más transitada. Su fama arrastra a toda Europa hacia Compostela y a su paso se difunden en España leguas y costumbres diversísimas de los viajeros que influyen en el naciente castellano y en la vida del país, aun indecisa entre lo cristiano y lo árabe.

Ve pasar el Santo peregrinos de todas las naciones, de todas las razas, de todas las clases, pero unidos en una sola fe, en una devoción única, peregrinando hacia el Apóstol Patrón de España...

Y con ellos los desvalidos, sin recursos, sin fuerzas para caminar, luchando heroicamente

con el agotamiento; los enfermos de males innumerables y de privaciones y de fatigas, que se van quedando en la ruta, muchos para siempre, sin llegar al fin de su peregrinación...

La caridad sobrehumana del Santo siente como suyos, más que suyos todavía, los dolores, las angustias, la miseria, de los peregrinos inflamados de religiosa fe y discurre auxiliarles, socorrerles—él que necesita limosna para vivir y la ayuda de los demás—porque así lo ha querido, así se lo ha impuesto para su salvación, abandonando el regalo de la opulenta casa familiar.

Y esto que parecía imposible lo consiguió con la Providencia Divina, aquel santo ermitaño que hacía penitencia cabe el camino de Santiago.

V

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

Al comenzar el segundo tercio del siglo **XI**, una terrible plaga de langosta asolaba Navarra y La Rioja.

Cada año, durante algún tiempo, había ido creciendo hasta llegar a constituir un verdadero castigo divino con que acaso habían de purgarse, según los cronistas, los pecados cometidos por los habitantes de aquellas regiones que sufrían el terrible azote.

Las riberas riojanas y navarras, a orillas del Ebro, opulentas de cosechas, eran invadidas periódicamente por aquella oscura nube que se derramaba por doquier con una espesa y palpitante capa de insectos que devoraban los frutos y las plantas, dejando, al marcharse, la verde y fresca comarca convertida en un desierto raído y estéril.

Tan grandes eran la desesperación y el dolor de todos, presagiando el hambre y la ruina que se avecinaban, de no remediarse tal desgracia, que se dirigieron, pidiendo consejo, al Santo Padre, Benedicto IX, quien, después de reunir el Cónclave de cardenales y consultarle sobre el caso, ordenó en Roma tres días de ayuno, durante los cuales se hicieron procesiones y rogativas para que desapareciera la plaga destructora de Navarra y La Rioja.

Mas al cabo de los tres días, surge un prodigio asombroso. Un ángel se aparece al Papa y a un cardenal y les dice que, únicamente, enviando a España a Gregorio, obispo de Ostia, se remediaría el daño.

Reunido el Cónclave de nuevo y después de serle expuesto el caso, determinó que se cumpliera la orden divina y, en virtud de ella, el obispo aludido vino a España como legado "a latere" de la Santa Sede, aunque se resistía humildemente a creerse el salvador de aquellas regiones de España.

Era el año de 1039 cuando aquel insigne prelado, luego elevado a los altares con el nombre de San Gregorio Ostiense, vino a La Rioja para liberarla de la plaga de langostas que amenazaba destruir sus fértiles huertas.

Había sido San Gregorio benedictino en el convento de San Cosme y San Damián de Roma, su ciudad natal, y abad, al fin, de su

monasterio, por lo cual asistía a los Sumos Pontífices, uno de los cuales, el Papa Juan XVIII, le consagró obispo de Ostia, la ciudad marítima romana, en 1004, concediéndole luego el capelo cardenalicio y el cargo de bibliotecario apostólico en que brillaron su sabiduría y su inteligencia extraordinarias, a la vez que la santidad en sus virtudes.

Llegó a la ciudad de Calahorra, sede episcopal, que aun sometida al dominio cristiano, conservaba íntegros su aspecto y su vida moriscos, y en la Catedral reunió al pueblo comunicándole la misión liberadora que traía y aspiraba a cumplir, ayudado por la piedad de todos.

A continuación hizo sacar en procesión a los Santos Mártires San Emeterio y San Celedonio, y comenzó a recorrer los campos, por la ribera, hasta Logroño, seguido de las gentes.

Todo aparecía cubierto de las insaciables alimañas cuya masa negruzca se agitaba con un sordo rumor, cuando San Gregorio Ostiense, enfrentándose con ella, las conjuró, en nombre del Sumo Hacedor, a que abandonaran su labor destructora y desaparecieran.

El pueblo entero estaba pendiente de lo que iba a suceder cuando se realizó el prodigio, que se repitió cuantas veces fué preciso. Las langostas se replegaron poco a poco hasta formar una apretada nube, como una gigantesca colmena, que se alzó pesadamente del suelo, flotó un

instante en el aire para volver a caer, y, por último, se elevó íntegra, por encima de cuantos allí estaban, y remontándose oscureciendo al sol, se alejó hasta desaparecer para siempre en el horizonte entre el júbilo y las bendiciones de todos, que pronto volvieron a ver cubiertas de espléndidas cosechas las verdes y frescas riberas del Ebro.

Terminó su benéfica misión en Logroño, que entonces era una pequeñísima población agrupada en torno a un castillo, y en ella San Gregorio dijo misa y predicó, conmoviendo al pueblo de tal forma con su palabra, llena de amor y de elocuencia, que se arrepintieron todos, llorando sus pecados y tal fama vino a conquistar que de infinitas partes se acercaban para verle y reverenciarle.

Mientras estos sucesos se desarrollaban, nuestro Santo Domingo sentía crecer abrasadora su piedad, socorriendo a los peregrinos de Santiago, enfermos o faltos de recursos, con caridad tan difícil como infatigable.

Solía salir al encuentro de las expediciones cargado con los pobres frutos de su huerto y atendía a los necesitados que, a menudo, iban a su ermita para verla o descansar de las fatigas del viaje. Aun se llama la "Mesa del Santo" a un verde pradillo, rodeado de seis árboles concéntricos, donde habitualmente prepara-

ba él los alimentos destinados a socorrer a los peregrinos.

Pensaba, no obstante, que era muy poco lo que hacía, con ser más de lo que cualquiera otro hombre, no tocado de santidad, conseguiera en sus circunstancias, y soñaba con realizar una gran obra de caridad que atendiera completamente a los dolientes y menesterosos, cuando, mientras duerme fatigado por los trabajos y penitencias a que somete ya su juventud de veinte años escasos, se le aparece un ángel y le ordena que se traslade a Logroño y se presente a San Gregorio Ostiense, pues ha de ser discípulo suyo por designio divino.

Santo Domingo duda en su modestia espiritual si aquella visión será una asechanza del Demonio, del Maldito, que quiere apartarle de su vida de penitencia, y se dirige a la capilla a orar.

Es la hora del rezo cotidiano. La tímida claridad del amanecer ilumina la ermita. Toda la naturaleza despierta y los rumores del bosque, el piar de los pájaros y el palpitante de la vida que renace del sueño nocturno, le confortan en sus temores. Ruega a Dios, con toda el alma, transido de emociones diversas, que claramente le indique si es suya la orden que ha recibido y toma en sus manos encallecidas por el trabajo, un tosco salterio de que se sirve para acompañarse en el canto religioso. Sus ojos

anegados en lágrimas de goce divino se fijan en la madera del instrumento y no puede contener un grito de sorpresa. En el salterio, con bellas letras labradas finamente en la rudeza de la madera, se lee la misma orden que ha oído entre sueños y ahora resuena en su alma como una voz firme y lejana, llena de amor:

“Domingo, amado hijo, ve a Logroño y preséntate a Gregorio, mi obispo, que ha de ser tu maestro en caridad.”

Y en este momento siente iluminarse su mente con la luz inefable de la blanca paloma del Espíritu Santo y cuanto le rodea, cuanto existe se le aparece con la clarividencia de la verdad. La sabiduría humana, aquel saber que, inútilmente, quiso alcanzar en sus estudios del Monasterio de Valvanera, se ha sometido a su albedrío. El velo de su ignorancia se ha rasgado y ante él aparecen, confundidos armoniosamente, el saber humano y el divino que le marcan su ruta distintamente, con la transparencia decisiva que impulsa a los predestinados, y parte para Logroño sin demora, en busca de aquel santo obispo que ha de ser su maestro en aquella ciencia sublime que ya llevaba en sí al nacer, la de la caridad cálida e inextinguible.

Llegó Santo Domingo a Logroño tras un viaje de ocho leguas en que cruzaría por su mente, afinada por la vigilia, el recuerdo de tan

singulares sensaciones, y al fin se presentó ante San Gregorio Ostiense.

No había hecho sino arrodillarse cuando la voz suave e insinuante del Santo romano, le cortó la explicación que iba a dar.

“Te esperaba, hijo mío—dijo—. Un aviso divino me anunció tu llegada, que he esperado ansiosamente. Ahora, unidos, hemos de laborar por la gloria de Dios.”

Y abrazándole, le sentó junto a sí y le aconsejó, ignorando que ya Santo Domingo poseía infundido, por vía celestial, el saber de los humanos, que en vez de predicar y evangelizar, se dedicara a ejercer la caridad con los peregrinos de Santiago, ya que Dios le había puesto en su camino.

Comprende Santo Domingo que es esta una prueba que Dios pide de su obediencia y de su humildad y sin desengañar al santo obispo, con su sabiduría, del error en que está, acepta la misión que éste pone en sus manos y durante unos días que están juntos en Logroño, acuerda el glorioso prelado que nuestro Santo le acompañe en la predicación que va a emprender por La Rioja.

No mucho después comienza ésta y San Gregorio observa, poco a poco, la actuación de Santo Domingo hasta descubrir completamente su talento y su saber, demostrados en cuanto realiza, y más aún en la glosa de los Evangelios

—cuya explicación le confía por ciudades, villas y aldeas—y determina ordenarle de sacerdote.

Al serle comunicada esta distinción que le reserva San Gregorio, Santo Domingo se niega por considerarse inferior a tal merecimiento, pero, finalmente, convencido, es nombrado subdiácono, por su maestro, en 1040, y ya forma, así, parte de la Iglesia Cristiana en que antaño quiso ingresar con el austero hábito benedictino.

VI

EN QUE APARECE LA CALZADA Y MUERE EL MAESTRO

Quiso Santo Domingo que su maestro, San Gregorio Ostiense, fuera con él a visitar el lugar donde había hecho penitencia durante cinco años, y había comenzado su benéfica asistencia a los peregrinos de Santiago, necesitados o enfermos, y ambos, sobre el terreno, planear la obra gigantesca de caridad con que soñaba el insigne varón riojano.

Así, pues, los dos se dirigieron al retiro donde Santo Domingo tenía su celda y su ermita.

San Gregorio halló pequeña la iglesia para lo futuro y, proféticamente, dijo a su discípulo que habría de hacerla muy grande y con lugar para su propio sepulcro, pues serían numerosísimos los que habrían de visitarla cuando más adelante, pasado el tiempo, fuera famoso lugar de peregrinación y santidad.

Oyó esto Santo Domingo con natural asombro y quedó suspenso, porque en su interior una voz indefinida le pronosticaba que algún día las palabras de San Gregorio tendrían clara exactitud.

Y en ello no se engañaron ni el uno ni el otro, como se verá más adelante.

Comenzaron por estudiar los dos santos el modo de hacer lo más fácil posible el fatigoso camino, ya indicado anteriormente, que recorrían los peregrinos, e imaginaron unas obras inmediatas de extraordinaria utilidad.

Sobre el río Oja no había puente y los peregrinos tenían que vadearlo como lo habían hecho ellos mismos, y a veces, en épocas de lluvias, cuando crecidísimo por los torrentes montañosos que afluían a él, constituía atravesarlo un gran peligro que muchas víctimas demostraban podía ser mortal.

Idearon, para evitar esto, la construcción de un puente y a continuación de él un largo camino terraplenado o "calzada"—que dió nombre luego al Santo—la cual, quitando los pantanos y haciendo desaparecer, con su trazado, la espesura y los ladrones en ella albergados, guiaría la ruta de Compostela no sólo por mejores terrenos y con menos longitud, sino por la ermita y celda de Santo Domingo, lo que permitiría a éste, en adelante, atender mejor,

con su caridad, a los peregrinos de Santiago necesitados de ella.

Pero el santo romano advirtió al español que esa obra no debería hacerla hasta después que él muriese, y provisionalmente, entre ambos, a la vez que cumplían sus rezos y penitencias trabajaron en construir un puente de madera que librara a los peregrinos de los peligros de vadear el río hasta que Santo Domingo, después de muerto San Gregorio construyera el definitivo de piedra y la Calzada proyectados por los dos.

Construído el puente de madera, la mayoría de los peregrinos empezaron a utilizarlo por la mayor comodidad que representaba en su agotador viaje y, poco a poco, todos, quedando así constituido el camino Real o Francés, llamado así, sin duda, porque peregrinos de aquel país comenzaron a servirse de él antes que otros.

Apenas ambos santos realizaron su caritativa obra, construída con materiales del cercano bosque y trabajosamente por ser los dos solos para hacerla, continuaron su labor evangélica predicando por aquellas tierras y La Bureba, así como por otras partes de España y principalmente las que hubieron de atravesar para ir a Santiago de Compostela a visitar y venerar el cuerpo del glorioso Apóstol, Patrón de España.

Cinco años más anduvieron en estas nobles

tareas Maestro y Discípulo, durante los cuales fué ordenado éste por el santo obispo de Evangelio y Misa, y al cabo de ellos se dirigieron a La Rioja, pasando por La Hayuela, hasta Logroño, donde San Gregorio fué atacado por una fiebre maligna que le postró en el lecho con pocas o ningunas esperanzas de vida.

Sintiéndose morir el santo obispo de Ostia en el país que tanto había favorecido con sus milagros y su presencia, llamó a sí a Santo Domingo para encomendarle por última vez que hiciera las obras proyectadas y dedicara toda su vida a ejercer la caridad con los peregrinos y, finalmente, le dió órdenes respecto de su entierro para que la Providencia señalara el lugar privilegiado donde había de reposar su cuerpo sin que ninguna comarca de las que había visitado le reclamara para sí, con preferencia a las otras.

Después de colocado el cadáver en un ataúd se habría de cargar a lomos de un caballo al cual se dejaría en plena libertad para dirigirse a donde quisiere, pero allá donde cayere por tercera vez, abrumado por el peso y la fatiga, ese sería el lugar donde habría de enterrarse al Santo.

Apenas terminó el Maestro las últimas recomendaciones a este respecto, que hacía a su discípulo, murió santamente, como había vivido y después de ser venerado por cuantos allí

estaban y los que vinieron de toda la comarca, atraídos por la mala nueva de su muerte, se procedió a su entierro, tal como lo había dejado dispuesto, asistiendo a él infinidad de gentes, pero no Santo Domingo que, cumpliendo lo ordenado por su maestro, se partió inmediatamente para La Hayuela y su retiro a comenzar las obras que tanto bien iban a hacer.

Llevaron a cabo los riojanos los deseos últimos de su salvador San Gregorio Ostiense, y dejando solo al caballo con su venerada carga fueron siguiéndole en espera del prodigio, que, al fin, se cumplió.

Tomó la cabalgadura el camino de Muez y junto a un arroyo, torpe ya por el esfuerzo, tropezó y cayó, levantándose y siguiendo con nuevos bríos el camino que su Creador le inspiraba. Fué su segunda caída, rendido el caballo por el peso de lo que llevaba, al subir una empinada cuesta, y por último, al llegar a la ermita navarra de San Salvador de Peñava, sin fuerzas ningunas para seguir, cayó el animal y quedó muerto. En aquel humilde templo fué enterrado el Santo protector de los campos y aniquilador de sus plagas, que ahuyenta sin dificultad, según piadosa creencia, el agua en que haya sido sumergida una reliquia suya.

Pero veamos, sin dilación, qué fué de Santo Domingo al regresar a su retiro, junto a La

Hayuela, para construir el puente de piedra y la Calzada, que los milagros más admirables y sorprendentes se han de realizar en breve a lo largo de su vida y de su obra para continuar después de su muerte gloriosa.

VII

EL INGENIERO DEL CIELO

Muerto San Gregorio Ostiense, el destino de su discípulo Santo Domingo, que había anulado su vocación primera de profesar en la orden benedictina, quedaba indeleble en su alma, marcándole de modo exacto la ruta de su vida de santidad.

Dios le había elegido para su ingeniero en la tierra, para que su trabajo constructor y su caridad consoladora continuaran la redención de los sufrimientos y de las penas de cuantos padecían por El en esta vida humana, que cuatro siglos después, hasta el profano autor de *La Celestina*, había de juzgar de miserias llena.

Regresó Santo Domingo a La Hayuela inmediatamente de la muerte de su Maestro, como se lo indicó, y de allí fué a su retiro donde

con poco esfuerzo remedió los destrozos que el tiempo, durante su ausencia de cinco años, había producido en la celda y en la ermita. Montó el altar de ésta, donde ya, como sacerdote que era, ordenado por San Gregorio, comenzó a decir misa cotidianamente, y se dispuso al gran trabajo que le esperaba.

La primera labor que había de emprender era devastar la espesura para dar comienzo a la obra, empresa esta en que gran número de hombres, con herramientas a propósito hubieran de emplear mucho tiempo y no menos trabajo.

Hallábase Santo Domingo sin gente ni medios de procurársela, ni otras herramientas que una hoz de mellado filo con la que arrancaba, más que cortaba, las hortalizas para atender al sustento suyo y de los peregrinos, y no veía medio de proveerse de más poderoso auxiliar para tan irrealizable necesidad de talar aquel espeso y amplio bosque.

Pero el ingeniero del Cielo tenía un alma templada en el ardor de la fe divina y encomendándose a Aquél que todo lo puede, se dirigió al bosque y comenzó a segar la maleza para adentrarse entre el denso y añoso arbolado, erguido gigantescamente ante él.

Había llegado Santo Domingo a los grisáceos y fortísimos troncos que se le oponían con sonora dureza, cubiertos por el fresco y blando

verde del musgo, cuando sintió en su brazo una potencia sobrenatural y la hoz, dotada de inexplicable fuerza, cortó de un golpe el más grueso de los árboles como si fuera el tallo frágil y quebradizo de una dorada espiga.

Extasiado Santo Domingo comprendió el fervor excepcional que le era concedido por el Cielo a su ingeniero de caridades y, como en un sueño, siguió su tala taumatúrgica mientras con estruendo inenarrable se desplomaban a diestra y siniestra las milenarias encinas ateizadas por el rayo, los rugosos robles, rivales del tiempo, las verdes hayas de madera blanca y compacta, los pinos indiferentes al otoño; los chopos y los cedros disparados al cielo, los sombreros olmos y todo lo que en fin se oponía ante él. Y todo el bosque, como consumido por un extraño y fulminante incendio sin fuego, se fué convirtiendo en un llano sobre el que se amontonaban, seccionados milagrosamente, entre los abrazos póstumos de las hiedras y los musgos, todos los enormes troncos que lo componían.

Al paso hierático del Santo y de su hoz prodigiosa, los bandidos que tenían en el bosque sus refugios, al parecer inexpugnables, huyeron despavoridos, tirando sus armas, para no volver más y en poco tiempo aquel extenso terreno poblado de impenetrable espesura quedó

llano, con nuevos horizontes abiertos al descanso de su vencedor.

Aun en esta faena destructora halló Santo Domingo elementos útiles a su caridad. Los troncos, desbastados, le sirvieron para sus obras y las ramas y hojarasca fueron empleadas como leña y carbón para proporcionar lumbre hogareña a los peregrinos que, helados de frío, acudían a pedirle auxilio.

Entonces ya fué habitual que en uno de los aposentos del desmantelado palacio real, arreglado por el Santo para su vivienda, se congregaran, en torno a una alegre fogata, los peregrinos ateridos por las nieves y las heladas del largo viaje, que recibían, mientras se calentaban, una escudilla de legumbres, o sazonados frutos, cosechados por Santo Domingo, que reconfortaban su hambre de leguas.

Pero aun faltaba la principal empresa constructora reservada a este ingeniero del Cielo, el trazar el camino de santidad de Santiago de Compostela: la Calzada para el paso de los peregrinos, que había de aminorar extraordinariamente las dificultades del viaje en aquella región, uniéndose a su creador eternamente como un atributo de su caridad.

Ingente era la empresa también, e imposible para cualquier humano a no estar dotado como Santo Domingo del poder de la Divinidad, mas

su destino era cumplirlo todo como se había previsto, y así fué.

Con enormes fatigas, mientras sus labios secos de polvo y de sol, repetían sin descanso piadosas oraciones, sus manos, endurecidas por el trabajo, fueron arrancando, días y días, enormes piedras, que transportaba a lugar conveniente, con esfuerzos desesperados y tenaces de todo su cuerpo tan flaco y tan débil por los ayunos, las penitencias y las vigiliass cotidianas.

Al fin, reunido el material necesario y trabajando día y noche, sin gastar más tiempo, fuera de la faena, que el indispensable para el descanso y el rezo litúrgico, fué allanando el terreno, rellenando las depresiones y apoyando toda la obra en resistentes núcleos de piedra terraplenados, hasta alcanzar el milagro portentoso de concluir el largo camino liberador de la punzante maleza y de los pantanos insalubres y peligrosos. La Calzada, el camino definitivo de Santiago, quedaba trazado merced a la caridad y el trabajo de un hombre que, por sus virtudes, había conseguido la protección decisiva de la Divina Providencia.

La ruta de Compostela fué fácil en La Rioja. Dejando el viejo y agreste camino, ya descrito, se dirigió el nuevo desde Nájera a Azofra, próximo a Ciriñuela, pasando por *La Calzada* y de ésta a Grañón, Redecilla y Belorado a Villafranca de Montes de Oca en Burgos.

Ahora bien, como el puente de tablas construido por Santo Domingo y San Gregorio Ostiense, además de estar muy viejo había quedado, en parte, fuera del río, por haberse desviado éste—muy propicio en aquel terreno cenagoso a cambiar de madre y a desparramarse, saliéndose de ella, en casos de crecidas—Santo Domingo, decidido a suplirlo con el proyectado puente de piedra, ayudó mientras tanto a los peregrinos a vadear la corriente cargándoselos a hombros, como San Cristóbal hizo con el divino peso de Jesús, sin dolerse de tan duro trabajo, que si aumentaba sus fatigas también aumentaba el ardor de su caridad.

Al fin, decidió cumplir el deseo manifestado por su maestro San Gregorio Ostiense emprendiendo la obra de tender y labrar un puente de piedra sobre el río Oja, que había de ser muy largo y fuerte para ser útil en las frecuentes desviaciones del lecho de la corriente y contra las periódicas crecidas que la sacaban de madre desbordándola.

La mayor dificultad que surgía era la absoluta falta de dineros para acometer la empresa que, sin remedio, requería, por su índole, el concurso de varios obreros y el transporte de los numerosos materiales necesarios para su construcción.

Hacer nuevamente el puente de madera no era más que retardar su imprescindible ejecu-

ción y para que fuera de piedra con la pervivencia que requería, preconizada por San Gregorio, las limosnas alcanzadas por el Santo, con ser muchas merced a sus fuerzos, no bastaban para comenzar las obras.

Mas como ya había conseguido cosas imposibles para los demás mortales, no iba a desmayar y a abandonar sus propósitos en esta ocasión. Recorrió los lugares circunvecinos y expuso las ventajas de emprender la obra. Sólo pedía que le ayudaran en lo que pudieran. Sus razones debieron ser eficaces y su gracia divina infundirse en todos porque, casi en su totalidad, se avinieron a prestarle auxilio y le ofrecieron los medios de que disponían: unos, dineros, otros bueyes y carros para ayudarle al acarreo de materiales; los que nada tenían su propia colaboración corporal para el trabajo.

Llegó a sobrarle al Santo, en aquellos comienzos de su obra, lo que necesitaba para ella y comenzó a sacar piedra de las canteras vecinas y a transportarla al emplazamiento del puente para ser labrada convenientemente y adoptarla a la fábrica planeada.

El Santo puso el primer sillar ofrendándolo a Dios y luego comenzó a trabajar mezclado con los obreros, dando ejemplo de resistencia y constancia sin iguales, y animando a todos para construir en seguida el primer arco del

puente, lo cual consiguió en breve, alentándose de ver en marcha, decididamente, la caritativa obra que él y su maestro, el santo obispo de Ostia, habían concebido con su amor hacia el prójimo.

VIII

DE AQUELLOS DOS SANTOS DOMINGOS PARA QUIENES LO MILAGROSO ERA LO COTIDIANO

Apenas se comenzó el puente, una serie de hechos milagrosos demostraron claramente que su edificación era del agrado de la Divinidad, quien se complacía en favorecer a su ingeniero continuamente en la empresa que acometía.

Al construirse uno de los primeros arcos del puente, puestas las cimbrias, se colocaron sin dificultad los salmeres y las dovelas, pero al poner la clave rompiéronse los apoyos y se hundió el arco con estrépito, cayendo sobre los obreros, que trabajaban debajo en las cepas. De resultas de esta catástrofe quedaron dos oficiales muertos y otros heridos y muy graves.

Entonces el vulgo piensa si no será esta desgracia un aviso de Dios que se opone a la cons-

trucción del puente, pero en seguida viene a demostrarse lo contrario.

Comienzan a murmurar de lo costoso y difícil del puente ideado y vienen a parar en que mejor vivían sin él, por lo cual van a buscar a Santo Domingo para reclamar por lo sucedido y hacerle desistir de su obra.

Estaba el Santo orando en la ermita cuando llegaron a sus oídos la gritería y las quejas de los que iban a verle y sus protestas por haber accedido a ayudarle en hacer semejante puente, que ya dos vidas costaba y quién sabe si alguna más de los que habían quedado gravemente heridos.

Al punto comprende Santo Domingo, por lo que decían, la desgracia que había acaecido y antes de tomar ninguna determinación se arrodilla ante la Santísima Virgen y la invoca fervorosamente, pidiéndola que le saque adelante de aquel terrible trance, ya que a él no le impulsa sentido ninguno de lucro, sino el deseo de ejercer la caridad.

Acabó el Santo su emocionada plegaria, en que puso su corazón entero, y al terminar le reveló la Virgen Santísima que en el nombre de Dios podía intentar el milagro de sanar a los heridos y de resucitar los muertos.

Confortado entonces se dirige hacia la obra del puente, llega al sitio de la desgracia y contempla los dos cadáveres destrozados y escu-

cha las quejas de los heridos, que están a punto de morir también.

Inmediatamente se encomienda de nuevo a Dios lleno de fe y, bendiciendo a las víctimas en su nombre, tiene lugar, ante los ojos de los presentes, el milagro previsto: únense los miembros destrozados de los muertos que recobran su flexibilidad y color; ciérranse sin señal sus desgarrones y las heridas de los otros y todos no tardan en levantarse sanos y salvos dando gracias al Altísimo por tan gran bien como les ha concedido por medio de su celeste ingeniero Santo Domingo.

Tan extraordinario y feliz suceso se difundió rápidamente por doquier y todas las gentes, incluso la nobleza, le ofrecen su ayuda.

Pero los milagros se suceden y los auxilios para la obra del Santo aumentan a diario.

Como el caritativo constructor tuviera la costumbre de aprovechar los días de fiesta para recorrer los pueblos cercanos pidiendo la cooperación de los vecinos a su labor, un domingo acudió, a la salida de misa, al pueblo de Corporales para solicitar que alguno le cediera unos bueyes necesarios para el transporte de la piedra.

Acabada que hubo su petición el Santo, un mozuelo de la piel del diablo, con la cazarería de su barbarie, intentó burlarse de él ofreciéndole unos novillos que no eran sino unos

feroces toros sin domar. Para ello le ponía como única condición que había de ir en persona el Santo a buscarlos al monte donde estaban pastando.

Comprendió el Santo en seguida la burla que se intentaba hacerle, pero a la vez que el favor divino de que tanto había gozado en ocasiones graves no le desampararía en ésta, beneficiosa para su obra, y accedió a la proposición ante el asombro de los del pueblo, pues ninguno hasta entonces había sido capaz de acercarse a aquellos animales salvajes.

Seguido de la gente fué el Santo al pastizal donde se hallaban los toros prometidos y se acercó a ellos, sin temor, y, haciendo la señal de la cruz le siguieron hasta el pueblo, como corderos, sin más dilación ni dificultad.

Al llegar a Corporales los tomó delicadamente de las astas y, unciéndolos a un carro que le ofrecieron, se fué con ellos hacia el puente.

El muchacho, viendo el portentoso milagro a que había dado lugar con su burla, se arrodilló, arrepentido de ella, ante el Santo, le pidió perdón y puso a su disposición cuanto tenía y se fué con él para ayudarle.

Y otro nuevo milagro había de convertirle definitivamente en uno de los más fieles discípulos de Santo Domingo.

Llegado con éste al puente al siguiente día hallaron ambos un cuadro espantoso: en las

piedras cercanas al lecho del río, sobre un charco de sangre, aparecía el cadáver, completamente deshecho, de uno de los obreros que allí trabajaban. Con palabras entrecortadas le contaron lo sucedido: al colocar un sillar del antepecho, que se veía junto a él, cayeron ambos, y la piedra encima, aplastándole y dejándole muerto en el acto.

La nueva desgracia que ensangrentaba la construcción del puente produjo en Santo Domingo profundo desconsuelo, pero sobreponiéndose al desaliento volvió a invocar el auxilio del Señor como lo había hecho la otra vez, cuando el derrumbamiento del arco, y sin dudar en su fe, y animado por la benevolencia divina, bendijo el frío cadáver y el obrero recobró su forma humana y se levantó como si nada hubiera sucedido.

Ante tan decisivos y continuados milagros nadie quiso inhibirse de ayudar a la construcción de aquel puente tan claramente amparado por la Divina Providencia, y con el auxilio de todos la obra adelantó de manera sorprendente, pues aun se afianzó más la fe de la gente con otros dos prodigios en que se repitió el don que tenía Santo Domingo para resucitar muertos en nombre del Todopoderoso. He aquí, brevemente, como acaecieron:

En una ocasión, uno de los obreros, fatigado por el trabajo, se queda dormido en el camino

próximo al puente cuando dos viandantes que pasan a caballo, le atropellan y los cascos de las cabalgaduras le machacan enteramente la cabeza ocasionándole la muerte inmediata. Pero basta que llamado Santo Domingo se arrodille y ore lleno de fe, para que el difunto se levante bueno y sano, sin señales algunas del suceso.

Y el otro, aun es más extraordinario y recuerda, en su tónica emotiva, un milagro de Jesús bien conocido:

Camino de Compostela iba un matrimonio extranjero en dura peregrinación para cumplir una promesa. En la fatigosa incomodidad del viaje sólo les alegra su hijo, muy pequeñito, que al llegar cerca de La Hayuela, cae enfermo y muere en pocos días. Alguien les habla de los milagros que se consiguen por intercesión de Santo Domingo y ellos con ciega fe van a visitarle y le ruegan que resucite al pequeño, única alegría de su vida. Oyelos el Santo y dolido de la desgracia y admirado de la creencia y devoción de los padres, pide a la Virgen no le niegue su auxilio en esta ocasión y bendice al yerto cadáver de la criatura, que bulle de nuevo en el regazo de su madre con el calor de vida que antes tenía.

No quiso Santo Domingo, por su parte, dejar de testimoniar a la Divina Señora su gratitud por los milagros que se había dignado

hacer por su mediación y, a mitad del puente, entre el noveno y el décimo arco, construyó una pequeña ermita, dedicada a la Virgen María, cuya base se abría en forma de media luna con punta de diamante hacia la corriente del río, y después de colocar en ella una bella imagen de Nuestra Señora, continuó la obra.

Andaba Santo Domingo de la Calzada hacia la mitad de la construcción del puente, ayudado por sus obreros, cuando recibió la visita de otro Domingo, de virtudes tan excelsas como las suyas y abad, a la sazón, del Monasterio de San Millán de la Cogulla, donde a él le fué negado el hábito benedictino en otra ocasión. Había tenido noticias de su santidad y como ardía en deseos de conocerle se había detenido allí para cumplir su deseo.

Había nacido este otro Domingo, de santa vida, en el cercano pueblo de Cañas y su padre, Juan Manso, era de la ilustre familia de los condes de Hervías, lo cual, como a su homónimo el Santo de la Calzada, no le impidió guardar de niño las ovejas de sus padres.

Más tarde, como estudiara letras divinas y se ordenara de sacerdote, desempeñó el curato de su pueblo natal, perteneciente al señorío de su familia, pero al poco tiempo se retiró a las soledades de la sierra de Cameros donde hizo penitencia año y medio. Allí le inspiró Dios ingresar en la orden benedictina y profesó en

el convento de San Millán, donde había vivido en impecable perfección y defendiendo los dineros y las alhajas del culto, frente a don García Sánchez de Navarra, que acababa de expulsarle de su reino, en 1045, por esta injusta razón.

Trasladábase el santo abad a Burgos y aprovechaba la ocasión que se le presentaba de conocer a Santo Domingo de la Calzada, lo cual sería para él un lenitivo de la injusticia que padecía, ya que los dos se confortarían mutuamente para dar fin a sus obras respectivas que el destino supremo les había encomendado.

Nuestro Santo le llevó a su celda, donde durmió el tiempo que estuvo allí, alimentándose ambos sólo de hierbas y pan, y también a la ermita donde los dos rezaron con fervor y renovaron sus oraciones diariamente desde antes de la aurora.

Hablaron mucho los dos religiosos, aconsejándose mutuamente, y el abad llamó a los obremos a la capilla y les predicó rogándoles que ayudaran a Santo Domingo de la Calzada en sus empresas, por convenir así a la gloria de Dios y a su inagotable caridad y después de elogiar a quien tanto velaba por los peregrinos se despidió de él con verdadero pesar.

Al separarse los dos santos Domingos para seguir sus virtuosas vidas y sus destinos divinos, cuentan los biógrafos que quería cada uno

ser bendecido por el otro y sobre ello estuvieron insistiendo, con su humildad, durante algún tiempo hasta que se bendijeron mutuamente, continuando el abad su camino hacia Burgos, donde el rey Fernando I le acogió y agasajó afectuosamente y le concedió la Abadía de Silos, cuyo nombre quedó unido ya al suyo en el Santoral Cristiano, así como a la mayoría de sus milagros. La importancia de ellos hacía exclamar al gran poeta Gonzalo de Berceo, que escribió su vida en la centuria siguiente:

“Que de los sus miraclos los diezmos non ave-
[mos,
Lo que saber podiemos escrito lo tenemos,
Ca cada día crescen, por oïo lo veemos,
Et crescerán cutiano despues que nos morremos.”

IX

CREAR POR CREER

Los continuados milagros que concedía el Supremo Hacedor por mediación de Santo Domingo de la Calzada y la visita inolvidable de Santo Domingo de Silos, que le apoyó en su empresa decididamente, confortaron de tal modo al divino ingeniero y a los que le ayudaban, que la obra del puente avanzó con rapidez y en dos años, en total, quedó acabado, cuando empezaba el de 1047, siendo el puente mismo un milagro no menor de esfuerzo y de tiempo.

Pasados los momentos de holgorio por el feliz término de la obra, Santo Domingo no quedó aún satisfecho con haber cumplido cuanto le ordenó San Gregorio Ostiense.

Su alma, abrasada por la fe y el amor a Dios, a quien veía siempre Todopoderoso, le impelía a más arduas empresas que su capacidad ex-

traordinaria de trabajo no dudaba en vencer.

Su creer íntegro, sin tibiezas de fe, le impulsaba a crear, sin descanso, cuanto su caridad le dictaba y así concibió en seguida otra obra cuya realización ofrecía más dificultades todavía que las anteriores, aunque había de superarlas en eficiencia de caridad para con los peregrinos, su continua obsesión por sus enfermedades, sus fatigas y sus miserias.

Atendíalos hasta entonces amorosamente en su pobre celda donde se calentaban y comían, aun a costa de no hacerlo el Santo muchas veces, pero ya apenas cabían, y sufría mucho viendo la imposibilidad material de socorrer a la mayoría de ellos con lo poco de que disponía.

Es en este tiempo cuando se le ocurrió construir un hospital para los peregrinos que, enfermos por el cansancio y los sufrimientos del camino, habían de pararse en su ruta hasta su curación.

Apenas tuvo esta idea comenzó en seguida a madurarla allanando con su fe y su voluntad inquebrantables todos los obstáculos. El mayor de ellos era los dineros que hacían falta para el edificio y su conservación y la atención del mismo en lo futuro, pues temía que las gentes de los contornos, cansadas de haberlo hecho antes en el puente, con sus personas y ganados, le desatendieran en esta ocasión.

No obstante, con una seguridad absoluta en

la Providencia Divina comenzó los preparativos de la obra proyectada.

Fué el primero pedir licencia a don García, rey de Navarra y de Nájera, para instalar el hospital de peregrinos enfermos y pobres en el resto de aquel palacio derruido en que tenía ya su retiro, y fué, a la vez, el primer triunfo que anunciaba los restantes hasta alcanzar lo deseado, pues se le concedió.

Examinó el estado de las ruinas que pensaba utilizar y halló que eran más aprovechables de lo que suponía. Reponiendo las piedras caídas quedaban perfectamente las paredes maestras y la arquería que formaba el piso bajo rodeando el patio. Pero era preciso conseguir abundante madera para hacer los pisos, las puertas y ventanas y el entramado de las techumbres, además de otras varias cosas indispensables para hacer habitable el ruinoso palacio.

Como junto a La Hayuela había un gran bosque, perteneciente a dicho pueblo, solicitó de sus vecinos que le proporcionaran la madera necesaria para realizar su trabajo, pero a éstos les pareció muy mal sacrificar uno solo de aquellos magníficos árboles y, a pesar de los ruegos del Santo, se negaron resueltamente a proporcionarle lo que pedía.

Entonces Santo Domingo recuerda la virtud sobrenatural que en otro tiempo concedió a su hoz la Divinidad y confía en no ser desampa-

rado del Creador en esta ocasión en la cual, como siempre, no persigue más que ejercer su caridad hacia el prójimo.

Ruega, pues, a los vecinos de La Hayuela que le permitan tan sólo llevarse del bosque lo que pueda cortar con aquella hoz vieja y mellada, que posee como única herramienta, y aquéllos, al oírle tan simple petición, acceden a su ruego, muertos de risa, juzgándolo como una chifladura del Santo.

Conseguido su propósito, se dirige Santo Domingo al bosque y elige un grupo de encinas que, por ser el más próximo al lugar donde va a edificar el hospital, es de más fácil transporte su madera. Se encomienda fervorosamente a Dios pidiendo su protección y empuñando la milagrosa hoz empieza su tarea.

Nuevamente vuelve a repetirse el prodigio de años antes. Como si el bosque fuera débil campo de espigas, van cayendo los árboles elegidos por el Santo, en aquella siega extraordinaria, abatidos de invisible huracán. En poco tiempo reúne la madera necesaria para las obras de su hospital y con el esfuerzo de sus brazos, multiplicado milagrosamente, la transporta al lugar donde ha de desbastarla y se pone al trabajo con sin igual entusiasmo.

No lo llevaba muy adelantado Santo Domingo, cuando unos vecinos de La Hayuela acertaron a pasar por la parte de su bosque que ha-

bía talado el incansable y divino constructor de caridad, y, al ver, lo que era espesa arboleda, convertido en un llano del que sólo sobresalían las cepas de los troncos cortados, pusieron el grito en el cielo y con el resto de los del pueblo, que acudieron a ver el deterioro causado, se dirigieron en busca del Santo.

Llegaron ante éste llenos de ira. Por milagro no le mataron inmediatamente aquellos bárbaros y se contentaron con darle unos empujones mientras se disponían a llevarle a la cárcel del pueblo. Se quejaban de que el Santo les hubiera engañado pidiéndoles permiso para segar unas hierbas y luego se hubiera servido de él para cortar a hachazos, ayudado, seguramente, por otros varios, el mejor de los trozos del bosque que poseían.

Al oír sus quejas Santo Domingo protestó de la acusación y como no podía probar lo que hizo, a causa de haber estado solo, rogó a Dios una vez más que le ayudara a demostrar su inocencia, y tomando otra vez su famosa hoz se acercó al rugoso tronco de una encina fortísima y lo cortó como si fuera una caña de trigo, quedando tendido el árbol a los pies de los asombrados vecinos, quienes atemorizados por el prodigio le pidieron que intercediera por ellos junto a Dios, ofreciéndole en cambio cuanto necesitara en adelante.

Dió las gracias el Santo a los arrepentidos

vecinos de La Hayuela, que no se cansaban de difundir por todas partes el estupendo suceso y continuó la labor que se había impuesto a sí propio.

Con la madera traída pudo hacer los pisos del edificio y el techado, dividiendo su interior con tabiques, para instalar las dependencias necesarias, como eran las salas para dormir, la cocina y el refectorio.

En éste colocó una mesa larga, de piedra, para dar de comer a los peregrinos enfermos o pobres, y un raro milagro vino a acontecer en él: que estando sus ventanas defendidas sólo por unos toscos barrotes de madera, no penetraba en él ni una mosca, y esta peculiaridad se conservó siempre según la tradición.

Con muy buen acierto las salas de los enfermos y los aposentos de los peregrinos pobres, los dividió y separó conforme a las naciones de ellos, lo cual permitía que se entendieran fácilmente entre sí y pudieran acudir mejor a aquella pequeña Babel necesitada. Para las mujeres y los sacerdotes también construyó estancias independientes, sin olvidar nada de lo que pudiera ser útil al buen funcionamiento del hospital cuando comenzara a prestar sus servicios: departamentos para él y sus discípulos y ayudantes, que su fama atraía; despensa para conservar los frutos y limosnas que recogiera y, por último, al lado izquierdo de la entrada, ins-

taló una capilla especial para los peregrinos que allí se hospedaran y dedicada, como toda la caritativa obra, a Santa Ana, la madre de Nuestra Señora que tanto le protegía.

Finalmente, cuando todo lo tuvo acabado, aunque había pozos en el interior del hospital, le pareció útil abrir otro fuera, junto a la puerta, para los pasajeros que no se detuvieran y así lo hizo con su habitual rapidez de trabajo.

Mas los vecinos de La Hayuela seguían odiándole, como lo inferior a lo superior, aunque antes aparentaran arrepentirse de su engaño, y buscaron como pretexto para ir contra el Santo que su nuevo pozo disminuía el agua del que había en el pueblo y les perjudicaba. Aprovechando el día de la fiesta de los santos Emericio y Celedonio, mártires de Calahorra, en que nadie tenía ocupación, reunidos en revuelto tropel fueron a buscarle al hospital para apedrearle hasta quitarle la vida y arrasar cuanto había hecho.

Cuando ya estaban en camino tuvo Santo Domingo una revelación divina de sus infames propósitos y les salió al encuentro con su semblante alegre de siempre.

Ni al enfrentarse con aquel grupo de gentes ciegas de odio y de ira, que le insultaban torpemente, llevando piedras y palos en las manos crispadas, se inmutó el Santo lo más mínimo y sólo les preguntó con voz clara y serena, que

calló a todas las murmurantes, a quien buscaban tan inhumanamente.

Sólo algunos y balbuciendo ante el valor tranquilo del ermitaño, se atrevieron a decir que a él, por el daño que les hacía, quitándoles los árboles del bosque, llevándoles el agua e instalándose allí en aquel edificio de su término...

Oyóles el Santo con calma y pidió que le escuchasen a su vez y así lo hicieron aunque reacios.

Entonces les explicó cómo tenía permiso del rey para habitar y ejercer allí la caridad y cómo, al hacerlo, les evitaba que, por estar La Hayuela enclavado en el camino de los peregrinos, tuvieran ellos que atenderlos y hospedarlos por caridad de Dios...

No añadió más sino su sonrisa de bienaventurado y sus enemigos quedaron derrotados en absoluto por sus razones, y tirando las piedras y palas se fueron dispuestos a no ofender más al Santo, después de implorar su perdón de nuevo, con palabras confusas y los rostros avergonzados.

Cuando se alejaron, Santo Domingo se retiró a su iglesia a dar gracias a Dios por haberle librado otra vez de la muerte y entre las preces que entonaban sus labios, acaso pensaría con tristeza cuán difícil es ejercer la caridad entre los hombres que son lobos para el hombre mismo...

X

"¡O MADRE SANCTA CARITAS COMO ERES TAN PRECIOSA...!"

La asistencia en el hospital a los peregrinos exigía una serie de recursos materiales que hubo de proporcionarse Santo Domingo con sus propios y escasos medios.

Abierto el pozo junto al edificio y disponiendo de agua abundante, volvió el Santo a restaurar la huerta y la viña ampliándolas considerablemente para atender las necesidades de la caridad.

Cerró con ramaje y setos un buen espacio de terreno y tras de labrarlo afanosamente, por sí mismo, plantó árboles frutales y toda suerte de legumbres y hortalizas que la fertilidad de aquella tierra no tardó en poner en sazón, sirviendo en seguida para el benéfico fin a que estaban destinadas.

Cuidaba el laborioso Santo de su huerta como de la vida de sus socorridos, que en realidad lo era, cuando un pastor de la cercana villa de Pun, verdadera alma de cántaro, que gozaba con el daño del prójimo, dió en molestar a Santo Domingo de continuo, en aquello que más podía herirle, en los medios de ejercer su inagotable caridad.

Para ello metía a pastar sus ovejas en la huerta y en la viña del Santo, o mejor dicho, de sus pobres y enfermos, y los animales devoraban cuanto hallaban a su alcance, y despampanaban las tiernas cepas, impidiéndolas dar fruto.

Habló Santo Domingo a aquel bellaco varias veces y alguna le reconvino suavemente, sin que le prestara la menor atención.

Como para echarle de allí había de abandonar el Santo en muchos casos la asistencia del hospital y aun la oración, le amenazó con un castigo de la ira Divina, pero tampoco consiguió nada sino burlas soeces de su persona.

A este punto, y viéndose impotente para evitar lo que ocurría, pidió a Dios que, en beneficio de la caridad, ejerciese su justicia, y al punto, el malvado pastor conoció sus efectos: tullido de ambas piernas, corcovado, sordo y con una enfermedad que le arrancó en pocos días los cabellos, las barbas y las cejas, hubo de arrastrarse, como un monstruo repelente,

pidiendo limosna y el perdón de sus pecados y sirviendo de escarmiento a todos.

Después de este milagroso caso, la vida de trabajo de Santo Domingo, dedicada íntegramente a la oración y al cuidado de los peregrinos, se deslizó fecunda y plácida con el ritmo inconfundible de la bienaventuranza.

Cuando venían las caravanas camino de Compostela, solía buscar a los peregrinos pobres y enfermos, y a cuantos necesitaban algo, a la puerta misma del hospital, por donde tenían que pasar y entrándolos en su interior les atendía cariñosamente.

Sentábalos a la mesa y él mismo les servía, como a grandes señores o reales personas; esto es, permaneciendo de rodillas, en signo de humildad, mientras les ofrecía la comida que con sus propias manos había aderezado previamente.

Algunos discípulos que querían seguir la ruta de vida del Santo, marcada por Dios, le secundaban y ayudaban en sus labores, auxiliándole en hacer las camas, guisar y servir la comida, fregar los enseres y lavar la ropa, así como en los trabajos de la huerta y viña, amén de otros muchos que exigía la benéfica misión a que dedicaban su vivir cotidiano.

Para sostener la caritativa institución que había fundado, gastaba Santo Domingo, además de los productos de la tierra, conseguidos

con su trabajo, todas las limosnas que le daban y cuando esto no bastó acabó por emplear en el hospital todo su patrimonio familiar. Sólo su perfecta economía, llena de sacrificios personales, y sobre todo la protección de Dios, pudieron lograr, en adelante, que aunque los pobres crecían siempre, sobraba, siempre también, con qué atenderles.

Al anoecer daba de cenar Santo Domingo a sus pobres, a los hijos de su encendida caridad y después de acostarlos se retiraba a descansar, pero tan poco tiempo, que antes de despuntar el día ya estaba de nuevo rezando en la capilla, y luego absorbido por el trajín de la casa, preparando el almuerzo de los peregrinos que continuaban su camino y suministrando a los enfermos los alimentos y los remedios curativos que necesitaban.

Y siempre así, repartiendo el bien a todos los vientos, sin distinción de unos y otros, igualando a todos con su caridad extraordinaria, sin variar ni entibiar su virtuosa tarea ante la ingratitud que algunas veces hallaba como pago de sus desvelos. Y de ello hay un atrayente relato.

Un atardecer invernal que anunciaba crudísima noche, llegó al hospital, huyendo de la nieve y la ventisca, un grupo de peregrinos desvalidos a quienes recibió el Santo con su sonrisa y su afabilidad acostumbradas, ya que cuan-

tos más acudían a él mayor era su satisfacción.

Mas hizo el Demonio que entre los peregrinos viniesen dos hombres de malas pasiones que creían merecer ser preferidos a los demás, y con impertinentes palabras trataron de demostrárselo al Santo.

Callaba el paciente varón a sus frases molestas, haciéndose el desentendido, mientras, ocupado en sus menesteres hospitalarios, acababa de encender una buena lumbre para que los pasajeros recién llegados se calentaran, cuando uno de aquellos dos infames le empujó brutalmente arrojándole a las llamas y allí mismo le dió de palos con uno que traía para ayudarse en el camino.

Caído en el fuego, sin poder levantarse por la debilidad a que le tenían reducido los ayunos y sufriendo los brutales golpes del desalmado peregrino, estuvo Santo Domingo un buen rato en la lumbre hasta que los demás pobres espantados de tan bestial trato le ayudaron a levantarse, y al hacerlo vieron con inenarrable asombro que ni la sonrisa y mesura del Santo había disminuído con el dolor, ni el pobrísimo hábito que cubría su cuerpo había sufrido quemadura alguna, a pesar de haber estado en contacto con las brasas todo aquel tiempo.

Pero esta bondad y este prodigio, que con-

movieron a las piedras, no hicieron mella en tales perversos que todavía siguieron refunfunando durante el tiempo que su bienhechor les sirvió la cena y les preparó las camas con el mismo amor y cuidado que a los otros o mayores aún.

Al día siguiente les regaló lo mejor que pudo y les entregó el almuerzo para la jornada, pero ellos se fueron sin pedirle perdón por su incalificable conducta ni aun le dieron las gracias por las mercedes que les había hecho y desaparecieron en el camino de Grañón, es decir, por la santa Calzada construída por su protector.

Mas apenas anduvieron algún espacio, el castigo divino no se hizo esperar. Casi en el puente hecho por Santo Domingo, entre los dos ingratos peregrinos surgió una discusión que se encendió en riña cruel. Tomaron las espadas que llevaban y se atacaron, con tanta ferocidad, que ambos cayeron gravísimamente heridos y murieron en el mismo instante.

Y entonces surgió lo prodigioso que como una luz de santidad rodea los hechos de la vida del ingeniero del Cielo. El perro del hospital, se acerca a los cadáveres y corta de uno de ellos la mano que la noche anterior había golpeado al padre de los pobres y los enfermos y se la lleva entre los dientes a su amo cuando salía como siempre con todos los pobres de celebrar su misa en la capilla.

Averiguado lo sucedido hizo Santo Domingo que se enterrasen los muertos y en el milagro comprendió una vez más la Providencia Divina que velaba por él.

Con esta misma caridad espléndida, llena de la paciencia y desinterés que loa San Pablo, sin distinción de los necesitados, recibió nuestro Santo en su hospital a los Caballeros de Santiago, milicia armada para defender la Cristiandad, como las demás órdenes militares, en aquella época, cuando se dirigían a Compostela para visitar el sepulcro del Santo Apóstol su patrono.

Atendió Santo Domingo de la Calzada, con el más acendrado afecto a aquellos nobles varones—que habían dejado la blanda quietud y el regalo de sus casas para defender a Dios y a España—y a sus criados y sus caballos, e hizo-lo con particular complacencia, todo el tiempo que les tuvo allí, porque sabía cómo también ellos auxiliaban igual que él a los peregrinos jacobeos, y en su alma, transida de amor al prójimo, era la virtud de la caridad la que más estimaba, y se gozaba en ejercer.

XI

DE COMO EL SANTO HALLO OTRO DESPUES DE VARIAS TRIBULACIONES

Transcurría el año 1076 y los destinos de España seguían su ruta ascendente de formación imperial. Muerto en Peñalén el buen rey don Sancho de Navarra a manos de su hermano Ramón, el atroz fratricidio fué causa de que La Rioja, donde se deslizaba la vida, llena de trabajo y caridad, de Santo Domingo de la Calzada, pasara a ser regida por don Alfonso VI de Castilla, que llegó a dominar la Península, con sus conquistas, desde el norte a Tarifa.

El guerrero monarca castellano, a cuyo paso se rendían las mejores ciudades, como Madrid o Toledo, y se aparecían las imágenes más veneradas de la Cristiandad, como Nuestra Se-

ñora de la Almudena y el Santísimo Cristo de la Luz, fué un gran favorecedor y alentador de la obra de Santo Domingo.

Su entusiasta protección de todo lo francés, que tanto influyó en la vida y el idioma españoles, mantenida por el poderío sobre el rey de sus esposas francesas, la hermosa doña Constanza, doña Isabel y doña Beatriz, se extendía a las peregrinaciones de Santiago, cuyo mayor contingente lo daba Francia y por ello prestó siempre su apoyo a la labor del Santo riojano.

El mismo rey—tan galicista a pesar de sus méritos—imitó los procedimientos de organización de Santo Domingo haciendo venir de Francia a San Lesmes para que, como nuestro Santo, dirigiera el hospital de San Juan, de Burgos, dedicado también al socorro de los peregrinos compostelanos pobres o enfermos.

Pero si la gran obra de trabajo y caridad a que dedicaba su vida hallaba fácil camino para su desarrollo y se afirmaba con la alta protección del rey, no le faltaron tampoco al Santo, en otras cosas, tribulaciones y penas.

Fué la mayor de éstas, a no dudar, la muerte de su madre Orodulce en 1088, después de haber donado a la Iglesia todos sus bienes propios.

El año anterior, de 1087, acompañada de su glorioso hijo, había visitado el Monasterio de

San Millán de la Cogulla para hacer la entrega de su patrimonio personal y revistió el acto el ceremonial que por su importancia requería en la época.

Acompañando al Santo y a la virtuosa señora, fueron los condes de Nájera, don Lope y doña Toda, como máximas autoridades civiles en representación del rey, y los señores don Diego González de Alesanco, don Iñigo Oriólez, don Diego González de Arzemendi y don Jimeno González de Revendua, caballeros principales de La Rioja y acaso parientes de Santo Domingo de la Calzada, pues era costumbre acompañarse de ellos en estos casos.

Llegó tan lucido cortejo al viejo monasterio riojano y después de honrar al ilustre abad don Blasco, que regía entonces la santa casa, y de encomendarse todos muy fervorosamente a Dios, Orodulce, la buena madre de nuestro Santo, donó ante el notario Munio, cuanto poseía: las tierras y palacios de la villa de San Pedro del Monte, cerca de Villoria, que fueron su dote cuando se casó.

El mismo año de la muerte de su madre, el Santo hizo otra nueva donación al Monasterio de Nuestra Señora de Valvanera, en recuerdo de los estudios que allí cursó y para la salvación de las almas de sus padres.

El 1 de abril de 1088, cuando la primavera latía en La Rioja, con cálida y alegre fecun-

didad, Santo Domingo dejó el hospital de La Calzada y se dirigió a Valvanera, solo, sin el solemne séquito que se acostumbraba, y al venerable abad don Iñigo, que había sido su maestro dichosamente, le hizo entrega de los bienes que aun tenía, por no haber sido necesarios al hospital, atendido ya perfectamente con la caridad de todos. Y pasaron así a ser propiedad del monasterio las heredades familiares que el Santo poseía con "divisa" o hidalguía y juros, en el camino de Villoria a Belorado.

El año de 1090, estando Santo Domingo, como siempre, al cuidado de su hospital y de los peregrinos, enfermos o sin recursos, que a él llegaban, tuvo la más hermosa visita que de los humanos se podía esperar. El rey Alfonso VI, con un brillante séquito cortesano—aunque en él faltara el Cid, su mejor guerrero, ya enfrentado con el monarca—se detuvo ante el pobre albergue que iluminaba y embellecía la caridad del Santo constructor, y después de alabarlo en una larga conversación, le rogó que con su práctica y poder creadores, construyese y reparase los puentes necesarios para que el camino francés que seguían los peregrinos desde Logroño a Santiago, reuniese las mismas condiciones excelentes que el trozo por él arreglado con La Calzada y el puente.

Accedió Santo Domingo a lo solicitado y después de marchar el rey y su Corte, de camino,

se entristeció de lo que se veía obligado a hacer. Mas no por el trabajo inmenso y las innumerables preocupaciones que la empresa traía consigo, sino por tener que abandonar el hospital, aunque fuera por breve ausencia, y dejar de sus manos a los pobres y enfermos que tenían en él su Providencia con amor y solicitud incomparables.

No obstante, comprendiendo que era el proyecto real de la voluntad de Dios, comenzó su áspera y caritativa tarea dirigiéndose a Compostela para dar principio al nuevo trabajo que había de ocuparle varios años, pero el destino quiso aliviarle, en parte, de la labor que pesaba sobre sus hombros, ya cargados de años y puso en su camino otro ser elegido, predestinado también para la santidad por sus virtudes, el cual habría de ser, en adelante, el más adicto y predilecto de los discípulos del Santo.

Fué al pasar por Burgos, la milenaria ciudad castellana que aun no erguía sobre el llano la gracia sutil de las agujas de su Catedral, cuando encontró a ese ser excepcional, luego conocido en la Iglesia Católica por San Juan de Horteiga, que había de seguir sus pasos y ayudarle en el camino santo y difícil de la caridad, con el impulso de su juventud.

Había nacido San Juan en el pueblecito de Quintanaortuño, a dos leguas de la capital burgalesa, cuando sus nobles padres, doña Eufe-

mia y don Vela Velázquez, que llevaban veinte años de matrimonio estéril, pidieron a Dios, con el triste dolor de su soledad, que les favoreciese con un hijo.

Fué éste tan singular que suplió, con ventaja, a cuantos pudieran haber tenido sus padres en tantos años de casados sin descendencia. Desde niño mostró raras aptitudes para el estudio de las ciencias, en que destacó rápidamente, y virtudes innatas, no menos extraordinarias, que perfeccionó hasta la santidad en poco tiempo, ordenándose de sacerdote.

Muertos ya sus padres y sin otros lazos familiares, cuando le conoció Santo Domingo de la Calzada, no dudó en acompañarle en la caritativa misión que le había encomendado el rey y se unió a él para realizarla.

Y, al fin, concluída su fatigosa tarea, venciendo todas las dificultades pudieron regresar al hospital a seguir su vida de caridad, los dos santos, Domingo de la Calzada y Juan de Ortega, el año del Señor de 1098 en que el reinado de Alfonso VI era todo triunfo y esplendor.

XII

TEMPLO PARA EL SEÑOR Y SEPUL- CRO PARA EL SIERVO

El don creador de Santo Domingo había de manifestarse siempre, a la vez que su caridad sin igual, en su afán constructivo, sin que fueran trabas para ello ni la edad avanzada que ya tenía, ni la creciente labor que pesaba sobre él cada día.

Andaba dando vueltas hacía tiempo en su mente privilegiada al proyecto de elevar un templo digno del Señor, bajo la advocación—directa en toda la España de Alfonso VI y repetida en muchas de las iglesias de entonces—de Santa María y el Salvador, y aprovechando una visita del rey castellano al Monasterio de San Millán de la Cogulla, y la satisfacción real por el arreglo y construcción de los puentes que había realizado con San Juan de Horteiga, so-

licitó y obtuvo de Alfonso VI el terreno que necesitaba para edificar su iglesia, y además, el monarca le concedió generosamente todo lo necesario para que en torno a ella se formase una población de vecinos; la que luego, al andar del tiempo, tomando el nombre de su fundador, fué la insigne ciudad de Santo Domingo de la Calzada, que es todavía, una de las más importantes de La Rioja y, a no dudar, la más bella por las obras de arte que contiene.

El rey y el santo pusieron la primera piedra del templo en el mismo año de 1098 y Santo Domingo comenzó su construcción en seguida, con su actividad acostumbrada y ayudado por San Juan de Horteiga y todos los habitantes de las cercanías, que, con sus criados, cabalgaduras y útiles para el trabajo—no en vano el rey patrocinaba ya estas obras—empezaron el acarreo de los materiales necesarios.

Pero además, como demostración prodigiosa de que la Divinidad velaba por Santo Domingo y su obra constructora, se repitió nuevamente el milagro que consagró el puente famosísimo del santo cuando se construía, y fué así esta vez con mayor taumaturgia divina:

Traían la piedra desde una cantera próxima todos los vecinos dirigidos por San Juan de Horteiga, cargándola en numerosos carros, cuando uno de éstos, arrastrado por dos novillos mal domados que se desmandaron, fué a

dar, tras loca carrera, a la entrada del puente aludido, y una de las ruedas pasó por encima de un peregrino que yacía dormido allí, el cual quedó con el cuerpo completamente destrozado.

Al llegar San Juan de Horteiga, los vecinos, amotinados y olvidando como siempre cuanto debían a Santo Domingo, protestaron una vez más, como en todos los casos que sucedía algo adverso, de que el santo se lanzara a hacer tantas obras y de los peligrosos trabajos que habían de realizar por su culpa.

Trató de calmarlos San Juan de Horteiga y aun se atrevió a decir, confiado en el favor Divino de que veía gozar a su Maestro, que éste resucitaría al muerto como otras veces lo había hecho en aquellos lugares.

Estaba Santo Domingo en su celdilla entregado a la meditación cotidiana, cuando llegó a él su discípulo contándole lo acaecido, y el dolor y el llanto del santo se desbordaron ante la repetición de la desgracia sucedida y sólo logró serenarse después de pedir al Cielo que le ayudara una vez más.

Firme su alma por la inspiración y alentada de seguridad por la fe inquebrantable que nunca le abandonaba, sigue Santo Domingo en sus tareas ante el asombro de San Juan de Horteiga, que no se atreve a decirle nada más. Prepara la comida para los jornaleros acarreadores de la piedra y después se retira a su ermita,

donde pide de rodillas a la Virgen le manifieste interiormente que su Divino Hijo acceda a concederle el triunfo de lo que va a intentar y de nuevo se duele de la muerte de aquel pobre peregrino cuya involuntaria causa han sido él y su obra.

Pero no bien concluye sus preces, una fuerza interior le hace andar resueltamente, con San Juan de Horteiga y otros caritativos varones del hospital, hacia donde el cadáver espera hace tiempo el prodigio, y tal es la transfiguración divina del santo que todos guardan silencio emocionado en el momento que se arrodilla junto al yerto cadáver y pronuncia con voz que tiene mandatos celestes: "Levántate en nombre de Dios Todopoderoso y sigue sano y salvo tu camino de piadosa peregrinación"...

Y así fué plenamente, por Gracia Divina, con el asombro de cuantos allí estaban que, con el santo, se fueron a la ermita a dar gracias a la Señora por este nuevo milagro marial, aroma fragante de piedad en aquel trece de octubre de la Edad Media cuyo año no ha querido recordarnos la Historia.

Sin embargo, el Señor ha de distinguir a su siervo todavía más otorgándole un privilegio vedado a los humanos.

El año 1102, siete antes de su muerte, le anuncia la fecha de ésta así como el dichoso fin que ha de tener por sus virtudes.

Y entonces viene a la mente del santo el recuerdo de una orden que le dió en tiempos ya lejanos, su verdadero maestro San Gregorio Ostiense, la de fabricarse su sepulcro antes de morir, y la pone en práctica.

Empezó, pues, a construir un sepulcro de piedra en el camino de los peregrinos a Santiago, no lejos de su hospital amadísimo y junto al templo en construcción, de Santa María y el Salvador, cuando una beata le preguntó curiosa por qué no le labraba dentro de la iglesia, como era costumbre, y el santo, agudamente, contestó previendo el futuro: "No preocuparos por ello. La iglesia, ensanchándose, acogerá mi sepulcro cuando muera".

Y hasta en esto acertó, porque muchos años después, siendo obispo don Rodrigo, se amplió el templo levantado por Santo Domingo y dentro quedó, y continúa, su milagroso enterramiento.

Al acabar éste, el santo quiso que fuera útil hasta que él lo ocupara, y para ello guardaba en él trigo para sus pobres como si presintiera al hacerlo que el dorado grano, símbolo divino de la Eucaristía e imagen humana de la Caridad, era, al fin, la alegoría de su propio ser, dividido entre la divina santidad de la oración y el humano ejercicio de la caridad, que elevan al hombre junto a Dios.

XIII

HASTA EL FIN, SU DESTINO

Muy lejos están ya los tiempos en que la vocación de Santo Domingo de la Calzada, que le llamaba hacia el claustro benedictino, fué vencida rotundamente por el destino divino que le impelió a la oración, el trabajo y la caridad.

Ahora, al final de su vida, es ese destino el que la rige inmutable: orar a Dios, construir sus casas de oración y caridad y socorrer a los peregrinos de Santiago, y así seguirá hasta su muerte dichosa.

Al fin, en el año 1106 acabó la iglesia que consagró a Santa María y el Salvador por las controversias que, por entonces, popularizaron este misterio.

Quiso al concluirla que su consagración se hiciera con toda la importancia debida a una obra que tantos afanes y fatigas le había cos-

tado y dedicada a enaltecer la religión, y se dirigió al obispo de Calahorra don Pedro Nazar, entonces en la cercana villa de Nájera, para que se dignara consagrar el nuevo templo; pero el obispo se negó en redondo y Santo Domingo, lleno de tristeza y abatimiento regresó a La Calzada.

Apenas parte el santo de Nájera, una extraña enfermedad ataca al obispo y durante un año casi le tiene en peligro de muerte con unos terribles accidentes y convulsiones que se le repiten periódicamente, sin remedio posible.

Al cabo, el prelado, que es hombre cuerdo y piadoso, dotado de todas virtudes, no ve otra explicación de lo que sufre que ser ello un castigo divino por haberse negado a consagrar la iglesia de La Calzada y envía a Santo Domingo un criado con el ruego de que pida a Dios le libre de la enfermedad que padece y que si lo consigue irá a consagrar el templo como desea.

El santo recibe benévolamente al enviado del obispo y ruega a Dios le dé la salud que le falta para que consagre su iglesia y el obispo, al sanar, comprende el poder milagroso de Santo Domingo, va a visitarle con cariño y unción al naciente pueblo de La Calzada, y consagra allí solemnemente la iglesia y además la ermita primitiva de Nuestra Señora.

Una vez consagrado su templo, fundó Santo Domingo una cofradía dedicada a la santísima

Virgen, y le dió como rentas para su sostenimiento las de una pequeña heredad que le quedaba en Pino de Yuso, únicos bienes que había conservado en previsión de alguna necesidad del hospital. Más tarde, muerto Santo Domingo, esta cofradía de su fundación fué consagrada al propio santo, como hoy continúa.

Después de estas últimas actividades piadosas, Santo Domingo continuó su labor caritativa y cotidiana de su hospital y sus oraciones en los templos de La Calzada.

Hallábase ya el santo viejo y cansado de tantos trabajos y afanes, de tanta lucha por Dios y por el prójimo pero no por ello decaía en sus tareas.

Aquel anciano enérgico, fuerte, como hecho de raíces, curtido por los vientos, los soles y las lluvias de tantos años de vida campestre, tenía una naturaleza sana y resistente al tiempo.

Así pudo soportar el continuo sacrificio que hacía de sí mismo y la dura penitencia a que sometía su cuerpo, los ayunos, las vigiliass, la ausencia de descanso que sólo se concedía por breves horas y en durísima tarima.

Pero las obras de caridad que ejercía iban agotando su resistencia. No era el de antes que con su vitalidad potentísima había construido solo lo que cien hombres no hicieran. Y, no obstante, su voluntad de hierro para el trabajo

y el ardiente fuego de su caridad le animaban a seguir haciendo lo mismo.

Durante algún tiempo aún pudo seguir buscando a los peregrinos, llevarlos a hospedarse y cuidarlos en la santa casa que regía, pero luego le fué ya imposible hacerlo sin ayuda.

Para rezar de rodillas hacíase poner bajo los brazos unos maderos y en ellos se apoyaba y se sostenía. Por el pueblo, por la huerta, por la casa, veíasele andar claudicante, pero animoso, sosteniéndose en unas muletas, ya que sus piernas débiles y anquilosadas por la edad, se negaban a ello. Y aun así mismo, seguía haciendo lo que podía de sus labores acostumbradas, siempre sonriente, vivo, predicando a sus discípulos con la voz muda de su ejemplo mismo.

Tuvo que encargales a ellos el servicio del hospital que antes hacía y el cuidado de los enfermos y los pobres a quienes ya no podía ofrecer la comida de rodillas, como tenía por costumbre, pero su venerable figura, apoyada en las muletas o sentada, continuaba allí confortando a todos: a unos en sus trabajos y a otros en sus fatigas y dolores.

Tal fué su destino, que cumplió hasta el fin.

XIV

EL ALBA DEL OCASO

La vida fecundamente humana y maravillosamente divina de Santo Domingo de la Calzada llegaba a su término. Voces déficas le habían anunciado éste, y achaques de su cuerpo se lo confirmaban con el sufrimiento. Su tránsito fué rápido y bienaventurado en la placidez de una primavera de comienzos del siglo XII, cuando los vergeles riojanos reverdecían en tiernos tallos y transparentes hojas.

Al comenzar el mes de mayo de 1109, aumentaron sus dolencias y presintió muy cercano su fin. Una altísima fiebre le sobrevino y por vez primera en su vida hubo de pasarse en el lecho horas y horas mientras su cuerpo ardía y los padecimientos le producían dolores insufribles que se agudizaban cada vez más. Pronto el peligro de su muerte próxima se evi-

denció hasta no ofrecer la menor esperanza de que desapareciese.

Llevaba el santo la ardorosa fiebre y los terribles dolores de su enfermedad última, con la resignación y buen rostro que le eran habituales, y dedicaba aquellos últimos momentos que pasaba sobre la tierra a hablar a sus discípulos, que le rodeaban llenos de desesperación, como la villa entera de La Calzada. De no saberse cuanto padecía, nadie se lo hubiera notado en su placidez risueña. Sus padecimientos horrorosos eran su alegría y su regalo y serenaban su espíritu porque le anunciaban que pronto se vería libre de aquel pobre cuerpo que tanto había disciplinado con ayunos y penitencias hasta esclavizarlo de su santa alma.

Aun así mismo, perdida su salud y casi en la agonía, su venerable aspecto no carecía de la vitalidad peculiar suya. Su alta estatura, su rostro blanco y rosado, sanamente curtido en su labor campesina, y el conjunto grato de su persona persistían aún a dos pasos de la muerte.

Cuando ya no tuvo duda de que ésta iba a sobrevenir en cuestión de horas, pidió ser confesado y recibió la Eucaristía y el Viático, con éxtasis devoto, entre las lágrimas de sus discípulos y de los pobres y enfermos de su hospital, que no querían perder ni un instante de los pocos que les quedaban de estar junto a

quien con tanto amor les había guiado en la vida.

Confortaba y animaba a todos, y en especial a los seguidores de su obra, consolándoles de su propia muerte y recomendándoles el cuidado de todo, sin cansarse de repetir aquella cálida palabra que con el trabajo había sido el cauce de su vida: Caridad.

Caridad con los pobres y los enfermos, caridad con los pecadores, caridad con todos, sin distinción ni prejuicios de ingratitudes, hasta sólo vivir y alentar para el prójimo...

Repitiendo esto vino el ocaso de aquella vida de santidad para que su alma tuviera el alba celeste de sus virtudes.

El 12 de mayo de 1109, Santo Domingo de la Calzada se extinguió suavemente con la serena bondad en que había vivido, se le enterró en el sepulcro que se había preparado y todos quedaron como sin luz, faltos de aquella guía incomparable que les dejó, no obstante, marcado con trazos de amoroso fuego las rutas del sacrificio y la caridad que conducen a la gracia de Dios.

PARTE SEGUNDA

SUS MILAGROS

I

PRODIGIOS DEL SEPULCRO DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Apenas enterrado Santo Domingo de la Calzada en su sepulcro—que es el mismo de hoy en la espléndida Catedral de su ciudad—los milagrosos prodigios, que ya habían santificado su vida, se sucedieron de modo creciente en torno a su tumba e iglesia.

Quiso Dios demostrar en cuanta estima y respeto debía tenerse el enterramiento del santo a poco de muerto éste, pues habiéndose echado sobre el sepulcro un buey, escapado del arado que le sujetaba, al querer levantarse el animal, no sólo no pudo, sino que quedó muerto, y para evitar que se repitiese esa profanación, se rodeó la tumba de una cerca de ramas, adornándola con flores.

En conmemoración de este hecho, surgió la

costumbre de que el 10 de mayo lleven los devotos del santo, para adornar su sepulcro, ramas y flores cargadas en carros de bueyes que dan la vuelta a la iglesia antes de dejar en ella su contenido.

El poder milagroso del sepulcro de Santo Domingo, llega a ser extraordinario aun entre lo sobrenatural. La sola visita de él, junto con un acto de oración, es suficiente, las más veces, para conjurar los males de todo género, tanto morales como físicos, de los devotos que comienzan a acudir cada vez en mayor número y con más intensa fe al difundirse los prodigios.

Un aldeano que solía esquilmar la huerta del santo, como persistiera en llevarse de tapadillo aquellos frutos que no le pertenecían y se debían a los pobres y enfermos, fué castigado a perder la vista corporal, pero al acaecerle esta terrible desgracia, se conmovió su corazón de la justicia divina y se le abrieron los ojos de la fe con lágrimas de arrepentimiento y rogó a Santo Domingo le devolviera la vista prometiendo consagrarse a su servicio en adelante.

Tres días estuvo postrado junto a su sepulcro, rezando con llanto y gemidos hasta que, por intervención del santo, Dios dispuso que volviera a ver como antes de su ceguera.

Había en Francia un caballero a quien por sus muchos pecados llegó a poseer el Demonio,

sin que fuerza humana bastara a hacerle huir de aquel cuerpo desdichado.

Dolidos sus familiares de tan espantosa desgracia, decidieron ir con él en peregrinación a Santiago de Compostela para ver si el Apóstol intercedía en su favor.

Pusiéronse en camino señores y criados acompañantes del pobre caballero que tenía los diablos en el cuerpo, y para sacárselos, como deseaban, no fué menester llegar al término de la peregrinación proyectada. Al llegar a La Calzada, llenos de fe y de admiración de la fama de Santo Domingo, quisieron llevar al enfermo junto al milagroso sepulcro.

Resistíase el Demonio y con él aquel infeliz a quien había esclavizado, pues temía que había de dejarle presto. Y así fué: apenas tocó el sepulcro el endemoniado, comenzó a dar terribles gritos, mientras se agitaba en convulsiones espantosas, hasta que el espíritu maligno le abandonó para siempre y él con sus familiares pudo loar al Señor y a su santo siervo.

Como acción de gracias, siguió a Compostela, y al regreso, desde el puente al sepulcro, fué de rodillas, y después de orar con fervor, se volvió contentísimo a su país, dejando suspensos a sus parientes y amigos de Francia con el relato de su aventura y milagro.

En cierta ocasión, a mediados del siglo XII, tan copiosas fueron las nevadas y las lluvias en

la región donde había vivido Santo Domingo, y al sobrevenir el deshielo creció tan desusadamente el río Oja que, convertido en incontenible torrentera, salido de madre y arrastrando cuanto hallaba a su paso, amenazaba con inundar y destruir la comarca.

Por instantes iba aumentándose enfurecido el caudal del río y la villa de La Calzada no podía estar en peor situación.

Edificada en nivel inferior, sin defensa ninguna para evitar la acometida de las aguas, iba a ser víctima indudable de la desmandada corriente.

Aterrados los vecinos viendo la inminencia de la inundación, acudieron, como en todas sus tribulaciones, a rogar la intercesión del santo fundador de la ciudad.

Se dirigieron a su sepulcro prodigioso y apenas hubieron rezado fervorosamente suplicando su salvación, cuando se realizó el extraño milagro. Las aguas del río, que parecían líquida montaña, próxima a desplomarse sobre el aterrado pueblo, se calmaron, bajaron de nivel, se rebalsaron, deslizándose en otra dirección, y quedó la villa intacta milagrosamente.

No mucho después, un vecino del lugar de Tosantos, cerca de Belorado, en tierras de Burgos, llamado García, enfermó de tal suerte que quedó quebrantado y tullido sin poder hacer

movimientos apenas y éstos con grandes dolores.

Llevaba así nueve semanas y tres días, desesperado, sin que remedio alguno le mejorara, pero tuvo noticia de los milagros realizados por Santo Domingo de la Calzada y pidió que le llevaran allí para rogar directamente al santo su curación, tan difícil que parecía imposible.

Hiciéronlo así sus parientes y le instalaron junto al sepulcro, en un lecho, pues ni en pie ni aun sentado podía tenerse, y en seguida comenzó sus preces.

Llevaba ya varios días en su piadosa quietud y comenzaba a perder la esperanza de ser oído cuando de repente sintió una oleada de vida que recorrió sus miembros, y se alzó ágilmente bueno y sano para ponerse de hinojos y dar gracias al santo por el portentoso suceso de que había sido protagonista.

Al regresar a su pueblo, García, completamente curado, un vecino suyo que, sin la menor esperanza de mejorar, yacía muchos años baldado de todo el cuerpo y con atroces dolores, sintió acrecerse su fe por Santo Domingo de la Calzada y como le era imposible ir, ni aun llevado por otro, mandó hacer un gran cirio de la medida de su cuerpo y lo envió a la iglesia del santo para que se encendiera y consumiera en el altar de éste, a la vez que él rogaba ardientemente por su curación.

Y se logró al fin. Apenas colocado y encendido el cirio en el altar de Santo Domingo, el enfermo que allí en Tosantos llevaba tantos años inmóvil e insensible para todo menos para el dolor, se puso bien de improviso y pudo levantarse y reanudar su vida como si nada le hubiese acontecido nunca.

Más notable aún fué el caso de un pobre hombre que tenía paralizado un brazo y parte del cuerpo.

Varias veces se le apareció Santo Domingo de la Calzada diciéndole: "Ve a mi casa y sanarás". Y decidiéndose el enfermo a obedecer el mandato del santo, no bien llegó a su sepulcro quedó bueno y sano, como le había prometido.

Había logrado el Demonio poseer a una infeliz mujer y la sometía a innumerables sufrimientos, con tal rigor infernal que sentíase a orillas de la vida a cada instante.

Inútiles habían sido sus ruegos a la Divinidad y sus piadosas peregrinaciones a los más famosos santuarios de España. El espíritu maldito no abandonaba su presa y recrudecía sus martirios sin retroceder ante los más eficaces exorcismos, pero bastó que la enferma fuera transportada cabe el sepulcro de Santo Domingo de la Calzada y que velase allí durante una noche, para que el inmundo dueño de las sombras huyera de aquel cuerpo favorecido del Al-

tísimo, por intercesión de su siervo, el milagroso santo riojano.

La fe, sin otro esfuerzo, bastaba solo para que Santo Domingo intercediera por la curación de los enfermos y la consiguiera. Una mujer llamada Dominga de Bañuelos, enfermó de un brazo y pronto se le secó como un sarmiento quebradizo que al menor movimiento o contacto se retorció en agudísimos dolores.

Desesperada acudió un día, con toda fe, a la capilla del santo y apenas inició una plegaria pidiendo con lágrimas en los ojos, la curación de su mal, el brazo malo dejó de dolerle y henchido de vida volvió a ser flexible y lozano.

A finales del siglo xiv, entre los peregrinos de Santiago que pasaban por La Calzada, iba un alemán llamado Bernardo, que, piadosamente se detuvo a orar en la iglesia de la villa.

Estaba el buen peregrino rezando ante la imagen de Cristo, cuando al pasar junto a él una mujer y arrebujarse en su manto, le dió, por descuido, en los ojos con el borde de la tela, lastimándole mucho.

No quiso Bernardo quejarse, en el santo lugar, del daño, que sin intención, había recibido, aunque los dolores no cesaban, ya que la dureza del tejido le había herido profundamente los delicados órganos visuales y ni aun consideró necesario aplicarse ningún colirio que le re-

mediara antes de reanudar su ruta hacia Compostela.

Durante el camino crecieron los dolores y una infección purulenta convirtió sus ojos en dos horrendas llagas, dejándole completamente ciego.

Ayudado por la caridad de sus compañeros de peregrinación y con agudos sufrimientos, pudo acabar su misión, regresando a su país, de nuevo, por La Calzada, donde confiaba que el santo le ampararía en su infortunio.

A tientas en la luz por sus tinieblas eternas, logró llegar a la iglesia y, postrado de rodillas, comenzó a lamentarse y a rogar a Santo Domingo mostrara su misericordia con él.

Los fieles, conmovidos, escuchaban su relato y sus quejas y algunos le indicaron que se acercara al sepulcro del santo sin que nadie le sirviera de guía, a ver si en hacerle acertar con él, se daba una señal inequívoca del favor esperado.

Siguiendo el consejo, con los brazos extendidos y mil ojos en las manos que palpaban las paredes, dió unos pasos por la iglesia y en seguida, como si una luz interior iluminara sus pasos, fué a parar ante la reja del sepulcro del santo, a la que se asió, como a tabla de salvación, rogando con más fuerza todavía por la resurrección de su vista.

Pronto un grito de gozo, de ser que siente

rasgarse ante él las tinieblas, conmovió el templo, y cuando se acercaron a Bernardo, el peregrino alemán, los que allí estaban contemplaron, con asombro, que sus llagados ojos se habían transformado milagrosamente en claras pupilas azules, inundadas de limpias lágrimas de gratitud.

Este fué el milagro que Santo Domingo hizo con aquel extranjero, que, al regresar a su país bendiciéndole, dejó junto a su sepulcro, en recuerdo, dos ojos de cera como símbolo de los que había recobrado.

II

SIGUESE LO MISMO CON MUCHAS CURIOSAS NOTICIAS

Algo semejante a lo que acabamos de relatar en el capítulo anterior sucedió a otro peregrino de Normandía, en Francia. Después de estar en Compostela y cumplir su promesa, le acometió, al regreso, un dolor de cabeza tan intenso que al llegar precisamente a Santo Domingo de la Calzada, había perdido, en absoluto, la visión de un ojo. Entró en la iglesia y arrodillado junto al sepulcro del santo, le rogó fervorosamente por la curación de su mal, y el ruego fué escuchado, saliendo el peregrino del templo con sus ojos perfectamente, después de dar una limosna en acción de gracias.

Y caso análogo del poder milagroso del enterramiento de Santo Domingo, fué en el siglo xiv el de una mujer del pueblecito de Va-

lluércanes, llamada María Pérez, la cual quedó muda de una enfermedad grave y así estuvo muchos días hasta que veló el sepulcro del santo y recobró el habla maravillosamente.

El mismo milagro acaeció al poco tiempo a Pedro Jiménez, natural de la villa de San Vicente, y se ha repetido en época posterior como se verá.

Pero más interesante es lo sucedido a un aldeano llamado Juan Miguel, vecino de la villa de Leiva, a finales del siglo XIV.

De resultas de una enfermedad que le puso la vida al tablero, le quedaron agudísimos dolores por todo el cuerpo y más aún en las manos y en un costado, hasta tal punto que le eran insufribles.

Llevaba así siete semanas sin que ningún remedio le fuera de provecho, cuando pudo ir a la feria de Santo Domingo de la Calzada y vendió sus mercancías, dando del importe una limosna para la iglesia, aunque sin entrar en ella por desidia.

Al regresar a su casa, durante el camino, le aumentaron los dolores de tal forma, que cuando llegó a aquélla, estaba ya parálítico de medio cuerpo para abajo, y no se quedó en el camino porque le ayudó a terminarlo la caridad de sus convecinos que le acompañaban.

Ya en la cama, púsose a reflexionar sobre su desgracia y cayó en la cuenta de que su pereza

para ir a la iglesia de Santo Domingo y su falta de amor al santo le habían dado aquel castigo.

Hízose llevar a Santo Domingo en cuanto pudo, y una vez en su templo, estuvo velando el sepulcro del santo varios días, al cabo de los cuales intentó realizar una devoción ya frecuente entonces allí: la de dar una o varias vueltas alrededor del enterramiento de Santo Domingo, al tiempo de rogarle su protección.

Sólo a duras penas, y arrastrándose comenzó su piadoso sacrificio, pero antes de que acabara la primera vuelta sintió revivir su cuerpo paralítico y quedó curado del todo.

Este castigo a las faltas de acatamiento y veneración a Santo Domingo de la Calzada, se repitió en algunos otros casos no menos curiosos.

Tal el de una vecina de Bañares que habiendo ido a La Calzada, ocupada en sus negocios, no entró en la iglesia, aunque pasó por su puerta. Pero apenas regresó a su casa le dió aquella misma noche un accidente, con fuertes dolores que la dejó baldada de brazos y manos.

Al punto comprendió la causa y marchó de nuevo a Santo Domingo de la Calzada. Entró en su iglesia, se confesó y el sacerdote le aconsejó que velara nueve días el sepulcro del santo.

Hízolo así, rezando con fervor, y a las pocas horas recobró el movimiento de sus brazos y

manos y pudo dar gracias al santo por su intercesión con el Altísimo.

Otra mujer de la villa de San Millán de la Cogulla, próxima al famoso Monasterio, se empeñó en trabajar, remendando un costal de trigo, sin guardar fiesta, el día de Santo Domingo de Silos, cuyo nombre llevaba, y por la noche, cuando estaba ya acostada comenzó a dar gritos de dolor y de espanto, despertando a los vecinos.

Al acudir éstos, hallaron a Dominga con los dos brazos inmóviles, pegados al pecho y sin poder apartarlos de él, a la vez que con lágrimas confesaba su falta de piedad.

Para que le fuera perdonada, ofreció ir a Silos a visitar el monasterio del santo, pero su parálisis y el rigor del invierno de aquel año, la impidieron llevar a cabo sus buenos propósitos.

Viendo que se retardaba y que el mal seguía irremediable, recordó el afecto que se tenían mutuamente Santo Domingo de Silos y Santo Domingo de la Calzada y que acaso, visitando el sepulcro de éste, distante sólo tres leguas de su pueblo, consiguiera lo mismo el perdón.

Y, efectivamente, llegó allí, comenzó a velar el sepulcro y halló algún alivio.

Entonces, animada, hizo que dijeran una misa en el altar del santo y cuando acabó la ceremonia su salud era perfecta.

La fama de los milagros de Santo Domingo conmovió de tal modo al prelado don Diego López de Zúñiga, insigne obispo de Calahorra y de La Calzada, a comienzos del siglo xv, que despertó en él la imprudente curiosidad de ver el cuerpo del santo, nunca descubierto.

Para satisfacer sus irreverentes designios aprovechó una noche que no había nadie en la iglesia y con unos canónigos del cabildo ordenó que abrieran el enterramiento del santo.

Pero no bien comenzaron a arrancar las piedras, cuando el obispo quedó ciego de repente.

Comprendiendo la justicia de este castigo, rogó con ardorosa fe a Santo Domingo que le perdonara su atrevimiento y como su arrepentimiento era sincero, logró el santo que recobrara la vista.

El obispo, agradecido, mandó trazar el suntuoso sepulcro renacentista de finos mármoles, existente en la actualidad.

En el siglo xvi, Catalina de Foncea, natural de esta aldea de La Rioja, servía en el lugar de Casalarreina, cuando sufrió una gravísima enfermedad de la que libró a duras penas, pero quedando privada del habla y del oído, completamente sordomuda.

Cinco años padeció tan triste situación y haciendo sus labores con infinitas dificultades y trabajos debidos a su defecto, hasta que se decidió a impetrar la ayuda de Santo Domingo

de la Calzada cuya fama y milagros habían llegado hasta ella.

Dirigióse a la ciudad del santo y entró en su iglesia el día 13 de febrero de 1556, que era sábado. Después de rezar ante el altar mayor se arrodilló ante la reja que rodea el sepulcro de Santo Domingo, e hizo voto de servir dos años en su hospital si la misericordia de Dios la sanaba.

Allí, velando el sepulcro, estuvo hasta el lunes siguiente, día 15, en que a la misma hora que lo hiciera el sábado, volvió a rezar ante el altar mayor y otros de la iglesia, y cuando volvió a ponerse de hinojos ante la tumba del santo, su alma, inundada de gozo, notó que se le desataba la lengua en alabanzas a Dios y que volvía a escuchar claramente todos los ruidos de la vida cotidiana que latía en torno a ella, convertidos, durante los cinco años de su enfermedad en una mímica trágica y burlesca.

No desamparó jamás Santo Domingo de la Calzada a aquellos que, sin embargo, estaban imposibilitados de visitarle en contra de su propia voluntad.

María de Aperregui, mujer de Juan de Gayangos, vecino de la villa de Briones, quedóse tullida de todos sus miembros a mediados del siglo XVI y sólo podía moverse arrastrándose y servirse de las cosas cogiéndolas con los dientes, hasta que de tal modo aumentó su enfer-

medad que hubo de quedarse en la cama, sin levantarse, días y días.

Hasta un año vivió así, si esto puede llamarse vivir, sin que nada le fuera provechoso para curarse; pero encomendándose muy de corazón y a menudo, a Santo Domingo de la Calzada, cuyos prodigios curativos ya conocía, el santo tuvo compasión de su fe y de sus desgracias e interdeció por ella.

El día de Pascua de Resurrección de 1559, un venerable peregrino de mediana estatura, tostado por el sol, con su esclavina de pardo paño, cubierta de conchas, preguntó a unos niños quién del pueblo estaba más necesitado del auxilio divino, y tan conocido era en el lugar el desesperado caso de María de Aperregui, que, sin dudarlo, las criaturas señalaron a la mujer de Gayangos como la más merecedora de la protección de Dios.

Dirigióse el peregrino a casa de la enferma y la encontró como siempre estaba, rezando a Santo Domingo de la Calzada.

La saludó con afecto el anciano, y ella, muy necesitada, le pidió socorriese su miseria, a lo que el peregrino respondió, sacando de su zurrón un tarugo de pan y un cuarto y dándoselo.

Aun antes de abandonarla, le leyó un pasaje del Evangelio de San Juan y le hizo tres veces

la señal de la cruz en la frente desapareciendo al punto.

Apenas salió de la casa el venerable peregrino, notó María de Aperregui que nueva vida la poseía y se levantó del lecho con una agilidad y soltura que apenas recordaba de otros tiempos, y cuando salió tras el peregrino para darle las gracias, no le halló ni vió en cuanto espacio abarcaban sus ojos, ni tampoco los vecinos pudieron darle razón de él. Y entonces su alma abrió los ojos a la verdad. Aquel pobre peregrino que la había salvado era el propio Santo Domingo de La Calzada a quien ella encomendara su salvación, el cual en el hábito de los que tanto protegió había acudido a sus ruegos en presencia corporal.

Conmovida María de Aperregui fué luego a la iglesia de La Calzada, a mostrar su gratitud al santo, padre de enfermos y desvalidos.

A favor de estos últimos, en quienes siempre había empleado su caridad realizó este otro milagro, uno de los más bellos conocidos.

Vivía en el lugar de Corporales, en La Rioja, a finales del siglo XVI, una infeliz viuda tan devota de Santo Domingo de la Calzada como falta de bienes terrenales. Y era tal su pobreza que la mayor parte de los días no había en su casa ni un mendrugo de pan con que remediar el hambre de ella y sus hijos, todos pequeños, que no podían ganarse la vida.

Sufría la desdichada más por ellos que por sí y se le partía el corazón cada vez que les oía pedir pan sin poder dárselo y rogaba a nuestro santo que remediara en algo tanta miseria o al menos liberara de ella a aquellas inocentes criaturas.

“Vos, Santo Domingo, que habéis velado siempre por los que nada poseen—exclamaba frecuentemente entre lágrimas—, ¿no podríais interceder para que la misericordia de Dios se dignara enviarme algo con que socorrernos? Aunque sólo fuera un poco de pan para dar de comer a estos pobres niños, a los que más les valiera no haber nacido.”

Y sus preces repetidas parece que no eran dignas de llegar hasta la Divinidad...

Pero un día en que su inquebrantable fe repetía el mismo ruego porque su necesidad era más grande que nunca, llamaron a la puerta y cuando abrió halló en el umbral a un viejo peregrino cuya figura, como otras veces, había tomado Santo Domingo compadecido de las desgracias de aquella devota suya.

Pidióla el santo una limosna, un pedazo de pan siquiera y la pobre mujer, que por serlo, y también piadosa y de buen corazón se compadecía de los demás necesitados como ella, le respondió, con desesperada tristeza: “Bueno fuera, hermano, que pudiera socorreros como es mi deseo. Pero esta es la hora de Dios en

que, como muy a menudo sucede, no hay en esta casa ni una miga de pan con que matar el hambre de mis hijos y mía. Mal puedo dar de lo que no tengo”.

“¿Cómo podéis decir eso—repuso dulcemente el santo peregrino—si tenéis ahí dentro un arca repleta de pan? ¿Es que dudáis de la misericordia de Dios? Andad y socorredme con un poco de ello...”

Quedóse la mujer suspensa y paralizada y como por inspiración divina se dirigió a la renegrida y vieja arca donde desde la muerte de su marido, que lo ganaba, no había entrado nada, y abriéndola no pudo contener un grito de sorpresa al hallarla atiborrada de pan blanco y reciente cuya dorada corteza crujía al tacto, a la vez que una apetitosa fragancia se difundía por la casa.

Tomó la mujer confusa un pan para socorrer al bondadoso peregrino, pero cuando salió a la puerta ya había desaparecido éste, según costumbre, dejando tras sí la alegría de la caridad.

Entonces, la viuda se percató del milagro y arrodillándose dió gracias al santo por el favor que le había concedido, y ya nunca le faltó con qué socorrerse a sí y a sus hijos.

Hacia 1630, cuando el reinado lleno de poesía y vacío de política de Felipe IV, dejaba desplomarse a España blandamente entre broca-

dos, encajes, joyeles y versos, vivían en la villa de San Vicente de la Sonsierra, en Navarra, Juan de Estrada y Ana Ruiz Delgado, cuya hija Catalina había tenido la desgracia de nacer coja de una pierna.

Con este defecto transcurrió su niñez claudicante, apartada de los alegres juegos de los demás niños y llegó a la juventud, hasta que un día, cuando escardaba en una de las heredas de sus padres, hizo un esfuerzo y la pierna que tenía coja se le salió de su sitio, dislocándosele de la cadera, de tal modo que se le notaba por encima de las sayas con un bulto deforme, y no pudo dar un paso en adelante sin agudos dolores.

Dos meses pasó sufriendo hasta que los relatos de los maravillosos milagros obrados por intervención de Santo Domingo de la Calzada, la impulsaron a visitar su iglesia para implorar que la librara del martirio que sufría.

Después de confesar y comulgar empezó una novena dedicada al santo, en 22 de julio de 1632, y la acabó sin notar ninguna mejoría en su estado.

No obstante, sin decaer en su fe y esperanza, comenzó otra lo mismo el 1.º de agosto siguiente, y el día 5 del mismo mes, que era jueves, entre doce y una de la madrugada, mientras velaba el sepulcro de Santo Domingo, sintió una

angustia en el alma y a la vez un dolor agudísimo en la pierna.

Más fervorosamente aun comenzó entonces a implorar el amparo del Santo en aquel duro trance, y cuando ya parecía que iba a morir de sufrimientos, cesaron éstos de improviso y se levantó buena y sana, andando sin la menor cojera, libre de aquella enfermedad que había nacido con ella, para la cual nadie había encontrado remedio ni lenitivo, y en prueba de gratitud por tan asombroso prodigio, sirvió durante varios años en el Hospital de La Calzada, fundado por el Santo para peregrinos pobres y enfermos.

III

DE OTRAS MARAVILLOSAS CURACIONES CONSEGUIDAS POR LA INTERVENCION DEL SANTO

Tan sorprendentes como los relatados son otros muchos milagros de Santo Domingo de la Calzada, mediante los cuales consiguieron su curación devotos suyos, a veces con sólo invocarle, como en el caso siguiente.

Mediaba el siglo xvi, y Pedro García del Hoyo, vecino de la villa de Grañón, en La Rioja, tenía a su mujer, Catalina, con unas fiebres pestilentes que pronto la pusieron a las puertas de la muerte.

Luchaba con ésta la infeliz mujer, ya sin habla y sufriendo atroces dolores, cuando vino a su mente el recuerdo del milagro que no mucho antes había obrado Santo Domingo con Catalina de Foncea.

En la esperanza de ser escuchada por el Santo, se encomendó a él de todo corazón, ofreciéndole unos cuantos actos de piedad si sanaba. Y no bien había acabado de decirlo, comenzó a hablar, dando gracias al Altísimo, y se levantó libre de todo mal.

Habíase quedado tullida una moza, llamada Catalina de Flores, hija de Pedro de Flores, vecino de Briones, y llevaba en tan angustioso estado nueve meses, y de ellos muchos días inmóvil en una cama del hospital de su pueblo, sin que ningún remedio la aliviara lo más mínimo.

Encomendábase sin cesar a Santo Domingo, con gran fe y devoción, y a fuerza de ruegos consiguió que, atada sobre una mula, la llevaran a su iglesia de La Calzada.

Después de andar unos días por la ciudad, casi arrastrándose, sobre unas muletas, asistió a la fiesta del Santo en 12 de mayo de 1558, encontrando en ella a Catalina de Foncea, a la sazón cumpliendo su promesa de servir en el hospital, que la contó su milagro y la aconsejó que ofreciese unas novenas a Santo Domingo, que él la curaría de su enfermedad.

Cumplió Catalina de Flores lo que la indicaban, y junto a la reja del sepulcro empezó el rezo, llena de esperanzas.

Y no fué en vano, porque el día 22 del mes citado, en que concluía la primera novena, re-

cobró sus movimientos, y tan bien quedó, que nadie pensara, al verla, que antes hubiera estado enteramente impedida.

Estos milagros de tullidos se han repetido muchas veces por intercesión de Santo Domingo de La Calzada. Entre los más dignos de recordarse están, además de los citados, el de Casilda del Río, vecina del lugar de Piérnegas, en tierra de Burgos, tres años baldada, arrastrándose con ayuda de unas muletas, que recobró la salud visitando el sepulcro del Santo; el de un niño de tres años, de Logroño, llamado Mateo, paralítico de nacimiento, que habiéndose encomendado a Santo Domingo de la Calzada, por indicación de sus protectores el veedor don Pedro de Herrera y su mujer doña Catalina de Zuazu, rompió a andar como si no hubiera tenido lesión alguna antes; el de María de Umbria, mujer de Francisco de Hoyos, vecino de La Calzada, que paralítica y declarada incurable, dejó de serlo por haber hecho una novena a Santo Domingo y haber tocado su milagrosa hoz con fervorosa unción para curarse; el de una mujer de Navarra, tullida de todo el cuerpo, a quien colocaron junto al sepulcro del Santo, echada en un lecho, para que se compadeciera de su desgracia y la salvase, la cual, agravándose día por día, cuando ya empezaba a agonizar, no sólo se libró de la muerte, sino que recobró el movimiento de sus miembros

que había perdido; y, en fin, otros dos que, por su interés especial, merecen no ser resumidos como los anteriores.

El primero se refiere a Casilda López, hija de Juan López y María Fernández, vecinos del lugar de Torres, cerca de Medina de Pomar, en el Arzobispado de Burgos, que resultó paralítica después de una gravísima enfermedad que padeció.

Quedó tullida de ambas piernas, que mantenía encogidas de tal manera que tenía los talones pegados a los muslos. Además, el brazo izquierdo se le quedó también inmóvil.

Andaba la sin ventura como un extraño monstruo, arrastrándose sobre las rodillas y apoyándose en la mano derecha con un chapín viejo que llevaba en ella, de tal suerte retorcida y penosa de movimientos que a todos movía a compasión.

Cuando ya todo intento de curación humana había fracasado, se hizo llevar a Santo Domingo de la Calzada, con la esperanza de conseguir la intervención milagrosa del Santo.

Anduvo por su ciudad pidiendo limosna, de la que vivía habitualmente, durante dos meses y medio, y de noche se recogía en el hospital de los peregrinos.

A instancia de muchas personas que la compadecían y la ayudaban, empezó una novena en la iglesia de Santo Domingo, para lo cual la

colocaron en una tarima una camilla, junto al milagroso sepulcro.

Acabó una novena, y, sin disminuirse su fe, se sintió algo desesperanzada porque la mejora no se notaba en ningún aspecto; pero se dispuso a empezar otra al día siguiente.

Y aquella misma noche se le apareció, en la solitaria quietud de la iglesia, el propio Santo Domingo, en hábito de peregrino, con un bordón en la mano, y le dijo que sanaría, desapareciendo inmediatamente y dejándola muy consolada.

Al día siguiente, que era 15 de junio de 1632, cuando el Cabildo estaba, por la tarde, cantando las vísperas en el coro, le dió a la enferma, postrada en su lecho, junto al sepulcro, un terrible accidente y empezó a sudar y trasudar con tales congojas, que creyó írsele la vida más de veras que venirle con aquella crisis la curación, aunque así fué.

Al poco rato comenzó a mover el brazo izquierdo, que tenía baldado, y estiró aquellas piernas encogidas y anquilosadas, con el gozo de quien sale de un estrecho encierro.

Y entonces, cuando la mujer del campanero de la iglesia, Casilda del Moral, que cuidaba de la enferma, había acudido junto a ésta para comprobar la mejoría, oyeron ambas, con religioso espanto, una voz celestial que parecía descender de lo alto y resonó tres veces en la so-

litaria iglesia, diciendo: "Casilda, hija mía, levántate".

Tal prodigio se divulgó por la ciudad inmediatamente, y acudieron a la iglesia, hacia las ocho de la noche, entre otros caballeros notables de allí, don Juan Baltasar de Samano, del Hábito de Alcántara y marqués de Oria; don Sebastián de Leiva San Martín y don Lope Hurtado de Mendoza, hallando a Casilda López en su camilla, presa aun del accidente que le dió tiempo antes.

Teniendo conocimiento de las voces que se habían oído, y juzgándolo todo obra de la caridad milagrosa del Santo, ayudaron los caballeros a levantarse a la enferma y a que diera una vuelta alrededor del sepulcro, según piadosa costumbre.

Y ocurrió que, al pasar junto a la famosa hoz de los milagros, Casilda levantó el brazo baldao y la tocó para adorarla, y cuando, llevándola de las manos los caballeros aludidos, terminó la vuelta, vieron ella y todos, con sorpresa, que andaba y se movía perfectamente, sin la menor huella de la terrible enfermedad pasada.

Al jueves siguiente, día del Corpus de aquel año, al desfilas por las calles de Santo Domingo de la Calzada la procesión del Santísimo Sacramento, entre luces y flores, pudo verse en ella, y junto a la imagen del Santo Patrono de la ciudad, a Casilda López, la paralítica salvada

pör su intercesión, cubierta con un ropón largo y llevando en las manos un hacha de cera encendida, que así daba gracias al Créador, y aun mostró luego más su gratitud al Santo, quedando a servir en su hospital durante mucho tiempo.

El segundo milagro que merece relatarse le acaeció a una hermana de González de Tejada, el mejor cronista de Santo Domingo de la Calzada, como ya dije, y me parece, mejor que tejer yo el relato sobre el suyo, como en los demás casos, dejar que él mismo, como testigo, cuente con su pintoresco estilo el suceso prodigioso. He aquí el texto:

“En el año mil seiscientos y ochenta y tres, al principio del mes de noviembre, enfermó de un fiero tabardillo doña Josefa González de Tejada, mi hermana, mujer de don José del Valle Tejada, vecinos de la villa de Gallinero de Cameros, mi patria, sobreviniéronle raros accidentes, que el uno fué un frenesí furioso, de suerte que, no pudiéndola tener muchos hombres, fué preciso atarla las manos para que no se despedazara, sin poder dormir en cinco o seis días y noches, con que se fué agravando tanto el accidente, sin aprovechar los muchos remedios que la hicieron, que desahuciada de los médicos, la dieron el Sacramento de la Exremaunción, habiendo antes, cuando aun no le

había entrado tanto el delirio, recibido el Santísimo Viático.

Hallábame yo en esta ocasión en su casa, y buscando en Dios el remedio, que no hallaba en la medicina, despaché un criado a nuestra ciudad, pidiendo a los amigos de la santa iglesia dijese misas en el altar de nuestro Santo, invocando su auxilio (como lo hicieron) y que me enviasen un poco de tierra del Santo Sepulcro de nuestro Patrón, para darla.

A la tarde, diciendo yo la diligencia que había ejecutado, se acordó un paje mío, que había llevado de Santo Domingo, que tenía él un poco de dicha tierra, y habiéndomela entregado, se la di a la enferma en un poco de agua, rezando la Antífona y oración del glorioso Santo, con tan buena dicha, que apenas tomó la tierra la enferma, cuando se quedó inmediatamente dormida, y durándola continuamente el sueño hasta la mañana, al tiempo que se estaban diciendo las misas en el altar de nuestro piadoso Patrón, despertó sin el delirio, invocando a Santo Domingo y tan casi libre de su gravísima enfermedad, que muy apriesa recobró la salud.

Si hubiera de referir los muchos prodigios que Dios ha obrado en los enfermos, tomando éstos la tierra del sepulcro de nuestro santo Patrón, los que han sanado de rigurosísimas enfermedades, llevándoles la Hoz del Santo o una de sus Capillas, y diciéndoles un sacerdote su

Antífona y Oración, era cosa sin número. Quedáranse con otros muchos Milagros que ha obrado Dios por nuestro Santo y el poco cuidado los entregó al olvido.”

Por último, el poder milagroso de la tierra del sepulcro de Santo Domingo de la Calzada, a que alude el autor citado, se había ya demostrado en otros varios casos, como, por ejemplo, el siguiente, acaecido el año anterior del reproducido, cuyos datos son de una exactitud fehaciente, al igual de la mayoría de los que se publican.

Don Ventura de la Peña, beneficiado en la iglesia parroquial de Grañón, en La Rioja, enfermó gravísimamente y pronto se sintió llegar al final de su vida, sin esperanzas de quedarse en ella.

Pero un prebendado de la iglesia de Santo Domingo de La Calzada, llamado Juan de Chinchetru, grande amigo suyo, le animó a que, sin dolerse del dictamen de los médicos, que le habían desahuciado, acudiera al más seguro remedio de la medicina celeste, y yéndose a la iglesia de nuestro santo, se alzó con un trozo de su hábito, que se conservaba, y algo de la tierra de su sepulcro.

Llegó a Grañón cuando el enfermo estaba ya casi asido a la muerte y, rezando la Antífona, sin más tardar, púsole la reliquia sobre la cabeza y le hizo beber un vaso de agua en

que había disuelto un poco de la bendita tierra del sepulcro del santo y sin dilación alguna remitió la fiebre del enfermo, mejorando con tal prisa que en todo se vió el poder divino y la intervención de Santo Domingo.

Sucedió este milagro en 6 de agosto de 1682 y don Ventura de la Peña, el sacerdote a quien el santo favoreció de esta manera, fué a su iglesia a darle las gracias y dijo una misa en el altar de su sepulcro prodigioso.

IV

VARIOS MILAGROS NOTABLES DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

En los milagros que van relatados se ha visto la singular intercesión de Santo Domingo de La Calzada para conseguir prodigiosas curaciones por medio de la devoción a su sepulcro.

En los que siguen hemos de ver, además de otros casos, no menos sorprendentes, en que da salud o vida a quienes la habían perdido sin remedio, la intervención del santo en hechos taumatúrgicos cuya sobrenatural rareza perdurará eternamente, a través de los siglos, como una prueba alentadora de que el hombre puede, por sus virtudes, afirmar su fragilidad humana en la firmeza inmutable de la Divinidad.

Celebrábase en cierta ocasión con piadoso esplendor una fiesta de Santo Domingo de La

Calzada en que los fieles mostraban entusiásticamente su fervor por el santo.

De todas partes de La Rioja y aun de fuera de ella, habían venido los devotos del ingeniero del Cielo, padre de los enfermos y desvalidos, y con los forasteros dos hermanas, muy creyentes y buenas, pero una de ellas tocada del demoníaco pecado de la codicia, hasta el punto de que para conseguir algo de valor, y en especial dineros, acallaba en sí todo escrúpulo y dejaba derrumbarse los más fuertes apoyos de sus creencias.

Al pasar ante el sepulcro del santo quedóse esta esclava de los bienes temporales contemplando con apetente avaricia una batea de plata que allí se había puesto para recoger las limosnas.

Miraba, obsesa en su pasión, brillar sobre ella las monedas de plata y de oro que la piedad y la gratitud de los fieles ofrendaba para el culto del santo, y como sin conexión con cuanto la rodeaba, y lejos ya de todo el fervor religioso que a allí la había llevado, sólo imaginaba arramblar con alguno de aquellos dineros santificados y guardados por la devoción.

Vencida al fin, de aquel mal deseo que Satanás encendió en su alma, se acercó a la bandeja de las ofrendas y fingiendo que ponía en ella su óbolo, tomó con avarienta y temblorosa

mano unas cuantas de las monedas que halló a su alcance.

Nadie lo había visto de cuantos andaban por allí, pero la justicia divina no quiso que quedara impune tan miserable delito. No bien la ladrona de quien todo lo dió, se alejó del sepulcro, un velo, nacido acaso de su conciencia, cubrió sus ojos, dejándola completamente ciega.

Aterrada, sin atreverse a descubrir su mala acción que en las tinieblas de sus ojos aparecía tan misérrima y vergonzosa como era, anduvo tropezando con los demás devotos hasta que dió su hermana con ella y le preguntó la causa de lo que sucedía.

Entonces sintió quebrársele el alma en lágrimas de arrepentimiento y explicó a cuantos la rodeaban y a su hermana todo el negocio, y esta última, reprendiéndola fuertemente, tras lamentarse de lo sucedido, la obligó a que volviese a su lugar lo que había hurtado y la recomendó que pidiera fervorosamente, con arrepentimiento sincero, a Santo Domingo de la Calzada el perdón de su culpa.

Hízolo así y derramando amargo llanto de contrición, junto con muchos de los testigos del suceso, logró que el santo se compadeciera de ella. Recobró la vista instantáneamente, por su intervención y lo que en un principio pudo ser en perjuicio del culto de Santo Domingo vino

a convertirse en un florón más de la corona de su gloria.

Fué también en una de estas fiestas en que los devotos se aglomeraban en la iglesia de La Calzada pidiendo la protección de su santo Patrono, cuando acudió a velar su sepulcro, en cumplimiento de una promesa un pobre hombre acompañado de su nieta, tal vez favorecida por Santo Domingo.

Estaban abuelo y nieta entregados a sus preces cuando un desalmado que por allí andaba, no con buenos fines, promovió una disputa con aquél, y sin piedad alguna lo hirió de muerte escapándose por entre la multitud, espantada del brutal hecho, sin dejar la menor huella.

Después de cometer tan cruel delito, anduvo el asesino por la ciudad, procurando despistar a los que le buscaban con la justicia, y al fin, decidió salir de ella y huir lo más lejos posible.

Este hombre, para quien La Calzada era familiar, pues había estado allí infinitas veces, se dirigió a la puerta de la villa que había más cerca; pero vió con asombro que no daba con ella.

Lo achacó a su intranquilidad y haciendo esfuerzos por aparecer sereno, cruzó de nuevo la ciudad y se encaminó a otra de sus puertas que tenía la certeza de que por allí se abría, y el resultado fué el mismo.

Nuevamente intentó encontrar una de las puertas que tantas veces había franqueado para entrar o salir de La Calzada y de nuevo, también, no consiguió sus propósitos.

Conforme avanzaba el tiempo y veía la inutilidad incomprensible de sus esfuerzos, más se desconcertaba y con más desalentada prisa iba de un lado al otro, como fiera acorralada, sin salida posible, hasta que habiendo llamado la atención de los que le perseguían, fué preso y confesó en seguida su delito que pagó en la horca, conforme a las leyes estatuidas entonces. Y como en todo cuanto aparece la mano misericordiosa del milagroso santo riojano, no puede faltar la caridad, tóvola, en aquella ocasión, de los presos sin culpa que, enterados en la cárcel del prodigioso caso, pidieron a Santo Domingo probara su inocencia y como así sucedió quedaron libres más adelante.

Por último, con motivo también de la fiesta dedicada a Santo Domingo de la Calzada el 12 de mayo, sucedió un hecho milagroso curiosísimo, que la tradición ha conservado.

La víspera de la fiesta del santo, en el molino de su hospital, se seguía una vez trabajando afanosamente, a pesar de la solemnidad del día, a fin de concluir lo más pronto posible la tarea de la molienda, pero, de repente, cuando comenzaban las campanas a anunciar la celebración del día siguiente, se paró la muela sin

que fuerza humana ninguna la hiciese dar una sola vuelta más.

El molinero, pasmado, arreció en sus esfuerzos aquella noche y en el día siguiente, consagrado al Santo, con el mismo inútil resultado, hasta que a la media noche, fin de la festividad, sin que nadie la tocase, comenzó la rueda a dar vueltas con increíble velocidad y molió a escape todo el grano que debía haber hecho harina en la víspera y día de la fiesta de Santo Domingo, señaladas así, con este milagro para que se guardaran en adelante y no se trabajara en ellas.

Un milagro más sobrenatural aún se realizó por intercesión de Santo Domingo a favor de un mozo alemán, natural de Rean, en la Borgoña.

Este mancebo, noble y rico, había muerto mientras un tío suyo, que le quería mucho, estaba por tierras de España en peregrinación hacia Santiago, y habiendo pasado por La Calzada admiróse muy de veras de los milagros famosos de su santo fundador.

Ya en su tierra, se enteró de la desgracia que había sucedido y vestido de luto fué a acompañar el entierro de su sobrino que se había demorado hasta su llegada; pero estando ante el cadáver, muerto y embalsamado hacía varios días, se acordó del poder milagroso de Santo Domingo de la Calzada y le pidió muy encare-

cidamente que le resucitara como había hecho con otras personas en varias ocasiones y repitió sus preces una y otra vez con todo fervor.

Al fin, el muerto comenzó a palpar y a agitarse hasta que se le vió moverse como persona viva, y por último, rompiendo la mortaja que tenía puesta se levantó ante la admiración y el terror de los circunstantes y apareció sano y bueno como antes de su enfermedad.

Pero aún no había terminado lo prodigioso de este caso. El resucitado prometió que en recuerdo del favor que le había dispensado Santo Domingo de la Calzada, depositar en su capilla la mortaja en que había estado envuelto.

Quería habérsela llevado personalmente y visitar así el milagroso sepulcro de su salvador, pero como ocupaciones ineludibles fueran retardando indefinidamente su viaje, decidió cumplir la promesa sin más tardanza enviando la mortaja con un propio.

Se puso éste en viaje y al atravesar un caudaloso río el puente tendido sobre él se desplomó en el momento que él pasaba y cayendo a la corriente con su equipaje fué arrastrado por el caudal de agua y se hubiera ahogado sin remedio de no tener ocasión de encomendarse en aquel momento al mismo santo que, misericordioso siempre, hizo que ganara la orilla y quedara, con su impedimenta, incólume y seco

como si nada le hubiera sucedido y así pudo cumplir la promesa del mancebo borgoñón.

La protección del santo se extendió siempre a cuanto constituye su iglesia con especial amor.

En ella se hallaban cierto día unos canteros cerrando la bóveda que cae sobre el coro donde estaba el Cabildo cantando las Horas.

Al asentar la clave, cedió uno de los pilares y con él las cimbras y su carga de enormes piedras hundiéndose y arrastrando a su paso los andamios con todos los obreros, las herramientas y los materiales de la construcción entre estruendosa polvareda.

Cayó toda esta avalancha de hombres y cosas sobre el coro, lleno de prebendados y eclesiásticos que con ellos asistían al oficio divino sin que la rapidez del desastre diera tiempo a la huida, pero sí a la invocación sacratísima, por la mayoría, del nombre de Santo Domingo de la Calzada, y bastó solamente ello para conjurar la catástrofe inminente: cuando disipado el polvo y apagados los gritos de terror, pudo comprobarse el efecto de lo ocurrido, se vió con asombro sin límites, que ni había ninguna víctima ni siquiera nadie presentaba huellas del siniestro.

El continuo velar de Santo Domingo de la Calzada por su ciudad y la región riojana se ha manifestado aún más patente en evitar los azares del tiempo, tan fundamentales en una

comarca, como ella, eminentemente agrícola, que de los productos del campo se mantiene con preferencia a otros.

De la intervención milagrosa del santo en estos hechos hay dos ejemplos, de finales del siglo XVII, sucedidos en espacio de pocos años.

En la primavera del de 1685, una sequía pertinaz amenazaba a la cosecha espléndida, como siempre, en La Rioja, cuando llegó el 12 de mayo, fiesta de Santo Domingo, y no bien apareció en la puerta de su iglesia la imagen del santo, a quien tanto se había rogado porque remediasse la ruina de los labradores, que se avecinaba, comenzó a llover con abundante persistencia y así continuó muchos días, lo cual remedió totalmente el peligro evidente que se cernía sobre la región de La Calzada.

En cambio, tres años después, en 1688, fué la primavera tan lluviosa que los frutos iban a pudrirse sin llegar a su sazón, sin que las rogativas que se hacían consiguieran el favor divino. Pero, al llegar el 22 de junio, como en nada variara el tiempo, y ya de seguir a sí la ruina era inevitable, se determinó sacar en procesión la imagen de Santo Domingo, y efectivamente, apenas apareció ésta, dejó de llover y un sol magnífico persistió todo el tiempo necesario para que los frutos de la tierra, en vez de perderse, alcanzaran su perfecta madurez.

“Pudieranse contar innumerables favores de

este género—exclama barrocamemente González de Tejada, el puntual cronista de nuestro santo—ya en falta de agua y ya en sobra de ella, que se han padecido, en las cuales han hallado en Dios los fieles remedios a sus necesidades comunes, repetidas veces por medio de nuestro santo y que rarísima vez dejan de conseguirlos sus hijos de la piedad divina por su intercesión. Pudiera hablar de las casi infinitas veces, que ha librado a su ciudad de las tempestades, que son en este país muy frecuentes en tiempo de verano, y cesan en sacando la imagen del santo a la puerta de su santa iglesia. Pudiera referir la tradición antiquísima que hay en nuestra ciudad, afirmándose que jamás ha caído rayo alguno, ni centella dentro de los muros de la ciudad, entre tanta frecuencia de tempestades, que los arrojan muchísimas veces en sus campos, siendo Santo Domingo laurel, que a esta Dafne libre de los rayos del divino Júpiter. Mas ceso en sus milagros, dando muchas gracias a Dios, que benigno fué servido de darnos tan grande abogado.”

V

MILAGROS DEL CAUTIVO Y DEL DEAN CON OTROS NO MENOS CE- LEBRES COMO EL DE DON PEDRO EL CRUEL

De todos los milagros debidos a la intervención de Santo Domingo de la Calzada, tal vez ninguno tiene un valor poético y dramático semejante al siguiente:

Agitábase la península Ibérica, a mediados del siglo XII, más que nunca, con las guerras entre moros y cristianos, en la continua Cruzada que España sostenía con los infieles, salvando a Europa, como siempre, de la invasión del Oriente y de la destrucción de la civilización occidental.

Un verdadero campo de batalla eran las fronteras de la Cristiandad y la lucha no cesaba, desangrándose ambas razas en inacabables com-

bates que no lograban aminorar todos los afanes pacifistas de la época.

Quiso el destino que en uno de estos encuentros sangrientos entre cristianos y moros, se hallara, entre las filas de aquéllos, un vecino de Santo Domingo de La Calzada, llamado Andrés de Tobia que cayó prisionero en poder de los infieles, quienes con otros, le llevaron cautivo a Africa.

En poder de un tirano que le tenía sometido a la más rigurosa y cruel prisión, pasó el soldado riojano muchos años de miseria y esclavitud en una lóbrega mazmorra con un cepo en los pies, esposas en las manos y una cadena al cuello, sin auxilio de nadie y solo sufriendo resignadamente cuantas vejaciones y trabajos le venían encima por mano de sus verdugos.

Era este pobre hombre muy devoto del Patrono de su ciudad y solía estar rezando continuamente, en la tristeza de su cárcel, a Santo Domingo de La Calzada para lograr la libertad por su intercesión y volver al lado de los suyos que, sin duda alguna, le tendrían ya por muerto según suponía.

Mil y mil veces repetía estas súplicas durante las inacabables horas de su angustiosa prisión, y aunque hallaba gran alivio a sus desdichas, invocando a su santo veneradísimo, una amarga melancolía y un desconsuelo de congojas ahogaba en su pecho la esperanza que

sólo se mantenía por su viva fe en la Providencia Divina.

Y ésta, que velaba por él, sin embargo, dispuso al fin un día, cuando al prisionero más le transían el alma las penas, que, al hacer sus acostumbradas súplicas, apareciese ante sus ojos Santo Domingo de La Calzada, bajo la imagen de un anciano respetable y cariñoso, como la tradición de los que le vieron ha descrito su figura.

Pensó el cautivo ser imaginación suya y no pequeña, aquella celeste visión que con luz innarrable aparecía ante sus ojos, y ya iba a restregarse éstos, creyendo que soñaba, cuando oyó clara y distinta una voz dulce y cálida que con tono insinuante le llamaba:

“Andrés, Andrés, Andrés”, dijo por tres veces. Y entonces, no dudando de que era aquel anciano que tenía ante sí quien le hablaba, contestó con gran temor:

“¿Quién sois, señor, que habéis entrado aquí, a través de estos muros fortísimos, y qué queréis de mí?”

Entonces, al escuchar esto, el santo repuso, disipando sus dudas:

“No temas, Andrés, mi querido hijo. Soy Santo Domingo de La Calzada que quiere librarte de esta infame prisión. Levántate y sígueme sin preocuparte de otra cosa.”

Oíale Andrés y no salía de su sorpresa, pero

como viera que la imagen del santo empezaba a alejarse, ante el temor de que le abandonara, decidió seguir, sin dudas, sus indicaciones y se puso en pie, con la mayor facilidad, como si no tuviera aquellos pesados hierros encima, que le habían entumecido antes, y sin que se oyera un ruido echó a andar al lado del santo.

Al llegar junto a una ventana de la prisión, que no tenía reja por estar altísima, ordenó Santo Domingo al cautivo que se arrojara por ella y así lo hizo, encontrándose inmediatamente en el suelo, al exterior, y sin la menor molestia, y a su lado, como siempre, su salvador, que siguió acompañándole.

Con él salió de la fortaleza sin que los guardas les vieran, aunque pasaron por entre ellos, y de igual forma cruzaron la ciudad, sin ser vistos tampoco a pesar de que por las calles transitaban muchas gentes por ser la hora de mayor tráfico urbano, y de que se dieron de manos a boca con un entierro de gran acompañamiento y luces, cuyo paso contemplaron durante buen rato.

Pero al salir de la ciudad y después de andar juntos algún trecho, el santo bendijo a Andrés, el cautivo riojano que había salvado, y sin darle tiempo más que a hincarse de rodillas y musitar una plegaria de gratitud, desapareció de igual forma que se había presentado en la prisión, al mismo tiempo que los hierros que

llevaba el prisionero aún, sin sentirlos, cayeron de golpe, sin que nadie los tocara, dejándole libre completamente.

Siguió Andrés el camino por aquellos parajes africanos que ya conocía y cuando estaba más descuidado y gozoso, saltó ante él el deperezo rugiente de un león que se disponía a caer sobre él.

Otra vez se encomendó a Santo Domingo el pobre fugitivo y otra vez también fué atendido su ruego.

El león, de quien parecía inevitable y sangrienta presa, cambió de actitud. El salto feroz que se anunciaba convirtiéndose en suave movimiento de mansedumbre y el animal se acercó a él acariciándole y dándole a entender, con su acatamiento y señales, que le iba a servir de guía por aquellos lugares, y haciéndolo como parecía, le defendió de otras dañinas fieras y le acompañó hasta dejarle en sitio seguro.

De éste se trasladó fácilmente Andrés a la Península y, por fin, a su querida ciudad de Santo Domingo de La Calzada, que con dolor no pensaba volver a ver, y en ella se continuaron los prodigios que, por intercesión del santo, recibía tan liberalmente su devoto.

Las puertas de la ciudad, que estaban cerradas por temor a una invasión de los navarros, entonces enzarzados con los riojanos en una de tantas escaramuzas de la época, se abrieron

de par en par al paso de Andrés que pudo llegar, a cumplir el voto de gracias que había prometido, hasta el sepulcro de Santo Domingo donde dejó colgadas sus cadenas como recuerdo para épocas venideras del favor inmenso que había recibido en premio a su fe y a sus sufrimientos.

Otro milagro de Santo Domingo de La Calzada que tuvo lugar por la misma época aproximadamente, muestra también la continuidad de nuestro santo en proteger a sus devotos librándoles una y otra vez de los peligros que les asaltan.

Vivía en La Calzada un niño llamado Juan, padeciendo tan penosa enfermedad y tan crueles dolores que bien parecía aquello morirse y vida el perder tan desesperada existencia.

Contemplaba su desdichada madre, más que como suyos, tantos padecimientos y un día ya abrumada por tan terrible desgracia, y con la esperanza de conseguir la salud de su hijo, dejó sus preces habituales y yendo al sepulcro milagroso de Santo Domingo, se arrodilló y pidió al Santo, con lágrimas en los ojos y tinieblas en su corazón, que salvara a su hijo o le llevara consigo al Cielo, donde si ella no le vería más, tendría la seguridad de saberle libre de sufrir, y oyó Santo Domingo la oración y al regresar a su casa la mujer halló a su hijo bueno y saludable como nunca le había visto.

Se crió ya el niño normalmente, mostrando una gran capacidad para los estudios, y, dedicado a ellos, se ordenó de sacerdote y fué nombrado deán del Obispado de Calahorra y Santo Domingo de La Calzada.

Cuando ya había destacado por su prudencia y virtud en tan alta dignidad eclesiástica, le envió la Diócesis a Roma para que activase la resolución satisfactoria de algunos asuntos que tenía pendientes, y en este viaje se vió patente dos veces la intervención beneficosa de Santo Domingo de La Calzada a quien se había encomendado, como siempre que acometía algo trascendental en su vida, de todo corazón.

La primera fué cuando al pasar un gran río que llevaba desatada corriente, cayó a ésta, desgraciadamente, y fué arrastrado entre las aguas hasta el punto de casi ahogarse.

Santo Domingo acudió a su invocación y alcanzó para él el poderío divino de andar sobre las aguas, como si fueran duro cristal, hasta que pisó la orilla sin sufrir el menor daño.

La segunda hubo de manifestarse cuando al pasar, siguiendo el viaje, por un camino difícil y áspero, resbaló el caballo en que iba haciéndolo y estuvo a pique de derrumbarse por un profundo abismo si la mano providencial del santo no hubiera acudido, al ser invocado por el viajero, sosteniéndole hasta ganar terreno la

cabalgadura y salvarse su jinete de una muerte cierta.

Porque el velar y salvar a quienes le invocan simplemente, en sus momentos de peligro, es favor, como ya dijimos que concede siempre Santo Domingo, aun en casos que por las circunstancias, no concurre otro mérito piadoso, como en el siguiente, sucedido a finales del siglo XIV.

Una moza de Santo Domingo de La Calzada, al sacar agua de un profundo pozo, tuvo la desgracia de inclinarse excesivamente para coger el cubo y cayó dentro de cabeza.

En tan espantosa situación, mal herida por los golpes que había recibido contra las paredes del pozo y casi ahogada en sus frías aguas, llamó a voces invocando a Santo Domingo.

Acudió gente y echáronla una soga para sacarla, pero estando ya cerca del brocal, la soga se rompió y por segunda vez se desplomó la desgraciada en la negra sima del pozo mientras nuevamente resonaban en su interior desesperadas invocaciones suyas, con voz velada de agonía, a Santo Domingo de La Calzada.

Entonces un milagro extraordinario patentizó no haber sido indiferente el santo a los ruegos de su devota. Las aguas del pozo subieron hasta el brocal mismo, justamente, y sobre ellas apareció flotando sin daño alguno el cuerpo de la moza.

Muy semejante fué el milagro que por la misma época alcanzó Santo Domingo para el niño de su ciudad Diego Giraldo, que habiendo caído a un pozo, como invocara al santo, aunque apenas sabía hablar, apareció flotando la criatura sobre el agua que le arrojó a tierra suavemente, sano y salvo, ante los ojos piadosos y sorprendidos de los que por allí andaban y no habían oído sus gritos cuando cayó.

Hasta aquel don Pedro I de Castilla a quien la historia vitupera o ensalza alternativamente, llamándole *el Cruel* o *el Justiciero*, como si casi siempre el ser justo para unos no llevara en sí la crueldad para otros, hubo de inclinar su orgullo, dominado ante la fuerza divina de Santo Domingo de la Calzada, vencedor de su poderío temporal en una memorable ocasión.

Fué ésta con motivo de las guerras sostenidas entre don Pedro y su hermano don Enrique, que al fin habría de conseguir la victoria sobre él al precio innoble y nefando de ser su asesino.

Tuvo conocimiento don Pedro de que la ciudad de Santo Domingo de La Calzada apoyaba la causa de don Enrique, con un fino sentido de la evolución histórica, y determinó destruirla.

Con este fin formó un ejército contra ella que se situó, esperando la orden de ataque, en

La Morcuera, cumbre cercana a la ciudad de La Calzada.

La población de ésta, al recibir tan temible noticia se sumió en la más espantosa aflicción, pues no ignoraba la dureza cruenta del terrible rey castellano, ni la gente indeseable que formaba sus huestes, en gran parte integradas por mercenarios, extranjeros y enemigos de la Cristiandad.

Tenía la ciudad de Santo Domingo de La Calzada una guarnición reducidísima, que capitaneaba un valiente puñado de nobles guerreros, y no estaba amurallada. La situación era, pues, desesperada y sólo un milagro divino podría salvarla.

Así lo consideraron los habitantes, que acudieron en masa a la iglesia del santo para conseguir su intervención en tan apurado trance.

El obispo Roberto, que ocupaba entonces la sede de Calahorra y de La Calzada, reunió en torno a sí tantos eclesiásticos como seglares y todos juntos, con lágrimas y gemidos, pidieron a su santo Patrono que no permitiera la pérdida de la ciudad con el saqueo y la afrenta y, seguramente la muerte de todos aquellos hijos suyos, la mayor parte inocentes criaturas y mujeres indefensas.

Ruegos tan continuados y sinceros, reflejo de la desesperación de todos los vecinos de aquella ciudad que él había fundado, no podían dejar

de ser oídos por el santo, y efectivamente, en el momento que la gente apiñada en la iglesia en torno a su obispo como corderos junto al pastor, rogaba con mayor ímpetu, y más acuciosa petición, un ruido atronador conmovió el milagroso sepulcro del fundador de La Calzada y todos los fieles enmudecieron y pusieron sus ojos en él.

Entonces, vieron temblorosos que por una ventanilla que hay en la venerada tumba de Santo Domingo, aparecían dos manos finísimas, blancas como la nieve, que eran sin duda las del santo Patrono de la villa que así anunciaba a sus habitantes protección contra el peligro que corrían.

Y es lo cierto que apenas aparecieron las manos del santo por la ventanilla de su sepulcro, allá, en la cumbre de La Morcuera, un extraño milagro acontecía.

El rey don Pedro *el Cruel* y su ejército fueron acometidos de una rara ceguera, de unas cataratas, que inmovilizándolos, les impidieron cumplir sus cruentos propósitos contra La Calzada, y a la vez, se iluminó el alma del monarca castellano haciéndole ver el prodigio que Santo Domingo realizaba a favor de sus fieles y se arrepintió de sus anteriores propósitos.

Así envió un mensajero a la ciudad para contar lo ocurrido y pedir que rogasen al santo les devolviese la vista y que a cambio, no

sólo respetaría la ciudad sino que haría cercarla con fuertes muros para que nadie pudiera atacarla en adelante.

Santo Domingo atendió los ruegos de todos y don Pedro y su ejército recobraron la vista, cumpliendo el rey lo prometido al santo.

Tanto efecto produjo este milagro en quienes lo vieron u oyeron su veraz relato, que nadie en adelante halló ya nada imposible para Santo Domingo de la Calzada, y hay un caso curioso y magnífico de esta acendrada fe.

Uno de los soldados que había estado en el ejército de don Pedro *el Cruel*, llamado Antonio Cramor, natural de Lombardía, en Italia, se estableció en España donde sirvió varios años y se casó.

Cuando regresaba a su país con su mujer y su hijo, niño aún muy pequeñito, en el cual sus padres tenían todas sus ilusiones y su cariño, quiso la desgracia que, poco antes de llegar a Santo Domingo de la Calzada, la criatura enfermase y muriese en unas horas.

Quedáronse los padres desconsolados por tan desdichado suceso y sus llantos y gemidos no tenían fin ante el cadáver del pequeño.

Pero el padre, que había experimentado antaño el estupendo prodigio de perder y recobrar la vista con todo el ejército del rey don Pedro I, se puso de hinojos y pidió a Santo

Domingo que le volviera a aquel niño una vida que era la de ellos mismos.

Y el santo acudió una vez más al tiempo que una estrella deslumbrante aparecía sobre su sepulcro para anunciar a los que allí estaban el milagro, éste tenía lugar en la posada donde se había detenido el soldado, recobrando la vida el helado cuerpecillo del niño, que con sus padres, perfectamente sano, entró en La Calzada yendo al sepulcro a dar las gracias al santo, en cuyo honor se celebró en seguida una fervorosa procesión.

VI

MAS MILAGROS FAMOSOS DE SANTO DOMINGO, CON LA LIBERACION DE UN ALMA ATORMENTADA

Para completar los prodigiosos casos referidos en los capítulos antecedentes, vamos a relatar, brevemente, otros milagros famosos de Santo Domingo de la Calzada, empezando por tres, muy interesantes, acaecidos a fines del siglo xvi, cuando reinaba en España e imperaba en el mundo, sin ocasos de gloria, aquel gran monarca que se llamó Felipe II, vencedor de Lepanto. He aquí, seguidos, los milagros citados.

En el año de 1592 un capitán del ejército español había estado reclutando soldados en la región de La Calzada, y formada ya su compañía, pidió al obispo de la diócesis, don Pedro Portocarrero, que le bendijese la bandera en la iglesia de Santo Domingo.

Accedió el prelado y comenzó la ceremonia en el altar del santo con la asistencia de más de quinientos soldados y muchísimas personas de la ciudad.

Pero irían a mitad de ella cuando quiso la fatalidad que a uno de los soldados que tenía en las manos su mosquete, cargado con mucha munición, se le acercó por descuido, al fogón, la cuerda que había encendido, y el arma explotó en pedazos con indecible y pavoroso estruendo.

Y no obstante, Santo Domingo velaba por sus devotos y el milagro se realizó. Los fragmentos de metralla del mosquete esparcidos por todas partes, rompieron losas del suelo, torcieron la reja del sepulcro e hicieron otros muchos desperfectos, pero con estar la gente tan apiñada en torno al causante de la avería, ni el menor rasguño causó la explosión a ninguno de los asistentes a aquel piadoso acto.

En el mismo año de 1592, sin pasar mucho tiempo del milagro anterior, sucedió otro, con motivo de la visita que hizo Felipe II a Santo Domingo de la Calzada donde el rey, exquisito artista, creador del entonces reciente Monasterio de San Lorenzo del Escorial, pudo admirar las infinitas preciosidades contenidas en la ciudad.

Todo el pueblo se agolpó en la iglesia para ver a su rey durante la ceremonia religiosa y ocuparon los asistentes no sólo las naves y ca-

pillas sino los salientes de las cornisas y los arcos, donde se encaramaron los más ágiles.

Tanto peso hicieron los curiosos en una de las arquerías de la capilla de frente al sepulcro, que de repente se hundió con los que se habían subido en ella que cayeron, junto con los sillares, sobre la multitud, pero fué el prodigio que nadie de ésta, ni los autores inconscientes del suceso, sufrieron daño alguno, demostrándose claramente en ello la intervención de Santo Domingo, a quien el rey mostró singular veneración y gratitud por lo acaecido.

Al año siguiente de 1593, el pescador Martín de Azpila y otros once compañeros suyos iban navegando por el mar Cantábrico con un barco cargado de sardinas, cuando se desató tan violenta tempestad que la débil nave vino a ser zarandeada por las olas como una pluma y ninguno de los tripulantes dudó de que se hundiría el barco, y con él cuantos lo ocupaban teniendo una muerte tan cierta como horrible.

Y sin embargo, por defenderse, movidos del natural instinto de conservación, arrojaron al mar quinientas mil sardinas que llevaban y otras cosas de carga y lastre, pero el resultado fué igual y no consiguieron disminuir los seis palmos de agua que ya llevaba dentro el navío.

Estando arrodillados en la cubierta, arrancándoles lágrimas el recuerdo y desamparo de

sus familias a quienes no verían más, rogaron a Nuestra Señora de Guadalupe y a Santo Domingo de la Calzada, que intercedieran con el Altísimo para que les salvase de aquel mortal trance, prometiendo, como acción de gracias si lo conseguían, enviar a cada uno de los dos santuarios un peregrino, elegido de entre ellos, para visitarlos y hacerles entrega de limosna.

No bien acabaron su encendida plegaria, vieron que el vendaval se trocaba en una suave brisa. Las olas encrespadas y furiosas se abatian en calma y el agua desaparecía, incluso del interior de la nave que no tardó en tomar tierra sin más contratiempos.

Desembarcados los pescadores, cumplieron su voto y enviaron a Santo Domingo de la Calzada a Gonzalo de Monasterio, natural de Galicia, el cual visitó al cabildo y al deán en febrero del citado año y entregó la limosna, celebrándose una procesión general con la imagen del santo por toda la ciudad para conmemorar el nuevo milagro de su venerado Patrón.

Muchas veces intercedió nuestro santo por quienes padeciendo injusta prisión le invocaban, y aunque ya se ha visto algún caso notable de esto, no queremos callar los dos siguientes en que aparece patente el poder milagroso de Santo Domingo.

Un Merino de la ciudad tenía presos en dura cárcel y con malos tratos a dos pobres hom-

bres, inocentes de culpa, que, al fin, hallaron medio de escapar de su prisión y se acogieron al sagrado recinto de la iglesia, refugiándose dentro de la reja del sepulcro del santo.

Enterado el Merino entró en el templo y, sin respeto al lugar en que se hallaba, volvió a aherrar a los infelices evadidos y cerró con un candado la misma reja para que no se fuesen, mientras él iba a buscar gente para volver a encarcelarlos.

Vino, ciertamente, con otros muchos de la justicia, como si la empresa fuera conquistar Argel; pero cuando intentó abrir el candado que había echado en la puerta de la reja, una fuerza extraña se lo impidió, y el caso se repitió cuantas veces intentó lo mismo, sin que los esfuerzos de todos sirvieran para que sucediera lo contrario.

Acabó por comprender el Merino que en ello se mostraba el deseo divino por intercesión de Santo Domingo, de que aquellos inocentes siguieran allí refugiados y arrepentido de su error prometió dejarlos libres lo que fué fácil, pues el candado se abrió, sin dificultad, en cuanto hizo sinceramente ese propósito.

En otra ocasión, un caballero muy poderoso, de Santo Domingo de la Calzada, tenía preso a uno de sus vasallos llamado García, quien habiéndole ofrecido, inútilmente, su hacienda porque le soltase, decidió invocar fervorosamente

a nuestro santo para que le librase de aquella injusta prisión.

Decíalo el pobre hombre a voces desesperadamente, y así llegó a oídos de su carcelero que furioso e impío le hizo amarrar con cadenas a una columna, mandó que cerraran muy bien las puertas de la cárcel, puso guardas de vista y exclamó con atrevimiento irrespetuoso: "A ver si ahora te libera Santo Domingo".

Mas ¿qué puede el hombre ante los designios celestes? Aquella misma noche se apareció el santo a su devoto, soltó sus cadenas y le sacó de la cárcel poniéndole en libertad ante el asombro de sus guardianes y del caballero, que, arrepentido, reconoció su culpa.

Famosos y populares son también otros dos milagros, demostrativos de la piedad del santo, verdaderamente extraordinarios.

Refiérese el primero a un molinero de Santo Domingo de la Calzada de finales del siglo XVI, que de resultas de un golpe recibido en una pierna durante su trabajo, se le formó en ella un flemón y después una enorme fístula que supuraba copiosamente con un hedor insufrible.

Seis años sufrió, entre agudos dolores, tan repugnante enfermedad sin alcanzar remedio alguno, y al cabo de ellos empeoró de tal manera que desahuciado de los médicos y ciruja-

nos, y próxima su muerte inevitable, recibió el Santo Viático.

Fué con él encargado de administrárselo, el doctor Santo Domingo, médico de la ciudad y uno de los que le habían asistido en su enfermedad, que reconociéndole de nuevo, resumió su juicio en estas desesperadas palabras: "Sólo le queda el remedio divino, los humanos nada tienen que hacer aquí".

Le oyó el enfermo e iluminándose su semblante con una fe desconocida, rogó a los que allí estaban se sirviesen llevarle a la capilla de Santo Domingo para pedirle que intercediera por él, y aunque su gravísimo estado no era el más propio, tales fueron las súplicas del moribundo que, a pesar de que el médico aseguraba su muerte inmediata, y habérsele ya administrado la Santa Unción, Miguel de Velasco, vecino suyo, conmovido de la fe que mostraba, accedió a cumplir su deseo.

Con muchos trabajos sacó de la cama a Juan Alonso, le colocó sobre dos costales de paja en una cabalgadura y le llevó a la iglesia mientras las quejas de dolor del agonizante y la supuración horrible de la fístula y su olor aumentaban sin cesar.

Al llegar al templo, algunas personas caritativas ayudaron a Miguel de Velasco en su piadosa tarea y colocaron a Juan Alonso, tan agravado que nadie dudaba de su muerte, en una

cama, frente al sepulcro de Santo Domingo y como pudo, entre los sudores de la agonía, comenzó a encomendarse a Dios y al santo con todo fervor, pidiendo compasión para su mal.

Y su fe logró salvarle con un milagro. Cuando acabó de orar, cesaron sus dolores terribles y en poco tiempo se le cerró la nauseabunda llaga, quedando completamente sano.

El segundo milagro aludido fué así y sucedió en la época de la vendimia, cuando terminaba el siglo XVI.

Una moza, que servía en el Hospital de Santo Domingo, llamada María del Cubo, iba cierto día guiando un carro de bueyes con siete comportas de uvas, por la estrecha calle de Barrio Nuevo, en La Calzada.

Distraída, se acercó demasiado a uno de los bueyes, que de una coz la derrumbó en el suelo con tan mala fortuna que los bueyes y el carro pasaron sobre ella, y las ruedas con todo el peso por mitad del cuerpo.

En aquel instante la moza invocó al santo y quedó desmayada, pero cuando los que acudieron al lugar del accidente, lamentaban su muerte, realmente inevitable, María se levantó por sí misma y sin lesión alguna, patentizándose el milagro que por intención de Santo Domingo le había salvado la vida.

Y vamos a concluir este capítulo con la na-

rración de cómo el santo liberó del demonio un alma, a mediados del siglo XVII.

Catalina Martínez, hija de Francisco Martínez y de su mujer María González de Tejada, ilustres hidalgos de la villa de Pinillos de Cameros, había nacido en esta villa el 25 de noviembre de 1589.

La casaron, ya moza, con Juan de Escolar, también hidalgo y vecino de Rabanera en la misma sierra de Cameros, y después de vivir ambos en el pueblo de Entrena, pasaron al servicio del Hospital de Santo Domingo de la Calzada, donde el marido se dedicó a la guarda del ganado y la mujer a otros servicios, distinguiéndose los dos por sus bondades y virtudes.

Fué el año de 1631 mismo, en que llegaron a La Calzada, cuando Catalina, visiblemente para cuantos la rodeaban, comenzó a sufrir persecuciones sañudas del demonio y a la vez favores excepcionales del Cielo, quedando su alma en un difícil y supremo equilibrio del mal y del bien, del no ser y el ser, que la atormentaba intensamente.

Muchos confesores, seculares y de distintas órdenes religiosas—entre ellos fray Juan López de Bacona, predicador y guardián del Convento de San Francisco de la Calzada, que fué su director espiritual durante trece años—intentaron penetrar en aquella alma privilegiada para el gozo y el dolor y pudieron apreciar en

ella la paciencia, la obediencia y la humildad, con heroicidad manifiesta.

Con estas angustias y regocijos vivía Catalina, sin distraerse de la oración y la meditación, hasta que el 26 de mayo de 1643, día en que la ciudad de Santo Domingo de La Calzada va en procesión a la ermita de Nuestra Señora de las Abejas, quiso aquel alma atormentada visitar a la Santa Madre de Dios y, como tantas veces, pedirle ánimos para seguir manteniendo su lucha con el maldito, que la Divinidad le deparaba.

Tomó Catalina el camino del santuario llevando su alma llena de dolores y tristezas hondísimos y al llegar al puente que la piedad caritativa de Santo Domingo levantara antaño, sus angustias espirituales crecieron de tal forma que sintiéndose en la mayor de sus tribulaciones, le parecía imposible no ya regresar a casa sino que el sufrimiento no le arrancara la vida.

En aquel instante indefinible en que el temblor de su alma ponía estremecimientos febriles en su cuerpo, oyó una voz luminosa y serena que la decía:

“¡Catalina!, ¡Catalina!, ¡Catalina, mi hija y mi devota, aparta de ti esa amarga tristeza y pon en tu alma la alegría del presentimiento! ¡Catalina!, ¿me escuchas? ¡No temas y confía en El!”

Quedó Catalina paralizada oyendo estas palabras que resonaron en sus oídos como si le vinieran de dentro y así hubiera seguido extáticamente, hasta sabe Dios cuando, si no hubiera aparecido ante ella un anciano venerable, de grave aspecto, más con rostro alegre y tostado, junto a la blancura plateada de sus cabellos, que llevaba un manto echado al hombro y un báculo con una pequeña cruz, y dirigiéndose a ella, mientras clarísimo resplandor y fragancia suavísima se expandían de su figura, la saludó así:

“¡Alabado sea el Señor, Creador del Cielo y de la Tierra!”

Asustada Catalina, teñido su rostro de rosa y con la cabeza baja, se atrevió a responder con voz que casi se oía:

“Por siempre jamás amén.”

Entonces el anciano, que no era otro que Santo Domingo de la Calzada, le preguntó afable: “¿Adónde vas, hija mía?”

Catalina, más atemorizada y vergonzosa aún, repuso como un susurro diciendo adonde se dirigía.

“Me parece muy bien”, dijo el anciano, con tono satisfecho, cuando le hubo oído y añadió, mostrándole su diestra blanca y pulida:

“¿Recuerdas esta mano? ¡Mírala bien!”

“¿Cómo queréis que la conozca?”, dijo Catalina haciendo un esfuerzo.

“Sí la conoces, insistió el santo, que ayer hizo ocho días la viste. Acuérdate cuando estuviste andando alrededor de mi sepulcro y te mostré la mano en señal de que aquellas vueltas en torno a mi tumba, que te aconsejó tu confesor, serán premiadas con la liberación de tu alma. Alabado sea el Señor, Creador del Cielo y de la Tierra.”

Y acabadas estas palabras, desapareció Santo Domingo sin dejar rastro.

Catalina sabía bien que cuanto la había dicho el santo había sucedido así aunque su modestia lo había callado.

Efectivamente, cuando días antes estuvo dando vueltas, según uso piadoso, en torno al sepulcro de Santo Domingo, al llegar a la quinta, apareció por la ventanilla de aquél, después de gran ruido, una mano blanquísima y hermosa, que la hizo señas como llamándola, pero Catalina, temiendo una asechanza satánica, terminó de dar las vueltas, que eran nueve, sin ver más la mano.

Ahora comprendía todo lo sucedido y emocionada por tan visible protección divina, llegó a la ermita de Nuestra Señora de las Abejas, oró y concluidas sus preces, regresó a casa.

El día 2 de junio comenzó Catalina nuevas devociones a Santo Domingo de la Calzada.

Estuvo nueve horas rezando delante del sepulcro del Santo y al cabo de ellas, empezó las

vueltas de ritual y a la quinta sintió un ruido, que el cronista Tejada compara "como cuando las ruedas de un reloj se mueven", y una voz la dijo: "Catalina, Catalina; detente, amiga".

Pero ella siguió adelante y al dar la sexta vuelta, como oyera la misma voz, se asió aterrada a la reja del sepulcro, y dirigiéndose al altar donde estaba el Santísimo Sacramento, exclamó: "Señor, dadme valor y fuerzas y no permitáis que sea engañada".

Ya confortada con esto, se volvió hacia el milagroso sepulcro e invocó así:

"En el nombre de Dios te ordeno que digas quién eres, qué buscas y qué deseas de mí."

En aquel momento asomó por la ventanilla del sepulcro la venerable cabeza de aquel anciano con quien se encontró camino de la ermita de la Virgen de las Abejas, el cual, con el mismo apacible y alegre semblante contestó:

"Soy Santo Domingo de la Calzada, Patrón de esta iglesia y ciudad; aparta de ti, buena Catalina, esa melancolía demoníaca con la que el maldito quiere vencerte."

"Mas, ¿cómo lograrlo?", preguntó ella con respeto tembloroso.

Y el santo respondió: "Al primer sacerdote que vieres le pedirás que te saque tierra de este mi sepulcro. Tres días tomarás de ella y curarás tu melancolía. Luego has de decir a tu

confesor que eso es la señal que doy de ser verdadero lo que contemplas”.

Y desapareció despidiendo una celestial luz de su rostro.

Dudaba Catalina aun porque sabía que estaba prohibido terminantemente sacar tierra del sepulcro santo y todos se negarían a hacerlo, pero cumpliendo las órdenes recibidas, al primer sacerdote que halló se la pidió y vió con asombro que inmediatamente se la daba sin inquirir la causa. Tomó la tierra con agua durante tres días y al cabo de ellos desapareció su angustiosa melancolía y con ella los dolores que padecía también.

De lo sucedido en estos tres días de la curación hay relación puntual de Tejada, que por su encanto quiero reproducir exactamente:

“El demonio en estos tres días se le apareció en forma humana, con capa y espada, reprendiéndola lo poco que cuidaba de su salud, aconsejándola que no tuviese tanta oración ni rogase por ninguno en ella, porque no era de provecho su oración, y que si quería tener salud hiciese tres cosas: la primera, no tomar aquella tierra del sepulcro de Domingo, porque ninguna virtud tenía para dar salud; antes bien, se hallaría peor con ella, amenazándola, que si la tomaba le había de hacer cuantos males pudiese; la segunda, que le ofreciese a él alguna cosa de su cuerpo, sin la cual no se ha-

bía de apartar de su presencia; y la tercera, que cuando comulgase, guardase la hostia y la escondiese en el estiércol. Ardiendo en amor de Dios, y por él enfurecida contra el demonio, por tales blasfemias, Catalina le mandó en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo que se fuese al Infierno; más él no se apartó de su presencia hasta que se lo mandó cuarta vez, en la cual, antes de acabar de pronunciar ella las Personas de la Santísima Trinidad, mudó el demonio la forma de hombre, que había tomado en la de un espantoso y horrible monstruo que arrojando llamas de fuego por boca y ojos, y dando un espantoso bramido, dijo: "Belcebú quede con tu alma". Y con un gran trueno, que hizo temblar la casa, desapareció. Todo es relación de los padres sus confesores, que en sus confesiones lo supieron de su boca."

Murió Catalina libre ya del espíritu infernal, por obra de Santo Domingo de la Calzada, en esta ciudad el 11 de noviembre de 1660, en opinión de santa, y fué enterrada en el convento de San Francisco, a cuya Orden Tercera pertenecía, junto a la capilla de San Diego y cerca de la pila del agua bendita, y el ejemplo de su fe se conserva inolvidable en la memoria de todos sus paisanos.

VII

DEL POPULARISIMO MILAGRO DEL GALLO Y LA GALLINA

Santo Domingo de la Calzada
que cantó la gallina después de asada.

Más que todos los numerosos prodigios relatados, con ser muchos y de sorprendente tauturgia, es admirado y popular, hasta lo increíble, el famosísimo milagro que obró la intención de Santo Domingo de la Calzada, con un peregrino de Santiago, con uno de aquellos a quienes tanto favoreció en vida el santo y siguió protegiendo después de muerto.

He aquí el relato del asombroso suceso, tal como ha llegado a nosotros en los cronistas del santo riojano y en la tradición popular, sin modificar ninguno de sus datos:

A comienzos del siglo xv, un matrimonio alemán, vecino de Santes, cerca de Wesel y

Res, según los cronistas, en el Arzobispado de Colonia, decidió, por una promesa que había hecho, ir a Compostela de peregrinación a visitar el sepulcro de Santiago, acompañado de un hijo suyo, mancebo de pocos años.

Llegaron a Santo Domingo de la Calzada y en él se detuvieron, como todos los peregrinos, atraídos por la fama de los milagros de nuestro santo y visitaron su iglesia rezando los tres muy devotamente ante el sepulcro relacionado con tanto prodigio.

Hospedáronse después en un mesón de la ciudad, cuyos dueños tenían una hija, tan bella como enamoradiza y desenvuelta, la cual prendóse en seguida del muchacho alemán, de su recia apostura, de sus dulces ojos azules y de sus cabellos color de miel...

La pasión que se despertó en ella por aquel joven, fué tan arrolladora que mató en su alma toda honestidad y prudencia, y despertó en su cuerpo todos los apetitos de la lujuria más desordenada.

Primero fueron los coqueteos, después las insinuaciones y al fracasar éstas, los ruegos y las lágrimas demandando el amor que se la negaba con la indiferencia, sin parar en las consecuencias de tan irrefrenables deseos, contra los cuales se consideraba impotente para luchar.

Pero el mozo, lejos de aquellas ardientes pasiones meridionales y dotado de la difícil vir-

tud de la continencia, que aparta lo humano en las grandes empresas divinas, supo rechazar in-conmovible todas las insinuaciones de la enamorada moza y no apartarse hacia el pecado de la ruta piadosa que se había impuesto en su peregrinación.

Trocósele entonces el amor en odio a la desdénada muchacha y sintiéndose burlada y humillada en sus lascivos intentos, también se le transformó su deseo de amor en deseo de venganza y el resentimiento la iluminó en preparar una asechanza a quien antes, con tan exaltado afán, adoraba.

Siguiendo esclavizada de sus malas pasiones determinó para cumplir sus propósitos vengativos, colocar en el zurrón del joven peregrino una copa de plata que solía servir para que los pasajeros de clase elevada bebieran en la posada.

Apenas se partieron de la ciudad los peregrinos alemanes y su virtuoso hijo, la desamorado moza comenzó a alarmar a todos diciendo que aquel mancebo rubio, de bello semblante y bondadoso ser, no era sino un taimado ladrón que le había privado de aquella copa, orgullo del mesón, en que todos se miraban, aprovechando la pagada hospitalidad que se les había prestado a los tres.

Tal escándalo armó que toda la ciudad se puso en movimiento y creyó sincera acusación

lo que era infame calumnia y hasta el corregidor a quien fué a pedir justicia comenzó a cumplirla mandando que los alguaciles salieran tras los peregrinos, a quienes hallaron a poco espacio de camino, y que los apresaran.

El resto de la venganza se cumplió ya sin dificultad.

Registrado el zurrón del muchacho alemán se halló en él la copa, objeto de la denuncia y patentizado por estas apariencias el supuesto delito, fué reducido el insensible galán a rigurosa cárcel y condenado por las duras leyes de la época a afrentosa muerte en la horca, que se llevó a cabo sin que el dolor de sus padres, que no creían capaz a su hijo de semejante cosa, impidiera la bárbara sentencia.

Cumplida ésta y dejando al joven peregrino colgado de la horca, como infamante ejemplo del rigor de la justicia con los malhechores, sus infelices padres, viendo ya sin remedio lo sucedido, continuaron su peregrinación a Santiago de Compostela, y después de visitar, transidos de dolor y de vergüenza, el cuerpo santísimo del Apóstol, regresaron a su país deteniéndose de nuevo en Santo Domingo de La Calzada, lugar del tristísimo suceso que les había acaecido tiempo antes.

Fué la madre quien quiso, con amor inextinguible, ver el cuerpo de su hijo que aún pendía de la horca, para escarmiento de todos, y

al pie de ella se fueron a orar por el alma de aquel a quien habían dado el ser y tenían por inocente del delito que le había costado la vida.

Estaba el desamparado matrimonio llorando y rezando junto al horrendo patíbulo y de repente oyeron una voz conocida—¡la voz de su hijo!, ¡la voz del cadáver que llevaba pendiente del palo tantos días!—que les decía con sosegado acento estas palabras:

“Padres míos, mis padres queridos, ¿por qué me lloráis muerto si vivo todavía? El bienaventurado Santo Domingo de la Calzada, bienhechor de los peregrinos e ingeniero del Cielo, a quien me encomendé de todo corazón en los terribles momentos de mi ejecución, me ha salvado la vida, haciendo fuerte ésta y débil la cuerda que iba a quitármela. Su intención milagrosa me ha librado del hambre, del cansancio y de los rigores del tiempo durante tantos días y me ha conservado y sostenido, como ahora me véis para probar con este prodigio mi inocencia. Id a la justicia y contad todo cuanto habéis visto y oído para que me bajen de este afrentoso lugar y rehabiliten mi honor como se merece.”

Padre y madre, apenas repuestos del asombro sin igual que les había acometido al escuchar a su hijo, sintieron cálidas de gozo sus frías lágrimas de dolor y fueron con gritos de

alborozo a dar cuenta de milagro al corregidor de la ciudad, pero un nuevo prodigio les esperaba allí.

Vivía el corregidor de la Calzada en la calle del Barrio Viejo, enfrente del convento de monjas de San Bernardo, construído después, y llegaron cuando estaba comiendo con su familia, y sin esperar a que concluyese se subieron al aposento donde se hallaba y entrecortadamente, atropellando las palabras por la emoción le contaron cuanto les había sucedido.

El corregidor, que entendía difícilmente las turbias expresiones de aquellos extranjeros y los veía tan excitados, se convenció de que no estaban en sus cabales y menos aún cuando entendió claramente que, según ellos, vivía un delincuente a quien había hecho ahorcar él mucho tiempo atrás y había visto luego pendiente del patíbulo y en espera de que acabaran, para despacharlos, continuó su comida en la bien abastecida mesa.

Pero como entre tanta explicación oía insistentemente aquel disparate, para él indudable, de que el ahorcado vivía, no pudiéndose contener, dijo, al fin, mientras se disponía a trincar una gallina y un gallo que asados succulentamente, exhalaban, sobre una fuente, apetitoso olorcillo:

“Basta ya de tanto desatino. Así vive vues-

tro hijo como este gallo y esta gallina que nos vamos a comer. Conque dejadlo ya..."

Y empuñando el cuchillo iba a clavarlo en una de las jugosas aves para trincharla cuando se quedó suspenso en su tarea, como si una parálisis le acometiera de súbito, contemplando como cuantos allí estaban, con los ojos saltándoseles de las órbitas y la sangre cuajada de frío el más extraordinario de los prodigios:

El gallo y la gallina que asados y humeantes esperaban ser distribuidos entre los comensales, se cubrieron de blancas plumas, se animaron y enderezándose sobre el plato comenzaron a cantar, un violento quiquiriquí y un cloqueo inacabable, repentinamente, que se escucharon más claros y distintos que nunca en el silencio aterrado de todos.

Mucho tardaron en reponerse los más de ellos de la impresión, y el corregidor, no dudando ya de que la Providencia Divina presidía todo lo sucedido, y que para su poder nada era imposible, dejó la comida, salió de su casa con los dichosos padres del protegido de Santo Domingo y seguido de los eclesiásticos y de la mayoría de los vecinos entre los que se corrió en seguida el suceso, se dirigió al paraje donde estaba el patíbulo y pendiente de él, el joven peregrino que había mandado ahorcar, quien descolgado del palo y preguntado por la justicia, respondió lo que ya había dicho, quedando de-

mostrado el milagro incomparable del santo Patrono de la ciudad.

Felices de nuevo el matrimonio alemán y su hijo, se postraron ante el sepulcro de Santo Domingo de la Calzada para agradecer su intervención milagrosa y después de ser admirados y obsequiados por toda la población, se partieron definitivamente para su patria, donde se supo el sin igual prodigio.

El cabildo y el pueblo con el corregidor al frente, fueron a casa de éste a por el gallo y la gallina resucitados y los llevaron al templo, construyéndoles un rico nicho, con reja a propósito, frente al sepulcro del santo, donde estuvieron hasta su muerte, y desde entonces, como recuerdo simbólico del milagro se ven allí siempre un gallo y una gallina blancos, que desde la aurora dejan oír sus cantos de evocación en la sonora tranquilidad del templo.

En fin, la fama de este milagro fué tal, que para conmemorarlo, junto a la hoz prodigiosa de Santo Domingo de la Calzada, un gallo y una gallina figuran heráldicamente representados en el escudo de la ciudad que él fundó con su trabajo y su caridad inmarcesibles.

VIDAS DE SANTOS ESPAÑOLES

Los Santos españoles son la más bella floración del espíritu de la raza, y, sin embargo, era un hecho harto sensible que no existiera una colección de libros en los que se narrase al público sus vidas, tan llenas de dramático interés y de transcendencia nacional.

BIBLIOTECA NUEVA ha llenado semejante laguna en esta hora del resurgir glorioso de nuestra Patria, poniendo a la venta la presente colección, obra reparadora de patriotismo y cultura, a la que se han sumado nuestros mejores autores, seglares y religiosos.

VOLUMENES PUBLICADOS

P. Silverio de Santa Teresa:
Santa Teresa de Jesús, síntesis suprema de la raza.

Mariano Tomás:

San Juan de Dios, o la caridad heroica.

Padre Getino:

Santo Domingo de Guzmán, prototipo del apóstol medieval.

Luis A. Luengo:

Santo Toribio, obispo de Astorga, o un momento de la formación de España.

Marqués de Lozoya:

Santiago, Patrón de las Españas.

Joaquín de Entrambasaguas:

Santo Domingo de la Calzada, o el ingeniero del cielo.

Concha Espina:

Casilda de Toledo. Vida de Santa Casilda.

EN PRENSA

E. García del Real:
Santa Rosa de Lima.

Fray Victoriano Capanaga:
Santo Tomás de Villanueva.

Obispo de Madrid-Alcalá:
San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza.

Francisco Esteve:
San Ildefonso, obispo de Toledo.

Adolfo de Sandoval:
La beata Beatriz de Silva.

S. Magariños:
San Pedro Claver.

P. Bruno Ibeas:
San Juan de Sahagún.

Manuel Machado:
San Juan de la Cruz.

P. Carlos G.^o Villacampa:
San Pedro Alcántara.

P. Félix García:
Santa Micaela de Jorbalán (la Madre Sacramento).

A. Ballesteros Bereta:

San Fernando, Rey.

P. Félix G. de Olmedo:

San Ignacio de Loyola.

J. Sanz y Díaz:

San Saturio, Patrón de So-
ria.

Cristóbal de Castro:

Santo Toribio de Mogrovejo.

Melchor Fernández Almagro:

San Vicente Ferrer.

P. Abillo Alaejos:

Santa Eulalia de Mérida.

Padre Salvador Velasco:

El Beato Martín de Porres.

Padre Desiderio Díez:

San Alvaro de Córdoba.

Lorenzo Ribet:

El venerable Fray Junípero
Serra.

Obispo de Tenerife:

San Raimundo de Peñafort.

Padre Gelabert:

San Luis Beltrán.

Josefina de la Maza:

El beato Orozco (confesor
de Felipe II).

J. Félix de Tapia:

Santo Domingo de Silos.

P. Domingo del Pilar Fernández:

San Telmo.

L. Araújo Costa:

San Isidoro, Arzobispo de
Sevilla.

J. López Prudencio:

San Masona, Arzobispo de
Mérida.

Rienzi:

San Francisco de Borja.

N. Sanz y Ruiz de la Peña:

San Diego de Alcalá.

Mercedes Gaibrots:

Santa Isabel de Portugal.

J. Moneva y Puyol:

San José de Calasanz.

Francisco Izquierdo Trol:

San Pedro de Arbués.

José Ramón Castro:

San Francisco Javier.

Victor de la Serna:

San Millán.

S. Alonso Fueyo:

San Hermenegildo.

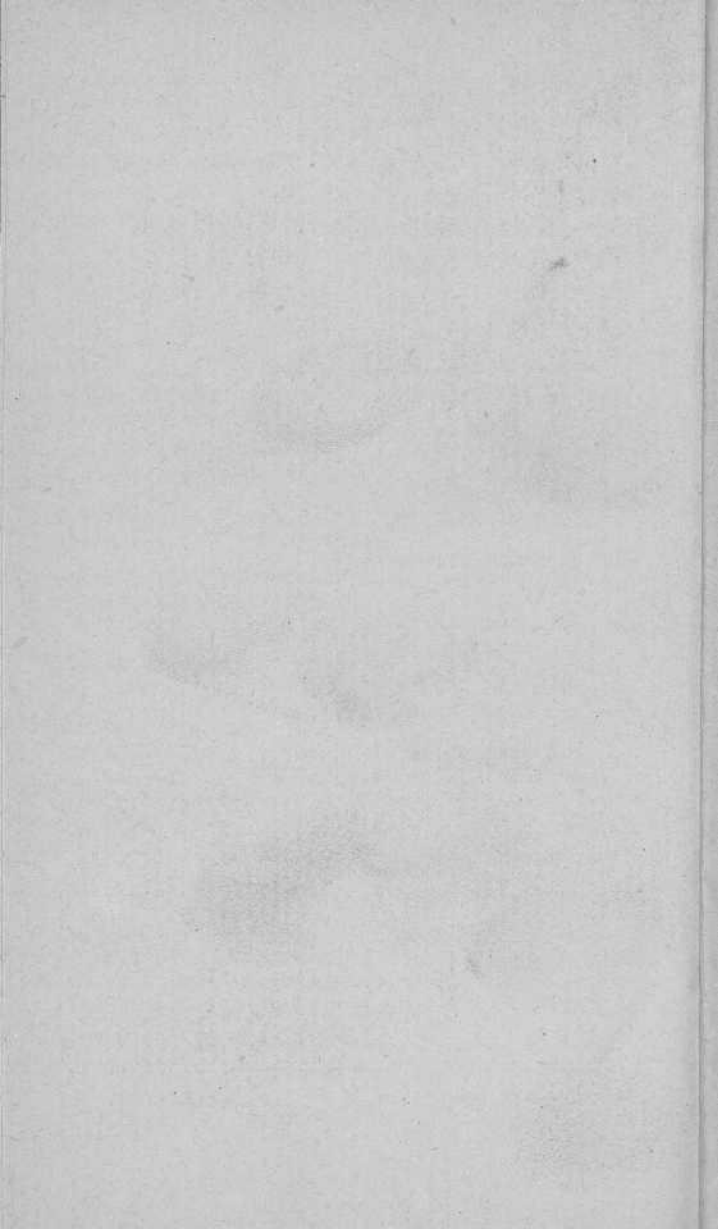
Tomás Borrás:

El beato Juan de Ribera.

A. Cruz Rueda:

San Francisco Solano.

Los tomos de la colección de *Vidas de Santos Españoles* constan de 160 a 200 páginas, están elegantemente presentados y su precio es de 4 pesetas uno.



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000343395

EL TRAM
DE AGUAS

CANTON
DOMINGO
DE LA
CALLEZADA

R

8734